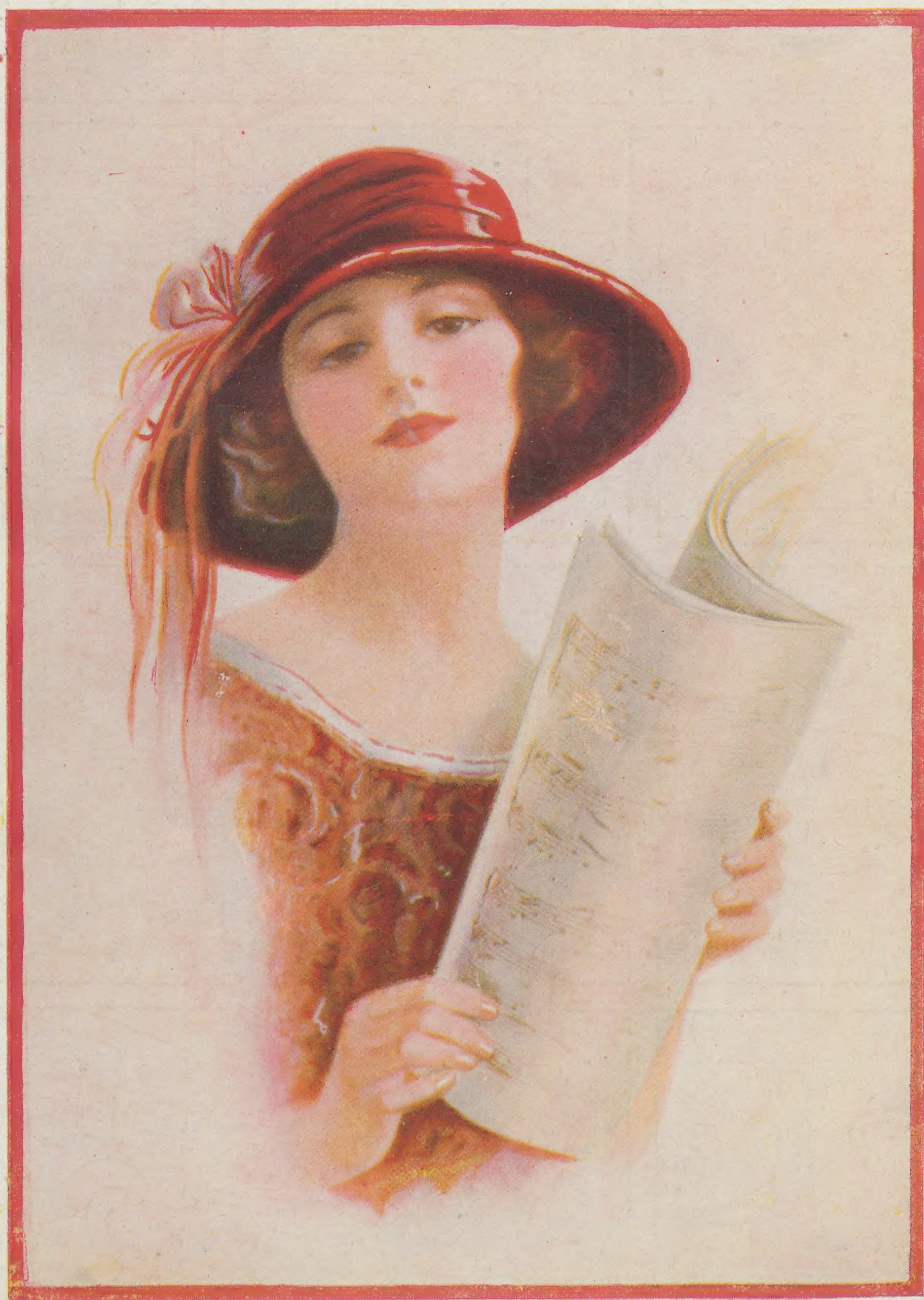Fray Mocho

REVISTA SEMANAL



"La lección de canto"

N.° 831

27.3.1928.

AVENTURAS DE PIPIRI

























FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII Buenos Aires, marzo 27 de 1928 N.º 831

Del momento, por Rojas

—¿ESTA USTED PINTANDO ALGUNA ESCENA HORRIBLE DE LA GUERRA?

—NO, SEÑOR; — ESTOY REPRODUCIENDO UNA CONFERENCIA DE CANTONI.

Una mujer precavida

Por Juan Pujol

No se retrase usted, Julia—la advirtió el jefe de la oficina, viéndola sacar su polvera, blanquearse el hociquito rosado, avivar con un toque de lápiz rojo el carmín de los labios.

—¡Don Ramón!, si siempre vengo a tiempo!

—Ya lo sé. Pero es que hoy tenemos que poner en limpio unos estados y contestar a unas cartas urgentes, y no me gustaría perder el correo.

—¿Quiere uster que venga antes de la hora?

—No es necesario. Con que sea puntual, basta. No la entretengan por ahí sus galanteadores.

—No tengo ninguno, don Ramón — protestó, sonriendo.

—Pues debía usted tenerlos. A su edad y con esa cara... Pero no es cosa de que sea yo uno de ellos. Ya estoy viejo para eso. Conque ¿quedamos en venir a las tres?

—Sin falta .

—Pues hasta luego.

Se puso el abriguito, el sombrero minúsculo, que proyectaba una sombra propicia sobre sus ojos oscuros, y se calzó los guantes. Tenía veinte años y una risa que, como una mariposa pertinaz, parecía revolotear constantemente sobre sus labios gordezuelos. Viéndose en el espejo del perchero, al salir, se regañó de nuevo—: Pero ¿por qué he de tener esta cara siempre alegre? ¿Qué motivos tengo para estarlo hoy?

Y reconoció que no tenía ninguno. Porque, a su parecer, no lo eran la juventud, la salud, la belleza que le reconocían los Don Juanes callejeros, pero de la que ella no estaba del todo satisfecha. Lo atribuyó al júbilo matinal del día de sol en pleno otoño. Por las ventanas que daban a la calle había atisbado dos o tres veces un gran trozo de cielo azul, diáfano, insondable, bajo el que parecían de oro las cornisas del edificio frontero. Y, ahora, al poner el pie en la escalera, aquél mismo sol entraba por los ventanales de cristales esmerilados del patio, dando a los escalones de mármol y al pasamano de caoba barnizada, insólita magnificencia. Por la calle curioseando un poco los escaparates, iría, como siempre, a tomar el subterráneo, que la dejaría cerca de su domicilio. ¿Qué habría cocinado la mamá hoy? — se interrogó, sintiendo apetito. Y sonreía, comprendiendo lo pueril de sus reflexiones, cuando, al llegar al segundo piso, la cerró el paso aquel hombre:

—Un momento, señorita.

—No, no, déjeme pasar.

—La suplico que me escuche.

—Ea, que no quiero.

—Pues entonces no la dejo marcharse — sonrió, abriendo los brazos como para impedirle la salida.

—Sino me deja pasar, grito — le amenazó, alzando la voz.

—Pero ¿por qué es así conmigo? ¿No quiere que hablemos en otra parte cualquiera? Dígame dónde: Ya la esperaré.

—No tengo nada que hablar con usted.

—Ya lo comprendo — reconoció su interlocutor un tanto confuso—, tiene usted novio.

—No...— confesó Julia, sin darse cuenta. Y, luego, corrigiéndose: —¿A usted que le importa?

—Me importa, porque la quiero. ¿No lo ha comprendido usted? ¿No ha visto que todas las mañanas la aguardo cuando sale?

—Tiene usted poco que hacer.

—Al contrario. Pero casi nunca tengo la suerte de encontrarla, como hoy, sola en la escalera... No sea usted así. Dígame dónde podemos hablar.

—En ninguna parte. No sé quién es usted.

—Que eso no sea un obstáculo. Me llamo Luis González.

—¿Es usted pariente del marqués?

—Soy su hijo.

Se puso seria:

—Entonces ya hemos hablado bastante. No vayan a salir los empleados del Banco y le vean de charla con una mecanógrafa.

—¿Y a mí qué más me da?

—A usted no, pero a mí sí... Haga el favor. Yo no soy una aventura fácil.

—Se equivoca usted, se lo juro. No se rechaza a un hombre sin conocerlo, sin saber de lo que es capaz, a menos que desde el primer momento inspire antipatía. Pero si es esto lo que le ocurre conmigo... —insinuó humildemente.

Estuvo tentada de volver, casi conmovida. Ya había avanzado, sin embargo, y siguió sin volver la cabeza, escalera abajo. E iba a torcer el último recodo, cuando sus ojos tropezaron con un paquete cerrado, en un gran sobre; a primera vista le pareció que debía ser un libro. Dióle con el pie. Vaciló, y por fin se inclinó a cogerlo. Estaba sujeto por una goma y fácilmente pudo entreabrirlo. Y, súbitamente, palideció, emocionada, casi a punto de lanzar un grito: lo que tenía en sus manos era un fajo apretado, incalculable, de billetes de Banco de 500 dólares cada uno. ¿Cuántos habría? Una fortuna, si todos eran del mismo valor. Volvió a cerrar el sobre, que al dorso tenía impreso "Banca Gonzáiez".

Instintivamente miró a un lado y a otro. Nadie la había visto: las puertas estaban cerradas. La escalera, desierta, porque su interlocutor había entrado — cuando la vió marcharse — en el principal, donde tenía otras oficinas. Pensó llamar. No. Mejor sería decírselo al portero. Fácilmente se sabría quién había perdido aquella suma. Nunca había visto, ni a distancia, cantidad semejante. Y mientras descendía hasta el portal, la asaltó un deseo que — pensó — no podía hacer daño a nadie: iba a guardar silencio ahora, a llevarse el dinero a su casa, a contarlo, a tenerlo en su poder un rato — mientras comía—. Y, luego cuando se hubiera sentido rica un momento, lo entregaría en la Comisaría. "Se necesita ser descuidado para perder una suma así"—reflexionó—. Pero hay tanta gente rica en el mundo... Aún era menos excusable si se trataba de un cobrador, cajero o empleado, que así mostraba tan poca diligencia en cuidar lo confiado a su custodia. Sentía un vivo deseo de conocer al dueño. Era seguro que si se trataba de persona acaudalada, querría hacerla un regalo. No lo aceptaría, a menos que no fuera dinero: un bolso, un frasco de perfume... Sin darse cuenta había ocultado el paquete tras de su saco de mano; compró un periódico para encubrirlo aún más, de modo que nadie lo conociera por su envoltura. Y mientras iba en el subte — con aquella fortuna, que nadie sospechaba, entre sus manos, — poco a poco se iban alzando en su ánimo, como fantasmas risueños, tímidos y tentadores, mil pensamientos de codicia. ¿Y si se apropiara aquel caudal que el destino había puesto a su alcance? Se acabaría la penuria que entristecía a su madre desde hacía tiempo. Su hermana podría dejar de bordar; su hermano haría aquellas oposiciones a la Escuela Naval, que constituían el sueño de sus quince años. Pero ¿cómo hacerlo sin cometer un delito que, aunque quedara impune, tendría sanción en su conciencia? A estas severas objeciones, la tentación contestaba con hábiles excusas: el dueño del dinero era, tal vez un millonario yanqui, para quien la pérdida no suponía gran cosa; no hay que tener ese concepto de la propiedad, digno de los usureros; el dinero va y viene, unas veces aquí, otras allá, y esta vez el destino había querido que viniese a unas manos bonitas y hacendosas, que no lo dilapidarían. En último término, podía irlo restituyendo parcialmente, para que el perjuicio no fuera tan considerable...

Pensó decírselo a su madre. La pobre señora no comprendería la demora en entregar a la autoridad el hallazgo, ni excusaría el capricho, casi infantil, de tocar, de acariciar, aunque sólo fuera unos instantes, los billetes que, impresos en una lengua extraña, le parecerían menos tentadores. No. Preferible era callarlo.

—¿Qué traes ahí? — preguntó la viuda al verla entrar.

—Unos documentos de la oficina.

—¿Ni en casa te dejan descansar?

—He sido yo quien ha querido traerlos. Los repaso ahora y así los copio mejor luego.

—¿Te ha pasado algo? Vienes encendida, sofocada.

—¿Sofocada? Es que hace calor, un calor de verano.

Dejó el envoltorio en la mesilla de noche. La inquietud de examinarlo detenidamente la atormentaba. Almorzó apresurada y volvió a su alcoba. Sus hermanos trataron de retenerla, sin lograrlo. El chico, entonces, salió a la calle. La hermana bordadora anunció que bajaba a la portería. Mientras la madre alzaba el mantel y ponía en orden el menaje, Julia se encerró en su alcoba. Contó los billetes del fajo, sin deshacerlo: había un centenar, que parecían acabados de salir de las prensas. Como no conocía el idioma en que estaban impresos, sólo pudo apreciar su valor por la cifra 500 que campeaba en el fondo de cada uno. Y entre el texto, antes de la fecha y el lugar — New York — la expresión, que no entendía, pero que adivinaba: FIVE HUNDRED DOLLARS, impresa en gruesos caracteres. Hizo mentalmente la cuenta en moneda argentina: eran cerca de 120.000 pesos. Tornó a cerrar el paquete con la goma que lo mantenía sujeto. Mil pensamientos contradictorios danzaban en su cerebro enardecido. Y de pronto recordó al mozo obstinado que había querido hablarla en la escalera.

—Este dinero es suyo — se dijo.

Hacía ya muchos días que se sentía espiada por el galanteador, seguida, solicitada en términos discretos. Pero desde el primer momento comprendió que aquél no era hombre para ella. Demasiado elegante, con elegancia de protagonista de *film* norteamericano. Rasurado, vestido con masculina distinción, risueño el rostro juvenil, los dientes blancos e iguales; una desenvoltura sin jactancia y ese aplomo que da en la vida el hábito de la riqueza. Casi la irritaba la osadía de aquel hombre que, por lo visto, imaginaba conquistarla como empresa sencilla. Todo su orgullo de señorita venida a menos, pero ya emancipada de la miseria por el trabajo, se rebelaba contra la arrogancia que aquella persecución moral suponía. Y no es que el mozo le desagradase; al contrario, en sus sueños de virgen deseosa de amor, siempre había imaginado que el marido o el amante ideal tendría que ser así. Si hubiera sido un empleado como ella, o un muchacho de posición modesta, con alguna profesión liberal... Tampoco la asustaba, en último término, un amor sin sanciones civiles ni

RONDÓ MARINO

A través de las ondas va la barquilla,
sobre el lúgubre abismo de los pesares;
y, a la racha que sopla sobre los mares,
una indecisa estela deja la quilla.

En el plan de las aguas la luna brilla,
cual la pálida efigie de los pesares,
y su luz ilumina sobre los mares
la estela que en su fuga deja la quilla.

Peregrino doliente de aquellos mares,
el poeta ve el astro que triste brilla,
y a la luz que difunden sus luminares,
canta al sueño en la borda de la barquilla,
sobre el lúgubre abismo de los pesares.

Ricardo ROJAS

eclesiásticas. Lo que no admitía, sin que se sublevara su amor propio, era la idea de aquella naturalidad con que su perseguidor quería entrar en su vida, con una desenvoltura que la humillaba. Y de pronto se estremeció ante una idea que atravesó, como un relámpago, el tumulto de sus cavilaciones:

—¿Y si para castigar su osadía no le devolviera este dinero?

Acariciando y rechazando este pensamiento, decidió, por fin, lo que iba a hacer. Guardaría silencio, por lo pronto. Si el mozo insistía en cortejarla, le escucharía. Desde el primer momento le haría saber que con ella no se podía pensar en otra solución que la que facilitan el registro civil y el cura. Ya se vería cuál era su respuesta. Si se conducía honestamente, un buen día le devolvería la tentadora suma, que no se atrevía a tocar como si la tuviera en custodia. Si se burlaba de ella — como era de temer, — y después de mentirla amor la abandonaba, en sus manos tenía el medio de vengarse. No se entretuvo en analizar — como lo habría hecho un jurista — el derecho que la asistía para emplear tal procedimiento. Le bastó la certidumbre de que no se iba a apropiar lo que no era suyo mientras el verdadero dueño no le hiciese una felonía.

Con esta resolución fué a la oficina por la tarde. Esperaba que el portero la hablase del suceso. Sin embargo de que la saludó al pasar, no la dijo nada. Cuando salió de nuevo, se apresuró a comprar los periódicos vespertinos. Los recorrió con ansia: nada había en ellos acerca del asunto que ya obsesionaba. Tornó a su casa preocupada, inquieta. Había escondido el envoltorio en su baúl, entre la ropa blanca, junto a esas cajas que contuvieron guantes o bombones, donde guardan sus pequeños secretos las muchachas solteras. Apenas comió, y durmió intranquila, con sueño que interrumpían bruscos sobresaltos.

—Al levantarme diré a mi madre la verdad. Luego iré a llevar el dinero a la Comisaría — resolvió en uno de esos momentos de insomnio.

Pero con la luz matinal se le desvanecieron los temores nocturnos. Siempre estaba a tiempo de realizar aquella devolución mientras la suma permaneciera intacta. Lo mejor sería esperar a conocer quién la había perdido y qué actitud tomaba el dueño — resolvió últimamente.

Trabajó distraída. Salió cuando los demás empleados ya se habían ido. En la escalera — como en días anteriores — estaba Luis González. Se encendió el rostro de Julia en un rubor cuya causa no podía el galanteador adivinar. Pero al pasar junto a él — esta vez se apartaba, con una inclinación de cabeza, — fué ella quien murmuró:

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Tampoco querrá usted oírme hoy? — murmuró, avanzando hacia ella.

—¿Para qué?

—Para que deseche usted esa preocupación que la hizo ayer, como siempre, huir sin oírme. No he pensado acercarme a usted para nada que pueda ofenderla.

—¿Cómo voy a creerlo, si no tengo acerca de usted otro dato que esta obstinación con que me aguarda todos los días? Aunque soy una muchacha, la vida me ha quitado ilusiones. No sería pequeña la de creer que un hombre de su posición se fijase en una criatura como yo para otra cosa que para divertirse. Y en eso está usted equivocado. Para novia, soy poco. Para amante, demasiado. ¿No le basta a usted con saber esto?

—No me basta.

—¿Qué más quiere?

—Que me trate, que me conozca, que comprenda que yo he podido mirarla sin intenció de burla. ¿En tan poco se estima? ¿Por qué no he de pensar en hacer de usted, si es posible, mi prometida?

Ella se echó a reír. Bajaron a la calle. Insensiblemente caminaban juntos, y González la hablaba como si de largo tiempo se hubieran conocido. Había vivido — le explicó — años en Inglaterra y los Estados Unidos. Mucho importa el dinero en esos países, pero es frecuente— como no lo es aquí — el caso de hombres acaudalados que desposan a mujeres de condición económica modesta: empleadas, actrices, bailarinas. Lo que importa es la belleza, y si va unida a la bondad, un hombre no tiene más que pedir. Ella era tan bonita y tan alegre, que imaginaba un hogar animado por su presencia como un refugio delicioso. Estaba seguro de su bondad. ¿No trabajaba por mantener a su familia?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo he averiguado.

—¿Con qué derecho?

—Con el que me da el amor. Sé, además, que su familia no desmerece de la mía, a pesar de este flamante marquesado que ni a mi padre ni a mí se nos ha subido a la cabeza. Su padre fué marino.

—Teniente de navío.

—Lo sabía. Estoy enterado de las dificultades de su vida, de la gracia con que se procuró este empleo, de su asiduidad. Si algo faltaba para acrecentar mi deseo, su esquivez ha venido a completarlo. Si supiera usted que he salido hoy a la escalera, sólo por verla, sobreponiéndome a un enorme disgusto...

—¿Un disgusto? — exclamó sin poder contener su emoción.

—Un gran disgusto. Figúrese que ayer, poco antes de encontrarla, había recogido en el Banco, cincuenta mil dólares, producto de la venta de unos valores que heredé de mi madre.

Se detuvo, como queriendo desechar el penoso recuerdo.

—¿Y qué? — le instó Julia con ansiedad.

—Pues que regresé a la oficina a pie. Hacía un día tan bello, que no quise tomar un auto. Llevaba en la mano otros papeles y documentos. No sé explicar cómo fué, pero perdí el sobre con los cincuenta mil dólares.

—¿En la calle? — preguntó con zozobra.

—En la calle debió ser. No estoy seguro. El caso es que se perdió.

Ni se atrevía a levantar los ojos, temerosa de que leyese la verdad en ellos.

—¿Han dado ustedes cuenta a la policía? — balbuceó.

—¿Para qué? Quien lo haya encontrado pudo haber devuelto el dinero ya, porque con los billetes estaba la nota con la liquidación a nuestro nombre.

—¿Está usted seguro?

—Y en todo caso, el sobre lleva ba el rótulo de nuestra casa. Si no lo ha entregado quien lo encontró, es porque piensa apropiárselo.

—No le será fácil desprenderse de esos billetes — insinuó.

—¿Cómo que no? Facilísimo. No tiene más que llevarlos a una casa de cambio cualquiera, a un Banco.

Sentía Julia que se le secaba la boca.

—¿Y anunciar la pérdida en los periódicos? — aventuró temblorosa.

—No. Ya le digo que es inútil. La clientela de nuestra casa no leería sin alarma la facilidad con que se nos ha perdido ese dinero, aunque, por fortuna, es notorio que no representa un perjuicio irreparable para nosotros. Lo menos malo es

EL SUICIDIO

Hombre que te consideras desgraciado y a quien pesa tanto la vida que quieres poner fin a ella, ¿cuál fué tu obra?

Cuentas los males de la humanidad y los echas sobre ti, perdiendo el tiempo en reflexionar que no los has merecido y haciéndote la víctima de no sé qué ilusorio y trágico destino.

No digas que la vida es miserable, porque sólo depende de ti que sea risueña y feliz.

Te crees libre de todo compromiso y dices: voy a matarme. Pero no sabes la deuda que dejas pendiente con la sociedad, con los desgraciados que esperan en ti, y que, con más fuerza moral que la tuya, no creen que el suicidio sea el punto final de todas las desdichas.

La muerte que meditas es deshonrosa; es un robo que haces al género humano. Antes de abandonarlo, devuélvele todo lo que ha hecho por ti y verás como en esa tarea, ya no te asalta la idea del suicidio.

Si hay en el fondo de tu conciencia, de tu corazón, el menor rastro de virtud, un solo pensamiento bueno, estás salvado.

Ocupa tus horas ociosas en algo noble; busca al pobre para consolarlo, al oprimido para libertarlo.

Y cree que ninguna tragedia, ninguna miseria de la vida vale el precio de la nuestra.

J. J. ROUSSEAU.

callar, dentro de la gran contrariedad que el hecho supone. Pero, en fin, si se lo cuento es para que vea usted cómo me he sobrepuesto a esa impresión penosa sólo por el placer de verla.

Habían llegado al subterráneo.

—Tenemos que separarnos — murmuró Julia, casi desfallecida.

—Si usted lo quiere así. Pero ¿me permitirá verla mañana?

Asintió con la cabeza. Temerosa de que su emoción la delatara, le dejó estrechar su mano y, sin osar volver la vista, huyó apresuradamente por la escalera del subte.

II

A los quince años—recien muerto su progenitor — sintió el primer latigazo que le daba la vida. Hasta entonces, con el sueldo del padre — aumentado por trabajos que se procuraba fuera de su carrera, por lecciones en una academia militar — habían vivido con ese decoro de la burocracia armada que el uso del uniforme y las prerrogativas del oficio castrense realzan en cierto modo. En la capital de provincia donde residieran hasta aquella desgracia, junto al mar, Julia Suárez se creyó hija de un personaje importante, instalada para siempre de un modo confortable en una existencia risueña y divertida. Iba — chicuela aún — a los bailes del Club. La cortejaban, la piropeaban. Pequeña ciudad provinciana. Todo era en ella idear maneras de pasar el tiempo alegremente. Apenas terminadas las bromas y los bailes de Carnaval — en los que se urdían y enredaban intrigas amorosas de sabor stendhaliano — empezaban las novenas, a que asistían, por la tarde, las muchachas tocadas con mantilla. En la Semana Santa se celebraban grandiosas procesiones: atravesaban las callejas románticas, entre nubes de incienso y luces trémulas de cirios que ardían en la calma de las noches primaverales, mientras se deshojaban los millares de rosas con que ornaban los sagrados iconos. Toda la ciudad parecía sonreir en las bellas jornadas de la Pascua florida; más tarde comenzaban los preparativos para la feria de verano — cuando los días son largos y los crepúsculos se prolongan sobre el mar en calma, que refleja y multiplica tembloroso las linternas de las iluminaciones. — Las muchachas van vestidas de muselinas caras, y los senos virginales tiemblan bajo las gasas de los escotes, como si el ángel de la anunciación hubiera de visitar a cada una de ellas. El otoño es la época de los conciertos, del teatro, de los bailes íntimos. Y cuando todavía no se ha extinguido el recuerdo de las solemnidades de Navidad — se han estrenado entonces vestidos nuevos, — ya se comienza a hablar de los bailes de máscaras que prepara el Club. A veces llega al puerto un navío de una armada extranjera: el Círculo Militar obsequia a los marinos; ellos, a su vez, dan un sarao a bordo. Hay en esos asaltos una libertad encantadora: se bebe champagne, se fuma a escondidas un cigarrillo de boquilla dorada, se baila con un oficial galante que, al día siguiente, se irá en aquel navío a su país lejano, y del que — a pesar de sus protestas de amor — tal vez no volverá a saberse nunca...

Julia había vivido esta existencia deliciosa, en un piso pequeño, de escalera mezquina, pero que daba a la calle más importante de la localidad. Tenían un ordenanza que obedecía como un autómata. Los muebles de la casa eran escasos y dispares. Todo el menaje pobre, como de gentes dispuesta a marcharse a una orden y cuyo hogar, por tanto, tiene siempre algo de interino. Pero ella no se daba cuenta, como no reparaba en lo sumario y frugal de las comidas. Era "la de Suárez", amiga de las muchachas ricas con quienes convivía.

Y de pronto, aquella brusca dolencia y aquella muerte del padre, inesperada. Y la pobreza. Y el mudo desvío de las amigas, que al nombrar a "la de Suárez" lo hacen con un gestecillo entre conmiserativo y desdeñoso. Y las lágrimas de despecho ante el descubrimiento de que toda la magia que hacía de la vida un espectáculo risueño se ha desvanecido súbitamente. Ya era mujer en aquella primavera que para las demás se mostró tan florida y dulce como las otras y tan amarga para ella. Pero fué el dolor de humillación lo que la hizo reaccionar, con orgullo que ni el pobre papá había mostrado nunca.

—Mamá, vámonos de aquí — pidió a la viuda.

—Pero ¿adánde iremos? En ninguna parte conocemos a nadie.

—Justamente por eso. A Buenos Aires que es grande y podremos pasar inadvertidas.

Se resistió poco la madre, débil de voluntad, deseosa también, en el fondo, de irse de la ciudad donde había dejado lo mejor de su vida. Y un día llegaron a la capital en un coche de segunda, con dos o tres baúles y los restos que juzgaron más útiles o menos fáciles de vender del menaje humilde. El pequeño tenía diez años; doce la hermana menor. Era preciso vivir exclusivamente de la pensión materna. Y comenzó esa existencia penosa, hecha de privaciones, de callados sacrificios, con que, tratando de sonreír, acrisola la clase media su heroísmo cotidiano. Tuvieron pensionistas, sujetos sin imaginación, no concedían la menor importancia a las glorias pretéritas que la viuda rememoraba a veces sin lograr que se comunicase a los oyentes su patriótico entusiasmo.

Julia propuso una noche:

—Voy a ir a una academia, a aprender taquigrafía.

—¿Para qué sirve eso?

—Para ser empleada en un escritorio.

—No pensarás que voy a permitírtelo.

—Lo haré sin que me lo permitas.

Impuso su voluntad, rectilínea, desde aquel día. Asistió a las clases gratuitas. Aprendió a manejar la máquina de escribir en otra escuela que visitaba a primera hora de la noche. Gimoteaba la madre viéndola salir sola:

—Si tu padre te viera...

Verla andar por Buenos Aires, sola, desamparada, le asustaba como si la hubiera dejado aventurarse en la selva virgen.

—Todo eso que haces es una locura. La mujer no tiene más carrera que una: el matrimonio — la recriminaba.

—No seas descarada. Encontrar un hombre de bien que te quiera y te lleve al altar. Esa es la única cosa derecha. Muchas, que no valen lo que tú, lo encuentran.

—Un hombre de bien, que se case conmigo y con todos vosotros, ¿no es verdad? ¿Dónde está ese mirlo blanco?

Muchas veces, cuando regresaba a casa después de las lecciones, se veía acosada por hombres que la piropeaban, la seguían largo rato enardecidos, con una obstinación canina. Se descorazonaban al fin, viéndola caminar de prisa, aunque sin miedo. Si alguno, alentado por su silencio, intentó molestarla, lo detuvo sin hablar, con una mirada tan altanera y fría que le hizo detenerse humillado y perplejo. De andar, de trabajar en casa, de aquella vida frugal y poco sedentaria, conservó su esbeltez y una elasticidad de movimientos que hacía su paso rítmico, como acordado a una música interna. Y muchas veces se planteó el problema de su vida futura. Pensó si le convendría hacerse artista o simplemente lanzarse a la galantería. No la detenía ningún escrúpulo, sino el temor de que, aun con aquella claudicación de su decoro, no acertase a remediar, por torpeza, la penuria en que ella y los suyos vivían, y un resto de orgullo personal, una secreta esperanza de poder encontrar al hombre a quien entregarse sin necesidad de mezclar con el amor cálculo alguno. De su experiencia juvenil, en la ciudad de sus primeros años, le había quedado un rencor secreto, pero vivo, contra la burguesía. Y si perseveraba en la virtud no era porque tuviese en gran estima esa castidad, sino por altivez, por conservarse pura hasta el día que hallase al hombre, pobre o rico, digno de ella.

Una mañana, después de leer el anuncio de un periódico, se presentó en aquella oficina, en busca del empleo ofrecido. Sin duda fué elegida por ser la más bonita de todas las solicitantes. Pero a los po-

DOMENICO

Era aquel amanuense del conde de Antioquía
Bello y tonto — ¡tan bello como tonto, señora!—
Y por eso las damas le amaron a porfía
Y amóle la condesa, cálida pecadora...

¡Más fué hermosa la suerte del grácil perdulario!
El conde, en un encono refinado y ladino,
Al descubrir la intriga de su cubiculario
Hundióle hasta el engaste su puñal florentino.

Luego—sin que esto altere su sonrisa mundana—
Ordena que aperdiguen de esa pieza villana
El corazón picado, rellenando un pastel...

Y cuando saborean el condumio en la mesa,
Galantemente exclama, mirando a la condesa:
¡Es carne de Domenico, que hasta muerto te es fiel!..

René Zapata QUESADA.

ANECDOTA

Un día, Bismarck, yendo al castillo imperial, encontró en una sala al Kromprinz, atareado con dos de sus hermanos menores alrededor de un organillo.

—¡Príncipe, príncipe, ven a bailar con nosotros! — gritaron los chicos.

—No puedo, soy demasiado viejo — contestó Bismarck.
—Pero si V. A. quiere bailar, yo tocaré el organillo.

La propuesta fué aceptada, y "el hombre de puño de hierro" empezó a girar el manubrio. De repente se abrió la puerta y apareció el emperador. Este miró un momento la curiosa escena y después, amenazando picarescamente con el dedo al canciller, le dijo:

—¡Ah, príncipe, príncipe! ¿No os parece todavía temprano para hacer bailar al Kromprinz al son de vuestra música?

cos días el jefe pudo apreciar que su elección había sido acertada. Ya estaba allí cerca de un año. Su sueldo, junto con la pensión materna, había permitido a la familia cambiar de casa, ir a un pisito alegre y soleado, donde ahora vivía; prescindir de los pensionistas que tantas veces la habían considerado con mirada entre apetente y melancólica. Menos soñadora o menos ambiciosa, la hermana menor trabajaba en un taller de bordar. En ella se operaba esa evolución, esa transformación con que la clase media desciende hacia el proletariado. El hermano, que tenía quince años, iba a entrar de aprendiz en un comercio de lujo.

Y he aquí que con este hallazgo toda su vida se subvertía. Iba abstraída, sentada en el vagón del subte tratando de medir las consecuencias de lo hecho y de lo omitido. Podía marcharse fuera del país, cambiar aquel caudal en otra clase de moneda, volver aquí, instalarse como persona rica. Pero ¿cuántos obstáculos habría que vencer para no ser descubierta? Primero era preciso convencer a la madre; estar segura de su aquiescencia y de su discreción. Luego, al cambiar los billetes, ¿no la detendrían dondequiera que fuese? ¿No adivinarían su procedencia ilícita? Temblaba imaginando la posibilidad de un interrogatorio policíaco en que tuviera que explicar el origen de su dinero.

—Tengo que pensarlo con calma — se propuso.

Lo primero era no gastar un centavo ahora, no salir de la modestia con que desde hacía años vivía. Así no llamaría la atención de nadie. Y sólo cuando el tiempo hubiera pasado es cuando podría inventar cualquier pretexto para salir de la capital y comenzar a convertir en dinero su riqueza. ¿Y Luis González, tan enamorado, que por verla había olvidado la enorme pérdida? ¿Era sincero aquel amor y respondía a algo más que a uno de esos caprichos de hombre ocioso, acostumbrado a no hallar obstáculos en su camino y a quien exacerbaba la inesperada resistencia? Sin embargo, cuando pensaba en él, su altivez amenazaba desmoronarse.

Volvió a pie, deteniéndose en las vitrinas de las tiendas de lujo. Todos aquellos objetos suntuarios que la tentaban antes y nunca podía adquirir, le parecía poseerlos ahora que los tenía a su alcance: los sombreros, cuya gracia estriba en un pliegue, en un sesgo especial del ala, en esas naderías que constituyen la elegancia verdadera, que las mujeres conocen por instinto; las pieles de marta, que rutilan con reflejos sedeños como si la luz resbalase cariciosamente sobre ellas; los ropas interiores vaporosas, espumosas de encajes; los zapatos de ante y de tisú de oro, con que parece que no se andará nunca más que por los caminos de la dicha. Y las joyas que ni en los días en que vivía el papá había tenido: los rubíes sangrientos, que irían bien a su carne morena; las perlas de fino oriente; los ópalos irisados; los brillantes, de que parece emanar un intermitente fulgor de chispas multicolores. Y todo podía poseerlo. Le parecía que lo tenía ya, o que bastaba una decisión suya para encerrarlo en el baúl donde guardaba "aquello".

—Si yo quisiera... — pensaba, sonriente.

La esperaba Luis, como siempre, al siguiente día; pero en la calle, y

después de saludarla, se unió a ella. Tenía una manera tan espontánea de expresarse que, oyéndole hablar, su desconfianza se desvanecía. La conocía de varios meses ya — dijo.

—¿Usted no lo había notado? — la interrogó.

—No... Es decir, sí. Que algunas veces me seguía pero a distancia.

—Quería saber quién era. Me parecía hallar en usted un aire señoril que no se improvisa. Y luego esa expresión tan risueña siempre. Únicamente se enfurecía usted en estos días últimos, cuando me veía.

—Enfurecerme...

—Se enojaba. Le contrariaba mi presencia. Por eso me decidí a hablarla anteayer. Y casi me da vergüenza confesarlo ; pero creo que esa decisión, emocionándome de antemano, fué la que me hizo aturdirme y perder aquel dinero.

Sintió Julia que se le encendía el rostro. Habían llegado al subte.

—¿Por qué no vamos a pie un poco? — la propuso. — ¿O es que tiene que llegar a su casa a una hora fija? Hace una mañana de sol tan hermosa...

—Bueno, como usted quiera.

Siguieron a pie hablando de cosas triviales. Y los transeuntes, viéndoles formar una pareja tan bella, se volvían a mirarlos complacidos, sin querer, con indulgencia.

—¿No hacen en su oficina la semana inglesa? — insinuó.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque dentro de tres días es sábado. Podíamos salir a paseo por la tarde.

—¿Adónde iríamos?

—Donde usted quisiera.

—A Palermo.

—Allí o más lejos. Yo tengo un auto... — propuso. — Si usted quiere, podría llevarlo.

Reflexionó un instante.

—Espéreme en la Glorieta, el sábado, a las tres. Para que vea usted que no le tengo miedo.

—¿Por qué habría de tenerlo? Esperaré a las tres. Pero eso no quiere decir que no hayamos de vernos estos días.

Se separaron, luego de estrecharse la mano largamente. Por una parte, a ella le gustaba mirarle al fondo de los ojos, ávida de penetrar en sus intenciones; y, por otro lado, temía que fuera él quien la descubriese el secreto que tanto la inquietaba. Pero, si queréa razonar su desconfianza, la simpatía ahuyentaba sus temores.

Cuando el sábado, terminado el almuerzo, anunció a su madre que iba a salir con un amigo, palideció la viuda, como ante la inminencia de una catástrofe geológica.

—¿Un amigo? ¿Qué es eso?

—Una especie de novio, mamá.

—Pero ¿estás loca? ¿Quién es ese hombre? ¿Cuáles son sus intenciones?

—Es un muchacho de posición de gran posición, que dice que me quiere.

—¿Y te vas a ir con él sola? Ah, no, de ningún modo. Esa es la manera de que te tome por lo que no eres.

Se puso a llorar acongojada. Ya sabía que aquel género de vida de la hija la conduciría a cosas así. El mundo estaba perdido. En lugar de exasperar al pretendiente con su recato, conforme a las normas clásicas, se iba a entregar de aquel modo, como una cualquiera.

—Pero, mamá, ¿qué estás diciendo?

—¡Sola con un hombre!

—No me comerá, no tengas miedo.

La viuda, sin embargo, daba por cierta la pérdida del honor de su hija, o lo que es igual, de aquella doncellez que le parecía una condición preciosa e indispensable para contraer justas nupcias.

NO SEAIS AMBICIOSOS...

...¡No se diga que la ambición desmedida es el vicio de las almas grandes! ¡Constituye el carácter de un hombre bajo o rastrero, es el signo más característico de un alma vil!

Sólo el deber puede conducir a la gloria: cuando esta se debe a las intrigas de la ambición, lleva siempre la marca de la verguenza, que deshonra; la ambición no promete los reinos del mundo y toda su gloria sino a aquellos que se arrodillan ante la iniquidad y se degradan vergonzosamente. Siempre oirás reprobar tus bajezas en la elevación a que llegaste; tu puesto recordará a todas horas los envilecimientos por los cuales te fué dado, y los mismos títulos de tus honores y de tus dignidades se convertirán en públicos argumentos de tu ignominia. Pero en el ánimo del ambicioso, el buen éxito cubre la verguenza de los medios, quiere elevarse, y cuanto le ayuda a subir lo usa, sólo busca la gloria: considera como virtud de novelas o de comedias aquella virtud romana que nada quería sino lo que fuese premio y galardón de la probidad, del honor y de los servicios prestados; y cree que los sentimientos elevados habrán podido formar en otros tiempos los héroes de la fortuna.

MASSILLON.

Para tranquilizarla, Julia hízola saber que el novio había manifestado su intención de rematar aquel galanteo en boda.

—No te lo creas.

—Peor para él — exclamó, sin poderse contener, la muchacha.

—¿Por qué?

—Por nada... Estate tranquila.

—¿Por qué no habla conmigo?

—Ya lo hará. Nos hemos hablado hace cuatro días por vez primera.

—¿Y ya vas a salir sola con él?

—He corrido otros peligros mayores en los cinco años que llevamos en Buenos Aires. Ni siquiera te has dado cuenta de ello. Y era más joven. Y teníamos más necesidades. Te digo que no tengas miedo alguno. Si tratara de burlarse de mí, ya verías...

Hablaba con tal serenidad, que la dama, oyéndola, interrumpió su lloro perpleja, casi convencida.

—¿Qué podrías hacer?

—Ahora no puedo decírtelo. Pero me vengaría. Y no sería por ningún medio que pudiera dañarnos, te lo juro.

—¿Qué quieres decir?

—Nada que deba alarmante.

Y consintió en dejarla. Se había habituado a verla hacer su voluntad, sin flaquear ante las asperezas de la vida y escuchándola tuvo la intuición de que no era una debilidad lo que la inducía a aquella concesión que a ella tanto la alarmaba. La hija fué más explícita. En París, en Londres, en Nueva York — aclaró, — era frecuente que los novios salieran sin esa vigilancia maternal humillante, que hacía pensar en el cinturón de castidad de la Edad Media. Una mujer que se respete no debe permitir que se la guarde así, como podría hacerse con una ninfomaníaca. Hasta le parecía menguada esa idea del honor femenino, basado, no en el uso discreto de la propia libertad, sino en la certidumbre de que no se haya dejado a la mujer ocasión de desprenderse de su virginidad, como de un estorbo, aprovechando un descuido. Ella — aseguró — era una mujer moderna, habituada a salir sola, a esquivar la persecución de los seductores que ejercen su profesión gratuita en la vía pública, a detenerlos con un gesto. Y cuando había logrado esto en una ciudad donde una porción considerable del censo masculino se jacta de sus proclividades simiescas, bien podía ir de paseo, al aire libre, a la luz de un día glorioso, con un hombre distinguido, acostumbrado a la vida civilizada. Tanto y tan persuasivamente habló, que la madre, al fin, accedió, aunque de mala gana.

—Haz como tú quieras. Pero piensa en tus hermanos, en mí...

Salió con su traje gris, y el sombrerito que casi la ocultaba los ojos. Tan rosada y risueña que, era una tarde de otoño, no parecía sino que en los grupos que la miraban al pasar iba dejando una impresión de día de primavera. Estaba Luis esperándola en la esquina de pie junto al automóvil de dos asientos; avanzó descubierto hacia ella:

—Vea usted qué tarde tan bonita. Y usted, no digamos...

Se sentaron muy juntos, y el coche los llevó a Palermo. El otoño había disuelto sus tintas maravillosas en las profundas arboledas; sus tonos de cobre y de bronce, sus verdes plateados — en los álamos, cuya hojas temblaban ligeramente por la brisa, — sus oros rojizos o amarillentos de ambar.



—¡Escriba usted! "Se necesita una taquimecanógrafa que hable francés, algo de inglés, sepa de cuentas y que esté metidita en carnes".

III

Callaron mientras el automóvil avanzaba por el camino hacia el Tigre.

—¿A dónde vamos?

—Donde usted quiera.

—Un rato por el camino hasta que usted desee volver.

Hacía mucho tiempo que Julia no se había sentido tan dichosa y tan inquieta a la vez. Una sensación de beatitutd la invadía junto a aquel hombre que, a su lado se conducía con el aplomo y la mesura que habría tenido si sus relaciones hubieran sido ya antiguas. Le parecía que aquella excursión la llevaba a una vida exenta de inquietudes, en la que todo sería risueño y fácil; y que, como el horizonte—amplio ya, majestuoso—,se ensanchaban las posibilidades de su existencia, hasta entonces tan monótona. Miró de reojo a su acompañante; y no le enamoraba de él apostura viril únicamente, sino cierta fragancia de salud, de optimismo, que parecían emanar de su perfil clásico.

Tenía el mentón un poco saliente, como se observa en los bustos de ciertos guerreros romanos. Y sin dejar de atender al volante, inquirió con jovialidad:

—Ahora ha podido usted observarme. Veo que lo viene haciendo. ¿Qué puedo esperar de su examen?

—Nada malo.

—¿Podrá usted llegar a quererme?

—Parece usted un niño, o lo simula. Si no le quisiera ya, ¿para qué habría salido hoy, sola, en su compañía? ¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta.

—No lo parece.

—Pues los tengo, no hay duda.

—¿Siempre ha vivido en la capital?

—Me he educado en Inglaterra. ¿Usted sabe inglés?

—No.

—Entré de niño en el colegio de Eton. Luego he pasado bastantes años en Norte América. En Nueva York principalmente. Quería mi padre que estudiara aquellos métodos de trabajo, y quizá que me adaptase a aquel género de vida.

—Habrá tenido allí muchas novias.

—Novias, no. Amantes.

—¿Cómo?

—Amigas con las que se tiene completa intimidad.

Vamos, creo que usted me comprende.

Se quedó perpleja.

—¿Y me lo dice usted así?

—¿Preferiría que la engañara? El pasado no importa. Y, además, a usted la quiero para esposa, y no para amiga.

—¿Y por qué esa preferencia si, después de todo, usted apenas me conoce? ¿Qué sabe usted de mí? A lo mejor resulto una mala persona.

—Es posible. Quizá la someta a alguna prueba.

—¡Ah!

—Sí. No se preocupe usted.

—¿Y si no quisiera someterme a prueba alguna?

—No me engañaría usted, de todos modos. Cuando un hombre ha conocido íntimamente a algunas mujeres; tiene cierta experiencia. Lo que me interesa en usted es ese airecillo de resolución, esa valentía que yo sé que ha tenido para afrontar la vida. Y la alegría de su rostro, que en definitiva es prueba de buena salud. Yo no soy romántico.

—Yo tampoco.

—Mejor. Cuando pienso en casarme es para tener chicos, y es preciso que la madre no sea enfermiza.

—Tiene usted un modo de plantear las cosas...

—El mejor es el más sincero.

—¿Y qué dirá su padre, cuando usted le proponga...?

—¿Nuestra boda? ¿Qué va a decir? El se ha casado en segundas nupcias con una mujer que había sido su amante después de serlo de otros. Supongo que no se me querrá poner como ejemplo. ¿Usted no lo sabía?

—No.

—Todo Buenos Aires lo sabe. Y por cierto que mi madre política ha resultado una gran persona... De modo que ya no hay más trámite que cumplir que aquellos que dependen de la voluntad de usted... Tiene usted una dentadura preciosa.

Se reía oyéndole hablar de modo tan distinto a como lo habían hecho antes que él la solicitaron. El paisaje tenía una grandiosidad que aumentaba la belleza de la tarde. Detuvo el coche y la invitó a contemplar el panorama velazqueño, grisáceo, verdinoso, con las pinceladas cobrizas del otoño. Y, sin hablar, con una habilidad que mostraba su habitualidad en aquel manejo, la ciñó por el talle. Alzó Julia los ojos hacia él. Se inclinaban sobre las suyas las pupilas verdosas, súbitamente oscurecidas, como por una tormenta interior, de su compañero. Y no rehuyó el beso que aplastaba sus labios, que la desposeía de su conciencia de las cosas y la dejaba vencida, anonadada, a merced del seductor. Se apartó él mismo con esfuerzo y volvió a tomarle el rostro con ambas manos, considerándola arrobado, con ternura que para ser elocuente no necesitaba de sus palabras. Y con sus propios labios secó las lágrimas silenciosas que habían asomado a los ojos de la enamorada.

Regresaron; la tarde caía ya, y el caserío de la ciudad se tornaba color de rosa, ciudad de ensueño en la que chispeaban como diamantes las cristalerías donde se reflejaba el sol poniente. Se enfriaba el aire en la proximidad del río.

—Va usted a tomar una taza de te—la propuso.

—¿Dónde?

—¿Quiere usted ir a algún salón del centro?

—No quisiera.

(*Continúa en el próximo número*).

EL ESTANQUE

Mi vida es como el agua callada del estanque:
por fuera transparente, pura como el cristal
y allá, en el fondo, oculto martirio obsesionante,
el doloroso barro de la culpa inicial.

En mi doble destino, suele un mal pensamiento,
empañar el cristal y remover el barro...
y otras veces, corola de hondo arrepentimiento,
muestra el nenúfar triste su candor solitario.

¡Agua del Sacrificio y la Debilidad,
en que el alma, desnuda tiembla como una estrella
sensible a todo viento y a toda claridad
y en donde la tristeza, como una garza: sueña!

Fernán Félix de AMADOR.

El sueño de una noche de baile

Por Sant Orsola

Ayer, sábado, a eso de las cinco de la tarde, salía yo del atrio del Hotel Continental, cuando una elegante "limousine" negra se detuvo de golpe haciendo chirriar los frenos. Pero un brazo desnudo, que tenía una horrible cicatriz entre el pulso y el codo, asomó por la ventanilla, y, agitándose nerviosamente ordenó al chofer que prosiguiese. El vehículo reanudó en seguida su marcha, dirigiéndose veloz hacia la Plaza de la Concordia.

El corazón me dió un brinco. Parecióme que la sangre se me helaba en las venas . . . Mas sólo fué un instante. Recobré de inmediato el dominio de mí mismo, que había estado a punto de perder. Un "taxi" con la banderita levantada pasó por mi lado, rozándome. Lo detuve; abrí la portezuela, y trepé a él, señalando al chofer la "limousine" negra que ya se perdía en la Rue de Rivoli.

—¡Pronto! — ordené —. ¡Siga a ese "auto"! ¡Veinte francos de propina si no la perdemos de vista!

Atravesamos como un bólido la Plaza de la Concordia. Los peatones se apartaban blasfemando para dejarnos paso. Penetramos en la bituminosa Avenida de los Campos Elíseos. Los automóviles se deslizaban por ella como bolas en un billar gigantesco.

En el Rond Point, un agente de tráfico nos detuvo por exceso de velocidad. Lancé un juramento de impaciencia: "la limousine" se nos distanciaba cada vez más.

¡Treinta francos de propina!— dije para animar al chofer.

Aceleramos. Cerca de l'Etoile, patinamos, y evitamos milagrosamente un ómnibus gigantesco que amenaza partirnos en dos.

La "limousine" estaba lejos. Las características líneas de su carrocería sólo aparecían de cuando en cuando entre la agitada ola de automóviles que se movía en la avenida.

Después del Bois, más allá de la Puerta del Delfín, logramos recuperar algo de la distancia perdida. En aquella lisa y casi desierta calzada se podía desarrollar toda la velocidad del motor. Nos parecía hallarnos en una pista de carreras.

Al cruzar el "Pavillon de la Cascade", tuvimos la impresión de que alcanzaríamos al coche perseguido. A través de la azulada nube de humo que salía del escape abierto, leí la chapa: Ex-4124. Es decir: París, barrio de Pasy. Anoté el número en mi libreta.

—Señor—me dijo el chofer—. ¿Debo pasar adelante?

—No—le repuse —. Manténgase siempre atrás, a unos treinta metros.— Y me recosté sobre los almohadones, encendiendo un cigarrillo.

El humo y la brisa primaveral, cargada de efluvios, actuaron como un bálsamo sobre mis nervios tensos y excitados. Observé con interés la imagen de mi rostro reflejaba en el oblongo espejito colocado delante de mí, y sonreí complacido.

Por fin la tempestad que durante quince días había convulsionado mi alma y estremecido las fibras de mi cuerpo veíase coronada por el luminoso arco iris del triunfo. Y, olvidando el dolor, la angustia de mi reciente desconsuelo, dime a saborear en imaginación la dicha que el futuro me reservaba. Sí: aquel encuentro señalaba para mí el comienzo de una nueva vida.

Pero . . . el hombre es un animal optimista.

* * *

Vayamos por partes.

Remontémonos a dos semanas atrás. Estamos en el Hotel Carlton el ciclópeo cubo de granito de la Avenida de los Campos Elíseos. Se realiza un gran baile de disfraces. Luces, muchas difusas y extrañas luces. Dos "jazz-bands" completamente fuera de ambiente, parecen empeñadas en diabólica justa. Gritos, carcajadas. Runrunes de sedas, hombre ebúrneos, espaldas de nácar, pechos de nieve. A través de los antifaces, miradas de fuego.

Los músicos no nos concedían tregua. Aún no había terminado una de las "jazz", cuando ya la otra nos destrozaba los tímpanos con el estrépito de sus trombones y de sus baterías. Las piezas se sucedían como los prietos engranajes de un torniquete de cuyo opresión no era posible libertarse.

Las luces tenían pausas de oscuridad y variadas graduaciones de color que herían nuestras pupilas como el mágico sucederse de un calidoscopio. El contacto de los cuerpos enlazados era así más íntimo, más propicio para la confidencia.

Muchos no bailaban. Apretujados contra las paredes, examinaban a los bailarines, comentado tal paso de danza, elogiando a tal pareja, admirando a tal mujer.

Una voz armoniosa, aunque un tanto irónica, me saludó casi al oído:

—¿Cómo está señor D'Alambert? . . .

—Perdone. . . ¿Y usted? . . .— contesté automáticamente, escrutando los ojos de la desconocida abiertos en el terciopelo del antifaz. Pero aquellas pupilas tenían un fulgor que en ese instante me pareció extraño, nuevo . . .

—Es inútil—dijo la máscara—. No se empeñe en descubrir quién soy. No me conoce . . . Y yo misma sé muy poco de usted: el nombre . . . Además, ¿que importaría que nos conociésemos? . . . Aquí todos somos "desconocidos", ¿verdad? . . . Hemos venido a divertirnos, y eso es lo único que debe interesarnos—concluyó.

Asentí con un movimiento de cabeza. Otra respuesta hubiera resultado inoportuna e impertinente.

—Mire . . .—reanudó la máscara —. Hagamos esto: llámeme Maúd, si quiere. No es mi nombre, pero da lo mismo. Yo lo llamaré Raúl; tampoco es su nombre . . . Sin embargo, es hermoso. Y no olvide que rima con Maúd . . .

Sus labios contrajéronse en una sonrisa preñada de dulce misterio. En seguida agregó:

—¿Qué te parece si nos tuteáramos?... Sí... Es más cordial, más . . adecuado. En un baile de disfraces todo está permitido.

Me tomó del brazo, oprimiéndomelo con ternura. Luego, clavándome ligeramente las uñas en la carne, ordenó:

—Bailemos.

Bailamos largo rato, sin detenernos. Yo sentía converger hacia ella las miradas de los hombres, cuya envidia despertaba mi orgullo de galán. La mujer que estrechaba entre mis brazos era, en verdad, soberbia: alta, flexible, con voz cristalina, con una cabellera color ámbar envejecido por la acción del humo; elástica y armoniosa, obedecía con soltura mis más caprichosos y arriesgados pasos de danza.

Pero, ¿quién era? . . . ¿Una cortesana? Probablemente. ¿Una princesa? Tal vez . . . En ningún caso una burguesita en trance de aventuras extramatrimoniales.

El enigma no tardaría en develarse.

De súbito, tras un largo silencio, dijo:

—Etoy fatigada. Descansemos.

Nos retiramos a una pequeña salita donde apenas llegaba el eco de la música, y nos sentamos en un diván. Una fontana gorgojeaba entre gigantescas flores de loto. Inmensas pantallas de gasa azul difundían en torno nuestro una exótica y pálida claridad lunar.

Como viéramos que algunas parejas se disponían a cenar, decidimos imitarlas.

* * *

Maúd se llevó a los labios la copa de "champagne" y la bebió de un sorbo.

—Vuelve a servirme — dijo, extendiendo el brazo cubierto por una apretada red de perlas que semejaba un único brazalete de malla. Y permaneció con el codo apoyado en la mesa, sosteniendo la copa entre sus largos y delicados dedos. Las perlas resbalaron hacia el codo con tenue y suave murmullo, dejando al descubierto, sobre la diáfana piel, una ancha rosa de color de fuego y de sangre. La copa se le cayó de la mano, rompiéndose en pequeñísimos trozos.

—¿Qué, Maúd? . . . ¿Te has lastimado? . . .

—Sí—repuso con acento metálico, estremeciéndose, y mirándome con ojos en que se distinguía un fulgor de velada tristeza—. Sí; pero no en este momento . . . Hace algunos años. Se trata de algo que "ahora" no quiero recordar . . .

E hizo correr hasta su pulso la rebelde red de perlas.

Luego tomó mi copa; bebióla, y, con sarcástica, aunque cristalina resonancia en la voz me dijo:

—Raúl, ¿recuerdas aquel verso de nuestro gran poeta: "La fealdad es, a veces, la belleza suprema?"

—Sí—dije yo continuando:—... "y la belleza suele ser amarga fealdad"... Pero ya no puedo creer en esos versos, pues he encontrado a la mujer más hermosa del mundo.

—¿Estás seguro—me preguntó. Y llevóse el índice a los labios en un candoroso movimiento que creí de pudor.

—Me lo imagino—repliqué, sincero y convencido.

—¡Ingenuo!—exclamó.

Inclinóse hacia mí, rozándome casi la cara con los labios, y me habló largamente al oído, riendo con risa convulsiva.

Sus palabras fueron para mí una inesperada revelación:

—... Sí—me decía aquella voz metálica—. Pero prométeme que no intentarás descubrir mi secreto. Permaneceré con el antifaz puesto . . . Salgamos de aquí . . . No . . . No . . . Antes necesito tu promesa . . .

—Sea—le dije, sacudiéndome de impaciencia.—Sea . . . Me exiges un sacrificio demasiado grande... Lo haré en homenaje a tu belleza . . . y a la espontaneidad de tu ofrecimiento.

* * *

Cumplí mi promesa.

A los primeros fulgores del alba, Maúd abandonaba mi casa.

No era cortesana.

Tampoco una princesa, seguramente.

¿Una inquieta burguesa ávida de aventuras?... Menos.

Era, sencillamente, la más hermosa, la más divina, la más inocente de las jóvenes.

Como era fatal, me enamoré de ella. ¿Fué el misterio de su rostro cubierto por el antifaz?... ¿Fué la insospechada ternura de su voz cautivante?... No sé...

Mi amor era una mujer sin cabeza. Mejor dicho, una mujer de cien, de mil cabezas, pues mi imaginación obstinábase en modelar los más maravillosos rostros y en atribuirlos sucesivamente a aquel cuerpo perfecto.

Al día siguiente experimenté la sensación de que el recuerdo de mi noche de amor quedaba trunco, en virtud de aquel rostro "no visto", de aquel rostro que lo era todo, quizá...

La fiebre de mis divagaciones tornóse exasperante. Yo "necesitaba" arrancar el antifaz que me ocultaba la celeste dulzura de aquel semblante. Lo "necesitaba", sí, porque nunca dolor alguno me sacudió tan vivamente como el esfuerzo para completar la visión de la mirífica Maúd.

Inserté avisos en los diarios. Anticipé cantidades enormes a "detectives" privados. Hice averiguaciones en todos los hoteles. Concurrí a todas las grandes reuniones, a los teatros, a los paseos públicos... Pero ¿quién se atrevería a encontrar una aguja en el inmenso pajar de París?

La melancolía se enseñoreó de mí. Rehuí el trato de mis amigos y compañeros. Me torné solitario. Por las noches sostenía largos coloquios con la luna y con las estrellas. Fijos, vítreos los ojos, interrogaba desde los muelles del Sena, durante largas horas, las luces que rielaban en las mudas, grises y lentas aguas...

Y a veces—no me avergüenza confesarlo — experimenté irresistibles deseos de ahogar mi ansiedad arrojándome al río.

* * *

Ahora la felicidad estaba allí, delante de mí. Para alcanzarla, bastaba que el motor de mi automóvil acelerase un poco su marcha.

¡Maúd!... ¡Maúd!... Hubiera deseado llegar hasta ella y decirle, llorando y estrechándola entre mis brazos:

—¡Soy Raúl, Maúd!... ¡Cuánto me has hecho sufrir!... ¿Por qué?... Escucha, Maúd: no puedo vivir sin ti... El recuerdo de aquella noche me desgarra las visceras, me tortura el alma, me asaetea el cerebro... Ven, Maúd... Sé mía... Mía, para siempre.

* * *

La "limousine" salió por la Puerta de Maillot, y penetró en la calle de Sponts. Luego disminuyó su velocidad, deteniéndose ante un suntuoso palacio.

—¡Apúrese!—ordené al chofer—. Y, sin esperar que el coche se hubiese detenido, descendí de él corriendo.

Maúd había entrado ya bajo el portal. Me acerqué a ella con el corazón latiendo alocadamente...

Maúd se estremeció. Volvióse. Lanzó un terribel grito y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué has venido a envenenar aquel único instante de dicha de mi vida?...—dijo llorando.

Una enorme, una violácea cicatriz le cubría la mitad del rostro, desfigurándola horriblemente.

Enmudecí... Enmudecí de espanto, pero también de respeto, ante aquel doloroso estigma de fealdad.

Maúd huyó, trepando la escalera de mármol. Mis oídos percibían con desgarradora intermitencia el eco de sus sollozos.

* * *

Di al chofer la propina prometida... Y me marché a pie por la larga avenida en sombras agobiado, bajo el peso de una cruenta, de una sañuda tristeza que preñaba mis ojos de lágrimas...

Y un nudo, un nudo constrictor, me oprimía implacablemente la garganta, mientras los versos del poeta repiqueteaban crueles en mis oídos: "La fealdad, es a veces, la belleza suprema"...

LA AGUJA

¡Oh diminuta y leve compañera
de las gentiles manos de la amada;
entre sus finos dedos laboriosos
yo te veo brillar llena de gracia
como un hilo de sol que se escondiera
tras una nubecilla de oro y nácar,
para alumbrar de nuevo y reflejarse
en las dulces pupilas que te amparan!

¡Cómo me place verte entre sus dedos
al lado de la vieja y buena lámpara,
cuando sentada junto a mí, se inclina
para coser las camisitas albas,
o el fino delantal de tela rosa
para la pequeñuela bienamada!
Aprovechando que los niños duermen,
entre el frescor del hilo de las sábanas,
ella te toma entre sus dedos ágiles
y empieza su labor; serena y grata
labor de madre joven que no ansía
más que felicidad para la casa.

Tú vas y vienes, amorosa aguja,
con tu hilillo detrás, llena de gracia,
pegando broches o hilvanando piezas
que buena falta nos harán mañana.
Yo te contemplo trabajar airosa,
y entre mi verso y tu labor, el alma
encuentra una profunda analogía
oh fina aguja de mi dulce amada:
pues yo también, mientras sus manos tejen
junto a la luz de la vetusta lámpara,
uso la aguja frágil de mis rimas
para unir mi emoción a la palabra.

Alfredo R. BUFANO

HARIA LA DICHA

Cuando el deseo, el pensamiento y la acción se transmutan en voluntad, razón y sacrificio, entonces el hombre regresa a su verdadera morada y vive por renunciación. Cuando el hombre renuncia realmente, sobreviene una admirable mudanza. En la senda de ida, que es la de su educación y perfeccionamiento, ha de esforzarse en conseguir cuanto desea y necesita; que ya en la senda de vuelta la naturaleza irá derramando todos los tesoros a sus pies.

Cuando el hombre cesa de desearlos, llueven sobre él todo los bienes, porque la renunciación es el canal por donde todo bien viene a los hombres.

Buscad el bien, pero sin el menor ánimo de codicia y todas las cosas serán vuestras.

Cesad de implorar porque se llene vuestro pequeño vaso de los deseos y de inmediato os veréis convertidos en enorme acueducto enlazado con el viviente manantial de todas las aguas, con la fuente inagotable de donde perennemente brota todo bien.

La renunciación significa el poder, la facultad, el don de trabajar por el bien de todos sin tregua ni descanso, pero también sin fracaso posible porque trabajáis obedientes al ritmo y al fin supremo de la vida.

Si alguna vez llegáis a emprender una verdadera obra de caridad y vuestros medios son limitados y las riquezas no afluyen a vuestras manos, significa que todavía no habéis aprendido la verdadera renunciación que aún estáis apegados a lo visible y lo superfluo, que aún os domina el mundo vano, que aún os falta mucho para triunfar: tanto como tardéis en desprenderos de los pequeños deseos — que son otros tantos defectos — y lleguéis a elevar vuestro espíritu hasta el verdadero ideal.

Ann Wood de BESANT.

Una glándula nos convierte en criminales.

Un grupo de médicos de Wheeling (Virginia) Estados Unidos ha emprendido una campaña en favor de la supresión de la pena de muerte y del tratamiento de los criminales por los Rayos X. Aseguran que dichos rayos hacen desaparecer una glándula cerca de la garganta, y que es generalmente absorbida por el organismo durante el crecimiento del niño.

Según los doctores, tal glándula es la causa directa de los instintos criminales de ciertas personas, y provoca también a veces la locura.

El Gobierno federal ha ordenado que se estudie detenidamente esta cuestión.

LA SONRISA DE CELESTINO

Por Whip

Celestino era completamente feliz.

¿Y por que era Celestino completamente dichoso?

Porque era novio de Leonor.

Y por esta razón Celestino iba por la calle sonriente y pensando:

—Amo a Leonor. La amo porque sus cabellos rubios son como la seda, porque es hermosa, esbelta, distinguida; porque tiene unos pies diminutos y unos dientes mas pequeños aun. Y tiene otra cosa mas pequeña aun: su dote. No es por su dote por lo que me caso con mi Leonor, es por amor. Tanto la quiero, que aunque llevase una dote mucho mayor me casaría con ella.

Este pensamiento delicado aumentaba la felicidad de Celestino, cuya sonrisa se acentuaba cada vez mas.

Y Celestino siguió pensando:

—Además gano dinero bastante para los dos y esto me permitirá rodear a mi Leonor de toda clase de comodidades y proporcionarle distracciones. Iremos mucho al cine, porque a mí me gusta mucho y a Leonor también.

Siguió pensando en otros proyectos agradables que realizaría cuando Leonor fuese su mujer.

Y no sólo Celestino iba pensando en cosas agradables, sino que era tan dichoso que para que todo el mundo participase de su felicidad empleaba el día en cometer buenas acciones.

Cuidaba de no tirar al suelo los anuncios que le daban en la calle, para que no se molestase el que los iba repartiendo y no trabajasen demasiado los barrenderos.

Daba a los pobres hasta 25 céntimos de limosna.

Arrojaba el cigarro, aun cuando lo hubiese acabado de encender, si veía a un colillero.

Y deseoso de hacer una obra buena más, se decidió a comprar un ramo de violetas a una linda florista. Y con su ramo en la mano siguió tan contento por la ganancia que había proporcionado a la gentil vendedora.

Con su ramo de violetas parecía algo tonto, pero no se daba cuenta, porque cuando uno está enamorado y es feliz con su amor no se da uno cuenta de muchas cosas.

De pronto se cruzó con una joven, un poco más alta que Leonor (y no tan bonita, claro está), pero que se parecía a Leonor.

Celestino, entonces, para dar las gracias a la joven por su parecido con su amada, se quitó respetuosamente el sombrero y ofreció el ramo de violetas a la joven, que lo aceptó sin hacerse rogar, y siguió su camino sin dar las gracias.

Celestino se cubrió de nuevo y siguió su camino, cada vez más feliz.

En aquel momento recibió un soberbio paraguazo en la cabeza, al tiempo que una voz querida — la voz armoniosa de la misma Leonor, que casualmente pasaba por allí, — y que vociferaba:

—¡Hipócrita! ¡Sinverguenza! ¡Ganapán! ¡Pide relaciones a una joven, jura amarla toda la vida y se dedica a regalar ramos de violetas a otras mujeres! ¡Toma; para que aprendas! ¡Otro! ¡Otro! ¡Todo ha concluído entre nosotros, caballero! ¡No lo conozco a usted!... ¡Adiós!

Y Leonor, furibunda, desapareció.

En cuanto a Celestino, cogió su sombrero del suelo, lo limpió cuidadosamente y pensó:

—¡De buena me he librado! ¿Qué hubiera sido de mí casándome con esa furia?

Y reanudó tranquilamente su paseo dichoso ahora, no por estar en relaciones, sino por haber dejado de estarlo.

TARDE DE ABRIL

De las terrazas del jardín solemos
contemplar el crepúsculo que arde:
en los livideceres de la tarde
mueren las almas de los crisantemos.

En los lejanos horizontes vemos
que el sol se acuesta como en un alarde
de oro en fusión; el alma de la tarde
se aduerme en el jardín de crisantemos.

Toda la hora se amortaja en quieta
excelsitud crepuscular; discreta
sube la luna en el azul zafiro.

y dulcemente, suavemente, pasa,
como una nota que se envuelve en gasa,
el vibrar amoroso de un suspiro.

Luis María JORDAN.

EL SOLITARIO

Por Adolfo Diez Gómez

Vencido por la lucha incesante de la vida pobre, y, harto del bullicio aturdidor de la metrópoli, busco todos los años descanso a mis nervios, en algún rincón apartado de la provincia.

La última vez, por razones de salud, elegí un hotelito en las playas de Necochea y me instalé, modestamente, en una habitación que miraba al mar.

Era la época de la canícula y los veraneantes afluían al balneario en considerable número, unos huyendo de la sofocante atmósfera de la City, y otros, los más, por lujo o para mantener en alto la mísera vanidad de un recuerdo *personal* en la sección "Notas Sociales" de los grandes diarios.

Había muchas niñas *bien* y bastantes madres jóvenes de verdad o al parecer, que aprovechando la tolerancia moral de las playas, lucían sus encantos privados, en trajes especiales de negligé provocativa y daban relieve a sus formas, en estudiadas poses sobre la arena.

Para mí, fuera de la saludable ración de baño y emocionante contemplación de tanta grandeza puesta por Dios en la inmensidad del mar y en la infinita soberanía de su marco de rocas y de arenas, aquella vida de *sociedad* trasplantada de la metrópoli con todas sus mentiras y todas sus miserias, me era sencillamente detestable.

Una tarde, que me había retirado demasiado lejos, llegué hasta un punto de la costa, en donde enormes barrancos acantilados, limitaban el soberano imperio del mar, dejándolo golpear con rabiosa impotencia la negra roca inaccesible.

Solo, y sintiéndome absolutamente pequeño ante la majestad de esa obra incomparable, di rienda suelta a mis fantasías de soñador y dejé que mi alma penetrara, emocionada y palpitante en las misteriosas regiones del caos.

Pero, muy pronto, la conciencia de mi insignificancia, me puso frente a la realidad.

Ante mis ojos, azorados y ansiosos, se levantaba por encima de las rocas, un peñón negro, enhiesto y magestuosamente trágico, como en muda y desdeñosa contemplación de ese gran coloso de olas y de espumas, que besaba humillado sus flancos.

Lo estaba contemplando, cuando oí el eco dulce y triste de una canción marina. Era la voz de Antonio, un pescador, con quien había tenido largas conversaciones los días anteriores.

La canción decía así:

¡El mar está tranquilo como mi (alma,
Duerme y es imponente su ma- (jestad
Rompo yo con mi canto la dul- (ce alma,
La dulce calma
Que apacible domina la inmen- (sidad!
¡De tus entrañas vengo, la vi- (da entera
Paso entre sus caricias y su fu- (ror,
Soy cual la brisa errante, rauda (viajera,
Rauda viajera
Que vive entre sus olas, soy pes- (cador!

Al acercarse y verme, calló, y, tocándome en un hombro:

—Señor — me preguntó con su eterna sonrisa — ¿está usted mirando "El Solitario"? ?

—¿El qué?...

—Sí; aquel peñón de allá abajo le llamamos "El Solitario", creí que usted lo estaba contemplando... esa roca, antes fué un pescador como yo... ¡tiene una historia muy triste!...

Picado en mi curiosidad, no solamente por el relato de la leyenda, sino por el tono quejumbroso con que había dicho mi interlocutor sus últimas palabras, le insinué que me narrara esa *cierta historia* como él decía. No se hizo de rogar, y a la pálida luz del crepúsculo de aquella incomparable tarde de Enero, el humilde pescador, en su lenguaje pintoresco, pero no exento de belleza, principió así:...

... El, se llamaba Gabriel y era fuerte, jóven y alegre. Tenía dos barcos de vela de regular tamaño, con los que todas las madrugadas salía a pescar, para vender luego el producto de su trabajo en el pueblo vecino. Su casa, si así puede llamarse, estaba al pie de aquella loma que se levanta allá... Su familia consistía en un perro grande y lanudo que nunca abandonaba a su amo, era el fiel reflejo de la lealtad y el cariño, su nombre era "Sargento"; sus dos barcos se llamaban el uno "Estela" y el otro "Huella". Gabriel era bueno, no había quien no lo quisiera en diez leguas a la redonda.

Cierta tarde, en que regresaba de su trabajo cotidiano, encontró en la playa a una muchacha del pueblo, que en unión de sus padres había venido a pasear; se llamaba Irma; sus ojos eran grandes y verdes como las aguas del mar; su pelo espeso, largo y dorado como la arena de la playa; su voz tenía las suavidades de la queja de la brisa marina; su andar sólo podía compararse, al voluptuoso vaivén del oleaje...

Y se quisieron mucho, como sólo aman los que se han creado admirando las grandezas de la naturaleza; su cariño era puro como el ala inmaculada de la gaviota e inmenso y fuerte, como este mar majestuoso y sombrío...

Dos meses después se casaron e Irma vino a habitar la solitaria casa del humilde pescador, llenándola de luz y de alegría.

Ella era guapa y valiente, y una vez al tanto de los trabajos del esposo, le pidió a éste que la dejara pilotear uno de los barcos, siendo más tarde la que guiaba la "Huella" con su brazo blanco y musculoso.

Y así corría el tiempo; todas las madrugadas los dos veleros, manejados por el matrimonio levaban anclas y se perdían serenamente, entre el azul celeste del infinito, como pardos albatros en suave y majestuoso vuelo.

La felicidad parecía haber hecho nido en ese hogar; unos meses después, Irma dió a luz un niño, que creció sano y fuerte, jugando en la húmeda arena de la playa.

Decidido y valiente como sus padres, no bien se sintió hombrecito, solicitó y obtuvo permiso para ser uno de los tripulantes de los barcos, y acompañado de su madre, todas las mañanas guiaba el velero, como el mejor pescador de la comarca.

Gabriel e Irma estaban orgullosos del mozalbete, y entre risas y besos, pasaba el tiempo, casi sin ser notado en la pobre cabaña de la loma...

Un día, el niño guiando solo la "Huella" salió mar adentro con intenciones de pescar, para completar la cosecha del día.

Como a las cuatro de la tarde aun el barco no había regresado y espesas nubes en el horizonte, anunciaban una cercana tempestad.

La ansiedad de los padres no tenía límites: Gabriel estaba enfermo, pero así y todo, del brazo de su mujer, fué hasta los primeros acantilados de la costa a escrutar el infinito negro y siniestro.

De pronto el trueno comenzó a bramar y las olas se agitaron yendo a estrellarse furiosas contra las rocas. El viento huracanado, cubrió el cielo con nubes negras, y la tempestad estalló bravía y horrenda, sin que la "Huella" hubiera retornado aún...

Gabriel, casi postrado, no podía acudir en socorro de su hijo, y fué Irma, la que intrépida y bella, después de dar un largo beso en los labios del abrumado esposo, tomó la "Estela" y se internó en el revuelto mar...

—¡Ya vuelvo! — fueron las últimas palabras de la desesperada madre — mientras el endeble barco, ora en un abismo, ora en la cima de una ola, surcaba la tiniebla en aras de la esperanza.

Gabriel, parado sobre una roca, la vió perderse entre las brumas, agitado y sombrío, como el espectáculo que tenía ante sus ojos.

Una, dos... diez horas pasó así; mudo, trágicamente inmóvil, escrutando el horizonte, en demanda de sus seres queridos.

La tormenta pasó... vino la luz del sol alegre y risueña y alumbró a Gabriel que, con los brazos cruzados, seguía esperando el retorno de los que el hambriento mar, había tragado para siempre!

Irma había dicho: — ¡Ya vuelvo!... — y él, pacientemente esperaba, sin creer en la desgracia, inmóvil e imponente ante el mar.

¿Cuánto tiempo estuvo así? ¡Nadie lo sabe! ¡Pasaron los días y los meses y la figura de Gabriel se destacaba de entre los peñascos, como una melancólica silueta de ensueño!

La leyenda afirmó después... que Dios lo convirtió en esa roca que se yergue allí, solitaria, para que así, pudiera esperar eternamente el retorno de aquelos, que se fueron para no volver jamás...!

Calló el pescador, le dí las gracias por su triste relato y se fué cantando por la ribera muda, su dulce canción marina...

Y yo quedé allí... mirando emocionado aquella mole gigantesca, que trágicamente se erguía en las penumbras del crepúsculo, y el mar... que serenamente hermoso, ejecutaba su eterna sinfonía, yendo a lamer sumiso, los pies de la figura de leyenda.

MEDALLA

Tus sobrinitos vienen y te besan:
—¡Buenas noches! te dicen. Enseguida
queda la casa en un silencio grave
de niños acostados y penumbra.

En el cercano comedor, a veces,
una palabra suena, una tos leve,
o el volver de las hojas de algún libro...
El amor de ellos cuenta ya seis años.

Nosotros cuchicheamos sin cesar
de nuestro amor de hoy. O hablas tu sola
Y te callas también. Paso mi brazo
sobre tu cuello que se dobla un poco,
y en silencio se unen nuestras manos
como rosas vecinas e inclinadas.

Y juntas mi mejilla y tu mejilla,
apenas veo en tu perfil moreno
como nace el fulgor en tu mirada
y la sonrisa en tus abiertos labios,
mientras que por mi cara se difunde
un inefable calorcito tuyo.

Allá en el comedor él dobla una hoja
y ella cuenta los nudos que ha tejido.
Y en el salón nosotros componemos
una medalla de perfecto amor.

FERNANDEZ MORENO

DESDE PARIS

Hermano molino...

El estribillo de una música pegadiza y alegre me ha traído hasta el balcón. Allá abajo, en la calle, tranquila en estas horas mañaneras, un viejo de luenga barba amarillenta entona, acompañándose de un arcaico acordeón, el aire ya pasado de moda que todos conocen:

—¡Valencia!...

¿No lo conocéis vosotros también? Es la creación que ha consagrado en París al errante y aventurero Padilla, ese almeriense inspirado y triunfador que ha vivido y luchado en la Argentina y que ya, con "El Relicario" y con "La Violetera", nos hizo pasar un verdadero sarampión acá, por estas tierras de Francia.

El maestro Padilla puede estar contento. Desde el primer instante París — esa mujer coqueta y esquiva tan difícil de conquistar, — se le entregó, rendido, gracias a su música y al arte de Raquel Meller.

Después fué el éxito de su "Revista Española" representada en el Music-Hall de los Campos Elíseos lo que acabó de popularizarlo. Y Valencia...

—En la calle, la gente—damas que familiarmente salen a sus compras en bata y zapatillas, chiquillos y desocupados,—se paran en las aceras tarareando el estribillo que deforman graciosamente el pronunciarlo a su manera:

—¡Valansiá!...

Creedme, las perras mueren que es una bendición... Y este viejo, que muestra orgulloso una cabeza de apóstol fracasado, una hermosa testa de modelo, se aleja lento repitiendo su ¡Valensiá!... sin darse cuenta de las reminiseencias, de las emotividades que pueda despertar su canción nostálgica y exótica. Padilla... Almeira... Y, por asociación de ideas, aquella vieja glorieta de San Pedro con sus poyos acogedores, con sus árboles amigos, con sus risas de chicuelos, que nos vió jugar y que vió pasar mi adolescencia baldía. Qué lejos está todo eso...

Y aquí estamos en París, mejor dicho, en Montmartre, el Cerro Sagrado. Desde mi quinto piso veo escalomarse ante mí las casas, de un tono gris, almenadas de chatas y rojas chimeneas. Más allá está el cielo, un cielo pálido que las nubes, incansables, se gozan en cubrir durante días y días. Pero ahoda, el sol amigo pone su caricia luminosa y cálida sobre todo y hace, allá a la derecha, rebrillar la gracia cándida de las cúpulas bizantinas del Sagrado Corazón.

Aquí, en lo alto de mi calle—la rue Burg,— un molino, emergiendo de entre el mar de casas, alza al cielo sus brazos dolorosamente inmóviles. El sitio que siempre lo vió alzarse, allá, más alto aún, se moderniza... Era menester irse o morir. Y aquí vino, junto a su hermano que corona y da nombre al célebre baile del "Moulin de la Galette", traído por manos piadosas y amantes de las viejas cosas que hoy tan aprisa, tan aprisa se van.

Porque este viejo molino ha sido testigo mudo y actor pasivo de un hecho trágico de la historia de París.

En 1814, cuando los aliados contra Napoleón el grande atacaban la villa, el molinero, llamado Debray, ayudado de los suyos, apoyaba con un cañón desde el cerro, entonces calvo de casas, la acción del mariscal Moncey que defendía la barrera de Clichy. No le valió a aquel puñado de valientes su feroz resistencia. El molino fué envuelto, sus defensores dispersados y el heróico molinero muerto a sablazos por los cosacos. Y su cuerpo en pedazos fué colgado de las aspas de su molino, de este molino en el que las gentes, hoy, no ven más que la muestra, el reclamo de un establecimiento de placer.

Yo, que sé un poco de tragedias ocultas, todos los días le dirijo mi sonrisa impregnada de tristeza. Y no sé si es la ilusión lo que me hace ver sus aspas abrirse más aún, como unos brazos inmensos que quisieran estrecharme agradecidos.

Hermano molino...

J. QUESADA NOFUENTES

París, Enero 1928

¡CANTO!

¡Canta en voz baja, pon tu órgano a sordina, oh, buen viento de la tarde! Canta para el marino que partirá para un largo viaje cuando alegre el agua azul la armoniosa visión de un blanco vuelo de goletas; canta para el pescador que tenderá la red; canta para el remero negro, risueño y de grandes gestos elásticos; canta para el chino que va a pescar todavía con la divina modorra de su poderoso y sutil opio. Y canta mientras la marea sube para los viajeros errantes, para los que van sin rumbo fijo, tendidas las velas, por el mar de la vida, tan áspero, tan profundo tan amargo como el inmenso y misterioso océano.

Rubén DARIO

HYMAYA

Por Antonia Opisso

Con sus veinte años, su gallarda figura, su fuerza hercúlea y su aureola de popularidad, juzgábase Nashar el ser más feliz de Yedo, hasta el extremo de considerar su suerte ventajosa aun comparándose al mismísimo emperador. Y no era el mozo dignatario palatino, ni mercader opulento, ni tan siquiera mandarín: era un pobre juglar que exhibía sus habilidades en la plaza pública, bajo el brillante pabellón de ardoroso sol, vistiendo pintoresco traje y rodeado siempre por una multitud fanatizada por los recursos de su ingenio.

Fuerza es consignar que Nashar hacía cuanto le era dable para corresponder al entusiasmo de sus admiradores, pues si cuando suspendía en la flexible rama de un árbol su fina escala de seda obraba en ella prodigiosos equilibrios, cuando disparaba su arco, tan certero dirigía la flecha, que hasta a una mariposa conseguía derribar. Con las mariposas y los pájaros hacía Nashar verdaderos prodigios. Precisaba verle en la fiesta de Higché, dedicada a Ogi, para convencerse de ello. Bastábale el suave aire de su ancho abanico de papiro para poner en dispersión una verdadera nube de brillantes mariposas, que reunía, sin embargo, cuando más completa era la ilusión del corro que le rodeaba. La flecha de su arco, disparaba contra una banda de palomas, que como a fin de fiesta eran puestas en libertad, clavábase siempre en la medalla de oro, que, pendiente de su cuello, llevaba una de ellas, la cual, al sentir el peso de la flecha, descendía rápida, agitando sus tornasoladas alas, que despedían los inflamados reflejos de la esmeralda y el rubí.

No existía en todo el Japón un juglar igual.

Yedo juzgaba a Nashar como una gloria nacional. Este a su vez sentíase cada día más ufano del ejercicio de su profesión. A pesar de que era su fama verdaderamente popular, sólo se exhibía en público cuando era llamado a tomar parte en alguna fiesta oficial, ya que no había en la hermosa Yedo solemnidad posible sin el concurso de Nashar, el de la mágica flecha, el del abanico prodigioso y el de gallardo y gentil continente.

A pesar de sus genialidades y de sus eclipses, Nashar no tenía enemigos. Desde el emperador al último de sus súbditos, todos le amaban por igual. En sus frecuentes eclipses, ocupaba el juglar modestísima choza de nipa, rodeada por plantaciones de azulados lirios. Vivía solo. Su morada era el santuario de su arte, y Nashar concentraba todos sus afanes a ponerse al abrigo de toda impertinente indiscreción.

Tenía por vecino a Daimio; mas ¿que le importaba a Nashar ser convecino del gran señor?

Cuando el astro rey extendía su brillante luz en la inmensidad del cielo, la sombra de la feudal morada cubría por entero la humilde choza de nipa, bien que su sombra no interesó nunca más allá de sus muros externos. En su interior todo era dicha, felicidad, bienestar infinito, jamás empañado por la más leve sombra: éstas sólo podían admitirse como a capricho de la celosa luz. A veces el rodar de marciales carros y el toque de la conocida marcha le anunciaba que el Daimio, acompañado de sus pintorescos tatuarios, iba a salir. Nashar se asomaba a la puerta de su casa para presenciar el paso de la brillante comitiva. Por lo regular, señor y servidores iban tristes. No en vano se ha dicho que la felicidad verdadera no anida en los palacios ni en los regios alcázares; de ahí que al verlos, Nashar murmurase para sus adentros: "La felicidad no la otorga el poder. ¡Qué tristes y mohinos van! Para vivir penando, prefiero ser juglar a gran señor". Pero la felicidad de los hombres ha sido siempre engañosa, tan engañosa como una tersa luna de Venecia, copiando las gracias de una mujer recién salida de su tocador.

Una tarde, paseando por el jardín de su palacio la hermosa Hymaya, hija del Daimio, abrió la jaula de preciosas maderas y dorados mimbres, en la que yacía cautiva preciosa paloma azul. Hymaya besó sus alas de záfiro, suspendió luego de su cuello un arco de oro primorosamente cincelado, y al ir a darle un último beso, batió la cautiva sus alas, hendiendo como flecha de finas pedrerías un espacio más adorado cuanto más tiempo tuvo que contemplarlo desde la cautividad. Hymaya llamó a la paloma con sus palabras más bellas. Soltáronse lazos, disparáronse flechas, púsose en movimiento toda la gente palatina; mas el ave, insensible a todo reclamo, siguió hendiendo los aires y remontándose cada vez más. "Oh, mi dulce amiga!—clamaba Hymaya.

—¡Ven, y no en cárceles de oro y fragante sándalo, sino en mi propia cámara morarás tú!..." El ave siguió volando; pero en un momento de fatiga descansa su vuelo en un cañaveral, que mecido por el viento se cimbrea como campo sembrado de flexibles palmas de oro. El apoyo no puede ser más frágil. La paloma sigue el movimiento de la caña, y la anhelosa multitud espera impaciente verla descender. Hymaya abandona su última esperanza, levanta el velo que cubre su rostro para despedirse de aquella ingrata, y sus hermosos ojos aparecen bañados por copioso llanto. Cuando la real hija de Daimio, llora, sombras de muerte fluctúan a su lado. Sus servidores conocen el alcance de sus lágrimas, y se miran y se adivinan presintiendo algo funesto, algo extraordinario y fatal.

Los cañaverales parecen asequibles, la paloma revolotea y descansa en ellos, y el viento los cimbrea acompasadamente como flexibles palmas de oro. ¿Quién es capaz de arrojarse a la atrevida aventura? Avanzar es poner en fuga a la hermosa libertada. La princesa sigue llorando, el peligro es cada vez más evidente y se hace preciso decidir. Nashar es sólo el que puede recobrar a la paloma, él sólo el que puede librarlos de los rigores de la hija del Daimio. Y . . . "¡Nashar! ¡Nashar"!, gritan cuantos rodean a la princesa. Y mezclándose con el rumor de las cañas, el eco repite: "¡Nashar! ¡Nashar"! . . .

Al inesperado llamamiento, Nashar corre hacia el sitio que el eco le indica, presentándose a los pocos segundos ante la atribulada multitud. Según acostumbra, lleva aparejados su arco y su flecha, objetos que constituyen el complemento de su personalidad. —¡Oh, Nashar! . . . — gritan los desolados servidores.—Tú tan sólo nos puedes salvar. La paloma azul, el ave amiga de Hymaya, ha abandonado su encierro. ¡Mírala revoloteando en el inmediato cañaveral! . . .

Nashar sonríe, saluda a la hija del Daimio, y apuntando luego su mágico arco, su flecha salta tan certera, que el aro de oro que pende del cuello de la liberta queda clavado en una caña, que no cesa de cimbrear, La multitud aplaude frenética de entusiasmo. Nashar corre a libertar a la cautiva, y, dueño de ella, la pone en manos de la princesa real. Hymaya sonríe conmovida y da gracias al afortunado Nashar, que al eco de la voz de la hija del Daimio se sentía desfallecer.

¿Qué hay en el acento de Hymaya? Ecos argentados como notas arrancadas a una arpa de oro, que conmueven y fascinan y aletargan dulcemente el corazón Nashar abandona la espléndida morada, y cual si dejase en ella parte de su alma, baja a su cabaña, presa de melancolía mortal. ¡Pobre soñador! ¿Qué presentimientos le embargan? En rigor, por más que hace para analizarlos, ni él mismo los logra definir. Piensa en Hymaya, y las alegrías que pocas horas antes eran sus compañeras inseparables, brillan pálidas y sin luz en su alma. ¡Parecen estrellas iluminando el fondo de una tumba!

¿Qué ocurre en la mansión vecina? La real morada aparece vestida de gala; los jardines que la rodean se hallan suntuosamente adornados, y la gran escalinata desaparece cubierta por primoroso tapiz, en cuyo fondo verdoso se destacan genios y dragones bordados en oro. A través de las abiertas ventanas hermosos biombos incrustados en nácares, conchas que irradian con los cambiantes del iris, rojos corales, láminas de marfil y preciosos adminículos de transparente carey. Suspendidas de los árboles, el viento agita caprichosas linternas de vidrios de colores, que brillan a lo lejos como enormes piedras preciosas fantásticamente enlazadas entre el verde follaje. Sobre los muebles de concha de finas maderas y brillantes metales, vense infinidad de deliciosos potiches de porcelana con esmaltes azules y rojos, entre primorosas ornamentaciones de oro, jarrones de faience, tibores elegantísimos, armas damasquinas y tapices y armaduras de suntuosidad sin igual.

Nashar contempla desde su choza la magnificencias de la mansión vecina, y a pesar de los torrentes de luz que brotan de su pródiga iluminación, no alcanza el

PEREGRINACIONES

Cae la tarde, silenciosa y pálida,
con la inefable suavidad de un velo.
Disipada mi túnica de oro
visto la dulce imprecisión del véspero.

Al internarme en la nocturna senda
vestiré la mortaja de las cosas,
el terciopelo azul en que se oculta
el latido rosado de la aurora.

Pero si el alma es como un lago inmóvil
bajo los astros, en su espejo lleva
la sideral blancura.
Luego el alba disipa su diadema.

Me internaré en la noche
vistiendo la mortaja de las cosas...
No faltará a mi cita — cuando el alma
pierda su imagen sideral — la aurora.

Del seno rosicler, más tarde, al seno
del día esplendoroso
iré, como una nube,
a recobrar mi túnica de oro.

Y siempre así, viajero sonriente
a través de las horas sucesivas,
mi corazón, en su apariencia de agua,
será siempre diversa y armoniosa
fugacidad que canta.

Rafael Alberto Arrieta

triste a disolver las sombras que lentamente van haciendo la muerte en su alma.

La hora de la fiesta se aproxima. El Daimio ha invitado a ella melancolías del garrido mancebo a su ingenioso vecino, y conforme se acerca el anhelado instante, las cobran mayor vuelo. ¡Ella es la hija del gran señor . . .; él, el pobre y obscuro juglar! Por vez primera en su vida, Nashar siente sorrojos al pensar en su humilde profesión, y, sin embargo, a no ser por ella, nunca hubiera visto el sol desde tan cerca; jamás hubiera vibrado en sus oídos el eco dulcísimo de aquella enamorada voz. Triste y preocupado, abandonó su choza y se encaminó al palacio.

Es un juglar, un pobre saltimbanqui, lo cual no priva que su presencia en la señorial morada sea saludada con un murmullo de simpatía. Por él adivinó Nashar que le estaban esperando. Tranquilo y con la sonrisa en los labios, avanza por el salón sin atreverse a levantar los ojos. Teme y desea verla al mismo tiempo, quiere huír de ella y avanza resuelto, sin embargo, porque la presiente y la adivina. Sin conciencia apenas de lo que hace, dan comienzo sus ejercicios, y lo que comienza como simple entretenimiento, acaba siendo un maravilloso prodigio. Piensa en Hymaya, y su recuerdo le agiganta. El estímulo es irresistible, y aquel osado farsante se transforma en habilísimo artista. Los espectadores aplauden, entusiasmados, bien que Nashar parece insensible a la halagadora demostración. Hymaya le absorbe y cautiva, y ya sólo en ella sabe el mísero pensar. En medio de sus abstracciones, surge de su cerebro una idea confortadora y atrevida. La hija del gran señor es libre. El día que sonriendo le dió las gracias al recobrar su paloma azul, pudo ver sus dientes, blancos como nevado marfil.

En el Japón, los dientes de las mujeres son el testimonio de su estado de soltería, ya que una de las fórmulas de las ceremonias nupciales consiste en teñir con laca los dientes de las recién casadas.

Nashar es jóven, arrojado, valiente y audaz; puede convertirse en héroe de la patria, puede hacerse grande y aspirar a la hija del que es hoy más poderoso que él.

Así discurriendo, sus ejercicios tocan a su término.

La última suerte consiste en arrojar la hoja de un puñal en magnífico espejo, en cuya luna se fija el rostro que desea el juglar. Nashar se apresta a ejecutar el atrevido ejercicio. Ya sabe el rostro que la luna debe copiar. Levanta al aire la acerada hoja montada en soberbio puño de oro repujado; mas antes de decidirse a arrojarla al espejo, como amparándose de maravilloso talismán, fija sus ojos en los de su adorada. Ella le sonríe y Nashar palidece.

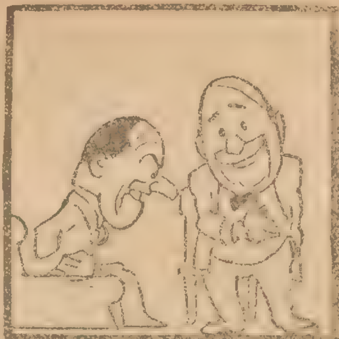
Los dientes de Hymaya estaban teñidos de laca.

La fiesta que se estaba celebrando era su fiesta nupcial.

Nashar sonríe con lúgubre expresión; saluda al Daimio y sepulta en su pecho la mortífera hoja de su puñal.

¿Para qué quería borrar el mísero una imagen del espejo?

Lo que le interesaba era borrarla para siempre de su pobre corazón.


—¿Cree usted en Voronoff? ¿Cree usted que se puede prolongar la vida?


—Efectivamente ...... Pero ¿sabe cómo?
—¿ . . . . ?


—Pues tomando el formidable y reconfortable HIERRO QUINA BISLERI.

EL OFICIO

Por Valentín Hurtado

Ernesto Suárez se quedó huérfano de padre y madre cuando apenas había cumplido los cuarenta y tres años.

Hijo de un empleado que durante toda su vida sostuvo decorosamente, con su sueldo, el esplendor de la familia, Ernesto Suárez, al morir sus progenitores, se encontró con que carecía de los más elementales medios con que subvenir a sus necesidades. Educado en un ambiente de comodidad, de mimo y de bienestar, sus padres no habíanse preocupado ni por un instante de procurarle un porvenir. No tenía oficio ni beneficio; carecía de aptitud y de desvergüenza para vivir a costa del prójimo, y por no servir ya para nada, ni siquiera había servido para casarse con una mujer rica.

Total: que Ernesto Suárez era lo que se llama una verdadera calamidad, y que para él el porvenir presentábase de una inquietante negrura.

Durante los tres o cuatro meses que sucedieron a la muerte de sus progenitores, Ernesto Suárez consiguió ir viviendo a costa de la venta de los muebles de su casa. Hoy pignoraba el trinchero del comedor — pignoración que le permitía comer caliente durante un par de semanas a lo sumo — ; mañana, el espejo grande de la sala; pasado, el linoleum del pasillo, y al otro, los utensillios de cocina. Poco a poco se fué desprendiendo de todo lo que encerraba la casa paterna. Desaparecieron los retratos, las sillas, las mesillas de noche, la artesa, el armario de luna y todo aquello que representara algún valor o de lo que pudiera sacarse la más mínima cantidad.

Hasta que, al fin, como es lógico, llegó un día en que ya no quedó nada pignorable.

Entonces Ernesto Suárez pensó en su porvenir.

—No va a haber más remedio que dedicarse a algo—dijo—. Desde hoy procuraré enterarme de todas las oportunidades que haya para trabajar.

Ernesto Suárez dedicóse a comprar todos los diarios para, ávidamente, leer las secciones de anuncios. Pretendió el cargo de ordenanza de una oficina de seguros, el de mozo de comedor de una casa aristocrática, el de monosabio en la plaza de toros, el de camarero en un restaurante de moda, el de chófer, el de comisionista, y el agente de publicidad. Pero no consiguió ninguno.


—Este vino no parece muy católico.
—Ha hecho usted bien en advertírmelo; lo voy bautizar en seguida.

Personas de más aptitud, más activas o más recomendadas que él acaparaban todos los cargos en que Ernesto Suárez pudiera ganarse el sustento. Ya era cosa sabida; cuando inmediatamente después de haber leído alguna oferta de trabajo acudía a solicitarla, recibíanle siempre con el mismo estribillo:

—Imposible; ahora mismo acabamos de admitir a un individuo. Si llega usted cinco minutos antes se encuentra con él. De todos modos..., si usted quiere..., puede dejarnos sus señas.

Hasta que, al fin, no sé de qué modo, Ernesto Suárez logró enterarse de que próximamente iban a vacar unas plazas de serenos. Se enteró de todos los requisitos necesarios para optar a ellas, y una vez que estuvieron cumplidos solicitó una.

Y esperó.

Fuese por milagro, fuese por casualidad o fuese, por lo que es más probable, por la sencilla razón de que nada hizo por conseguirlo, de pronto, una mañana, al hojear el periódico, se encontró con la agradable sorpresa de ver su nombre entre la lista de los sujetos que habían sido admitidos para cubrir las citadas y vacantes plazas.

"Las personas aquí nombradas —decía aquella gacetilla—deberán presentarse en la respectiva Tenencia de Alcaldía, a fin de ser sometidas al reconocimiento facultativo, tras de lo cual los que hayan sido deparados útiles por no padecer enfermedad de ninguna clase percibirán los nombramientos definitivos."

Ernesto Suárez acudió el día señalado para el reconocimiento médico; y he aquí lo que es la fatalidad y la desgracia de los hombres: ¡fué declarado inútil!

"Reconocido Ernesto Suárez —decía el informe de los galenos— resulta no ser útil para desempeñar el cargo de sereno, por padecer de insomnios."






DESDE EL PÓRTICO

ABOGADO. — LITERATO. — POETA

ABOGADO

Bajábamos a una estación del subterráneo varios amigos del Pórtico cuando un vendedor ambulante nos ofreció una baratija, diciéndole a uno de los nuestros: — Cómpreme usted uno, doctor.

Nos causó gracia la ocurrencia y pedimos al galante gaditano nos dijera en qué había conocido que fuera doctor nuestro modesto compañero.

Nos dijo que como veía en nosotros personas liberales y al parecer inteligentes, nos diría sin recelos la verdad. En Buenos Aires — agregó — es muy fácil vender una mercadería en la calle tratando a cualquier caballero de doctor, como lo es en Río de Janeiro, tratándolo de coronel.

Los abogados se llaman "letrados" a sí mismos. Bien es verdad que en la legislación española ya se les daba este adjetivo; pero lo raro sería que, siendo las leyes obras de los abogados, se hubieran quedado cortos en el atributo.

La ínfula que se dan nuestros doctores, es hereditaria de la ínfula de los doctores españoles, pues allá los doctores se equiparan a los nobles y no pueden ser presos por deuda que nazca de causa civil.

Nuestros campesinos y las gentes humildes del suburbio se llenan de unción admirativa cuando pronuncian la palabra mágica "doctor".

Otros sabemos que sobre muy precarios títulos de bachiller suelen cursar no pocos los estudios superiores del derecho, repechando la cuesta a duras penas.

No conocemos nada más cargante que un doctor que blasone de su título para imponer su opinión en asuntos agenos a su oficio.

La mayor parte de ellos se profesionalizan. No leen. Olvidan las nociones literarias y filosóficas aprendidas a la carrera y "para pasar". Y como ser abogado no es ser jurisconsulto, se dedican a las excepciones dilatorias, que les aumenta el honorario, mientras reniegan del derecho natural, que les dignificaría la carrera.

A nosotros nos parece que un "letrado" debería ser un profesor en "letras", somprendiendo en esta designación no sólo la filosofía y la historia sino la ortografía y la sintáxis; pero don Alfonso el sabio ya previó en una de las partidas el caso de un letrado que no supiera escribir, el cual quedaba habilitado para testar. Es que en ese caso don Alfonso llamó letrado al que sabía leer.

Entre los romanos, el abogado caía dentro de la clase de los oradores y ya Catón, citado por Quintiliano, decía que el orador era "un hombre de bien instruido en la elocuencia".

Es lástima que en un país como éste, de tanta ganadería y de tantos yacimientos petrolíferos, sean demasiado escasos los agrónomos e ingenieros y anden paseando su pobreza por los cafés de la calle Lavalle tantos letrados dignos de mejor fortuna y más holgada vida.

De todo esto, no hay sino un sólo culpable: la sociedad, que, profesando un credo democrático, se empeña en mantener o crear resabios de una dudosa aristocracia profesional, a costa de muy dolorosos sacrificios pecuniarios.

LITERATO

El literato, cuando no es "letrado", forma otra rama de nuestra aristocracia intelectual y putativa.

Un literato debiera saber literatura, es decir: retórica y poética. Además, estética, historia, filosofía, gramática, derecho, filosofía, numismática, arqueología, lenguas muertas, astronomía y geografía. Todo el saber humano se divide en ciencias y letras. El literato, que es el oficiante de estas últimas, no sólo debe saberlas en sí mismas de una manera acabada, sino en cuanto se vinculan con los lugares, los acontecimientos y las creencias en que la humanidad se ha desenvuelto en línea paralela con la ciencia.

En nuestro país se llama literato to cualquier aficionado que publica versos o cuentitos.

En el Pórtico admitimos generalmente que el tipo de literato argentino lo encarnaron hombres de la mentalidad enciclopédica de Juan María Gutiérrez, Joaquín V. González y Nicolás Avellaneda.

Entre las gentes que no escriben hay una gran cantidad de personas que podrían llamarse literatas, tal es la cantidad de sólidos conocimientos que poseen. Generalmente son empleados administrativos y hasta viajantes de comercio. Como no pierden el tiempo en escribir cosas inútiles, dedican sus horas libres a revólver las buenas librerías.

Esto se nota más en las provincias, tal vez porque se dispone de más tiempo para instruirse.

Hay "literatos" de muy acreditados periódicos de la capital que no podrían resistir media hora de conversación fundamental sobre motivos de arte con algunos de esos modestos lectores que no escriben.

¿Pero acaso escribieron Sócrates ni Cristo?

Nos parecería, pues, que la palabra "literato" debiera dejarse para aplicarla en casos excepcionales y a muy contados escritores.

En cambio, esta última, "escritores", viene bien a gacetilleros y a literatos, porque es como el ácido bórico, que sirviendo para todo no sirve para nada, según suele decir un general retirado, amigo del Pórtico, cuando se refiere a alguna de esas obras que aparecen en vísperas eleccionarias sobre algún motivo de la Constitución.

¿No es pintor el que pinta? ¿El que decora no es decorador?

Luego, el que escribe debe llamarse escritor, mientras una especial erudición no lo destaque y lo haga digno de ser llamado literato.

POETA

El poeta no necesita saber leer ni escribir.

Estro en la mente y ritmo en el espíritu son sus condiciones primordiales.

Sentir las cosas bellamente y bellamente cantarlas en el lenguaje común, con rima y acento, eso es hacer poesía.

Rima y acento, es decir: armonía.

El ritmo es una ley de la vida. A ella se ajusta la evolución de la materia y por ella se llega en las artes objetivas a la armonía en la forma, que no es sino la simetría y el contraste unidas en el ritmo del conjunto. Las subjetivas son, por excelencia, artes del ritmo.

La nueva sensibilidad detesta el ritmo.

Si hasta los caballos arreglan su paso al ritmo de la música ¿por qué no han de arreglar nuestros poetas sus estrofas al ritmo del acento y la medida, emergentes de la belleza y del amor, que son la suprema armonía de las cosas en la región ideal del sentimiento?

El poeta es humilde por naturaleza. Pero en cuanto le dán una cátedra o le pagan en una revista ya se cree, también, del número de los literatos, y se le ocurre que puede romper moldes y crear formas nuevas y hasta dividir la historia, mediante un formidable tajo en dos etapas irreconciliables: la vieja y la nueva sensibilidad: la oscuridad del caos en que balbucearon Virgilio, Dante y Calderón y la luz esplendorosa en que naufragan Marinetti y algunos otros más de por aquí.

No nos corresponde discutir aquí si, como lo quiere la escuela inglesa, el juego (que tiene una misión importante en la evolución de los seres vivos) es la verdadera causa de que el hombre sienta la necesidad de hacer combinaciones de arte poético .

Hay quienes dicen que la excitación poética se produce por el amor, que el amor tiene su fuente en el deseo y que el deseo es entonces la causa de aquella excitación.

Unos ven la belleza en las cosas exteriores y otros sólo la reconocen en el fondo del sentimiento.

De cualquier modo, en estética se admite universalmente el ritmo como condición natural de las exteriorizaciones artísticas y se toma la emoción como punto inicial de la creación de belleza, en lo que, como hemos visto, coinciden las diversas escuelas a que hemos hecho referencia.

En cuanto un poeta deja de cantar el amor, la esperanza, el arroyo, la alborada, la flores y los pájaros, pierde la patria un poeta. Sus íntimos creerán que ganan un literato. Sólo se habrá salvado un escritor.

H. LARTIGAU LESPADA

QUEMA EL SOL

El campo
Está de amapolas lleno...
al beso del sol, las flores
han abierto...
cargado va de simientes
un aire de fuego...

Ojeras tienen tus ojos,
suspiros tiene tu pecho,
me miras y te sonríes
y lleva un cantar el viento...

Ha sonado
un beso...
en un rosal una rosa
está abriendo...

Vicente MEDINA.

EL ORGULLO

Del mismo fondo del orgullo desde el cual se alza el hombre altaneramente sobre sus inferiores, se arrastra vilmente ante los que están por encima de él.

Es muy propio de ese vicio, que no está fundado sobre el mérito personal, ni sobre la virtud, sino sobre las riquezas, pretender puestos, crédito, y vanas ciencias, impulsarnos igualmente a despreciar a aquellos que poseen menos cantidad que nosotros de esa especie de bienes y a estimar demasiado a los que los tienen en una medida que excede a la nuestra.

LA BRUYERE.

"FRAY MOCHO" EN MAR DEL PLATA

La democrática arena.—

Este año la gente se ha bañado más que el anterior, me decía un viejo marinero de la prefectura. La razón no me la supo explicar el subordinado de Barla. Las personas se van dando cuenta que los balnearios están hechos para disfrutar de sus encantos naturales y no sumirse en salas de juego con atmósfera viciada y nociva.

El mar generoso, bello, tonificante, avanza hacia los humanos con sus auras bienhechores y, mientras ruge altivo e indómito, choca contra las rocas y acantilados levantando columnas espumosas de una blancura láctea, inverosímil, acaricia con suavidad inefable los pies diminutos de la ninfa que acostada en la arena de la orilla duerme un sueño quimérico.

Mar, arena y mujer, incógnita y síntesis de esta trilogía formidable.

He visto una niña vestida con breve y ajustado "maillot", con unas pupilas serenas, iguales como ese océano maravilloso, leal y lleno de misterio, y con unos brazos blancos y relucientes como mármol de Pharos. Toda ella reclinada perezozamente en la arena que con voluptuosidad acoge los cuerpos en su lecho muelle y versátil.

Descubro unos pasos más allá a los de Pucciarelly. La i griega se la agregó la mayorcita de las hijas espantadas del orígen plebeyo de su noblote progenitor. Este Pucciarelli es un buen "gringo" que vendía empanadas en Mar del Plata, en los tiempos de Peralta Ramos. Las cosas mejoraron y un buen día regresó a la metrópoli donde se casó con una compatriota con la que intimó en el hotel de Inmigrantes a su arribo a Buenos Aires. Ahora después de haber realizado varias ediciones filiales se llegaron hasta esta ciudad encantados a rebajar los kilogramos acumulados por la buena vida y la molicie y para "sacar partido" para sus hijas.

Ahí se hallan esparcidos, por la arena, por la complaciente y democrática arena que recibe en su seno a todos los mortales sin distinción de clases ni de colores políticos y le brinda el blando colchón que hace olvidar asperezas y anegarse en paraísos de gloria ,en contacto con Pan.

Las boinas. —

El eúscaro gorro como símbolo de gracia y elegancia ha triunfado en Mar del Plata imponiéndose, y es la "dernier cri" de la moda en ambos sexos.

Queda reivindicado el chapeau vascongado, que fué olvidado ingratamente durante tantos años con la sola excepción de la fidelidad de algunos lecheros y campesinos aquí y los oriundos de ese suelo de gente franca para ser exhumado por la mujer argentina en gesto armonioso y simpático. Acaba de pasar por la Rambla Luis M. de Estrada Zelis, "Luisito" el veloz y diestro cronista social, con una boina azul requintada y en actitud euskalduna.

Bajamos al balneario y encontramos una jóven esbelta, aristocrática, en pose estatuaria, frente al mar, con boina roja, impertinentes de carey y pintoresca sombrilla de Tokio.

Se introduce en el agua que impetuosa la cubre hasta la altura del túrgido busto que se delinea perfecto tras de la tela empapada del ajustado traje. La boina sobre su adorable cabecita corona su sonrisa expandida sobre las ondas bajo la sútil e imperceptible sombra proyectada por el parasol, oriental. Es a la distancia un puntito punzó, sobresaliente como la nota más alta de una vigorosa sinfonía de color.

Josué Quesada y la langosta de Chile.—

Frente de la agencia de "La Razón" hallamos, al difundido novelista con un panamá legítimo, gafas ahumadas y un bastón de tamaño electoral, electoral por lo grueso y contundente.

Ríe con risa suelta, franca, contagiosa.

—Algún chiste a Múscari.

—No.

Nos supusimos algo semejante porque a lo lejos divisabase la elegante silueta estilizada del atildado cronista con su traje blanco y sus guantes color salsa mayonesa cortada.

—Recién nos estuvimos columpiando—agregó Mamá Justa, señalando las hamacas.

—¿Qué cosa humorística le ha ocurrido esta temporada?

—Pst. Aquí pasa de todo. Episodios festivos se nos presentan en oportunidades inesperadas.

Estamos de acuerdo. Pasa un vendedor de langostinos.

—Vé ese — chau Garibaldi.

—Addio—responde el itálico ambulante, con marcado acento peninsular.

—Bueno, ese me recuerda un hecho que les voy a relatar.

Me hallaba en Mendoza, en misión periodística. Allí traté relación con un mocito que escribe versos y usa bigotitos "cepillo para dientes", muy conocido en Flores por sus romances infortunados, y sus paseos en las retretas. Un día me invitó a almorzar en el mejor hotel. Yo estaba, fatigadísimo y con apetito, de manera que acepté encantado el convite.

Mi indumentaria la constituía un saco cazadora, breches y botas de montar. El bardo, bastante escrupuloso en materia de etiquetas, me miró de arriba abajo, de derecha a izquierda. No le satisfacía mi toilet.

—Con voz quejumbrosa exclamó:

—Así no me gusta. Cámbiese.

—Estoy perfectamente.

Comprendiendo que mi resistencia era sólida no continuó en sus pretensiones.

Instalados en el comedor—mi invitado me pasó el menú. Elegí sin vacilar un manjar que vendría de perlas para el estómago cansado de digerir carne vacuna, todos esos días: langosta de Chile.

Vi que sus ojos se agrandaron repentinamente cual si fueran a escapársele, de las órbitas.

—No debo haber oído bien ¿cómo dijo?

—¡Langosta de Chile!

—Ah! pero eso no puede ser—yo no lo invité para que Ud. gastara tanto—dijo desfalleciente.

Me limité a sonreir, irónico y encogerme de hombros.

—Bueno, garcón, Vd. sirva a cada uno por separado. A mi me trae la langosta y al señor lo que pida.

El camarero, adusto, contempló al vate paupérrimo y terminante lo interrogó.

—Y Vd. que se sirve.

—Huevos al agua...

—¿....?...

—Y el final.

—Verán. Llegó el momento culminante de pagar

—El instante trágico—como dice un amigo, fino humorista.

—El mozo trajo la adición entera y se la presentó al vate, quien disimuladamente me la deslizó.

—Enérgicamente rechacé tal felonía. "De ningún modo acepto"—le dije. Vea mozo divida la adición. Yo pagaré lo mío y el señor que abone su consumación.

Manuel Kantor, el dibujante marciano.

Un verdadero y extraordinario talento artístico se ha revelado en un muchacho de diez y seis años. Trátase de un caricaturista de escuela moderna, autodidacta admirable, que hace notable psicología y cuyas obras se hallan expuestas en la agencia de nuestro colega "La Razón", en la ciudad balnearia. Un cronista lo llamó habitante de Marte caído como bólido en nuestro mundo, por su fantástica imaginación. Es una positiva promesa. Sus trabajos que son subjetivos, revelan un lápiz vivaz, acertado y clínico.

El periodismo debe estimular a jóvenes artistas como el que nos ocupa.

Intérprete de la síntesis y el vigor de las líneas primarias, tiene sensibilidad pura, genio creador y aspiraciones que lo llevarán muy lejos

ROQUE CEPEDA VERON.

LA MENTIRA

Sabido es que quien suelta una mentira se ve obligado a cohonestarla con muchas más que se enzarzan unas a otras como las cerezas, hasta el punto de que ante que el mentiroso lo advierta se ve en situación terriblemente comprometida. Pero no para aquí la cosa. La posibilidad de decir una mentira en cualquiera circunstancia de nota flaqueza de carácter "y más todavía", que adolece de falta de honradez. Por hermoso que a primera vista parezca un diamante, pierde gran parte de su valía si un tasador experto descubre en su masa la más tenue resquebradura. Así, quien se de vía lo más mínimo de la verdad resquebraja su carácter. El quebranto de la honradez en este punto es como la menuda tara que en el fruto indica el comienzo de la deterioración. Si por primera vez consentís en decir lo que no es verdad, más fácilmente caeréis la segunda en mentira.

Margaret SANGSTER






Los regalos de Jeanjean

Por Henri Falk

—¿Qué le regalaríamos a Jeanjean el día de su cumpleaños? — se preguntaron los esposos Bramard.

—Mira — dijo la madre, — como va a cumplir seis años, me parece que es ocasión de comenzar a cultivar sus gustos para las artes y las ciencias.

—Por lo mismo que sólo tiene seis años — dijo el padre, — creo que lo esencial es regalarle algo que le guste, sin meterse en más historias.

El señor Bramard, rico comerciante, acostumbraba a estar en éste, como en otros muchos puntos, en discrepancia con su mujer, que, como buena burguesa, y por haber estudiado canto y piano, poseía una cultura artística muy superior a la de su marido. Este insistía:

—Jeanjean no es, a mi juicio, de una inteligencia precoz extraordinaria. Está fuerte y sano, y siente natural inclinación por los juguetes. Por esto no se divertirá con juegos complicados y serios, y me parece que lo que debemos hacer es preguntarle lo que quiere y comprárselo.

—¿Pero cómo va a saber el niño lo que quiere? — dijo la madre. — No tiene la menor idea de estas cosas. Nuestro deber de padres es escoger por él juiciosamente. Yo creo que debemos despertar en él el oído musical.

—¿El oído musical?... ¿Jeanjean?... Permíteme que me ría.

—Sí; el oído musical. Creo que debes comprarle un fonógrafo.

—Ya te comprendo. Tú tienes ganas de un fonógrafo, y quieres que yo se lo compre al niño. Jeanjean no hace caso de músicas.

—Porque no conoce nada. Yo he encontrado en él una sensibilidad especial para la música. Cuando yo toco el piano se calla.

—Y se duerme...

—¡No!.... Te equivocas. Eres un majadero. Jeanjean escucha religiosamente.

—Hasta que se pone a llorar...

—¡Llora de emoción!

—Está bien. Vamos a ver lo que dice el niño. Ven acá, Jeanjean, respóndeme: ¿quieres como aguinaldo un fonógrafo?

—¿Qué es un *ponógrafo*, papá.

La señora Bramard, encolerizada, interrumpió este interrogatorio gritando:

—¡Claro! Le dices cosas que no entiende...

Y dirigiéndose a Jeanjean:

—Escucha, precioso — dijo sentándole en sus rodillas, — ¿quieres que te regalemos como aguinaldo un aparato que toque música?

—¿Música?... Sí, mamá!

—¿Lo ves? — gritó triunfalmente. — Quiere un fonógrafo. Lo tendrás, amor mío, con las piezas más hermosas, escogidas por tu mamá: el gran dúo de Sansón y Dalila, la cabalgata de La Walkyria, el final de Sigfredo...

—Pero, mujer, ponle, al menos, el Mon homme — suspiró el padre, y dirigiéndose al niño añadió: — ¿Y qué te gustaría, además. ¿Qué te gustaría a tí, sin que mamá ni yo digamos nada?

—¿Yo?... ¿Yo solo?... Yo quiero pececitos rojos... ¿sabes?... Pececitos rojos, con agua alrededor...

El padre gritó triunfalmente:

—¿Eh?... Aquí tienes su opinión sobre el regalo. Tendrás pececitos rojos, Jeanjean. Te los regalo yo.

—¡Gracias, papá! ¡Qué bien!

El chico abrazó a su padre y se puso a saltar de alegría.

—Ya ves — dijo Bramard a su mujer —que prefiere los peces al fonógrafo.

—Y tú verás como cuando tenga el fonógrafo lo preferirá a los peces — replicó la esposa.

Siguió la discusión, y el marido acabó por ceder, como de costumbre. Jeanjean recibió como aguinaldo un fonógrafo y una pecera.

* * *

Aunque Jeanjean no era un niño de inteligencia extraordinaria, era observador y sensible, como todos los niños, y había comprendido que cada regalo tenía la preferencia de cada uno de sus papás. Por eso, cuando estaba con su madre, oía con paciencia y sin placer ninguno el fonógrafo; cuando estaba con su padre se ponía a jugar con los peces, simulando una pesca con redes en un barreño lleno de agua. Cuando sus padres estaban juntos Jeanjean estaba preocupado: hubiera querido escuchar el fonógrafo y pescar con red; pero su madre le reprendía:

—Deja los peces, hijo mío, y ven al salón a oir la música.

—¿Qué le importa la música? — decía el padre. — Quédate en tu cuarto, Jeanjean, y coge aquel pez gordo, hijo mío.

Después de muchas reflexiones, Jeanjean preguntó un día:

—Si los peces pudieran estar al aire... ¿también les gustaría la música?

—La música — le respondió su madre — no está hecha para los peces, no la pueden oir metidos en la pecera.

—¡Ah! — dijo Jeanjean, y de nuevo se puso a reflexionar.

* * *

—¡Cielos! ¡Es horrible! — gritó la señora Bramard.

Su marido acudió hacia donde ella gritaba, petrificada junto a la puerta.

—No pudo contener una carcajada.

—¿Eres tú el que ha hecho esto, Jeanjean?

—Sí, papá.

—¿Y para qué lo has hecho?

—Para jugar a todo junto y por dar gusto al mismo tiempo a tí, a mamá y a los peces. ¿Por qué no le das cuerda al fonógrafo?

Jeanjean, en su deseo de contentar tanto a sus padres, como a sus peces privados de música, había metido el fonógrafo en el barreño lleno de agua y había echado en la bocina del aparato todos sus pececitos rojos.

116.° Aniversario del Regimiento de Granaderos a Caballo.

Jura de la bandera





El jefe del regimiento de Granaderos a Caballo, teniente coronel Sánchez Reynafé, dirigiendo la palabra a los futuros oficiales de la reserva.



Durante la jura de la bandera



Los aspirantes del arma de caballería, que juraron la bandera



Parte de las familias que asistieron al cuartel de Granaderos a Caballo, con motivo de dicha fiesta

Vida administrativa



Sr. Roberto N. Scaricabarozzi, escribano nacional, recientemente nombrado para regentear uno de los registros de contratos públicos últimamente creados en la capital.

Homenaje póstumo

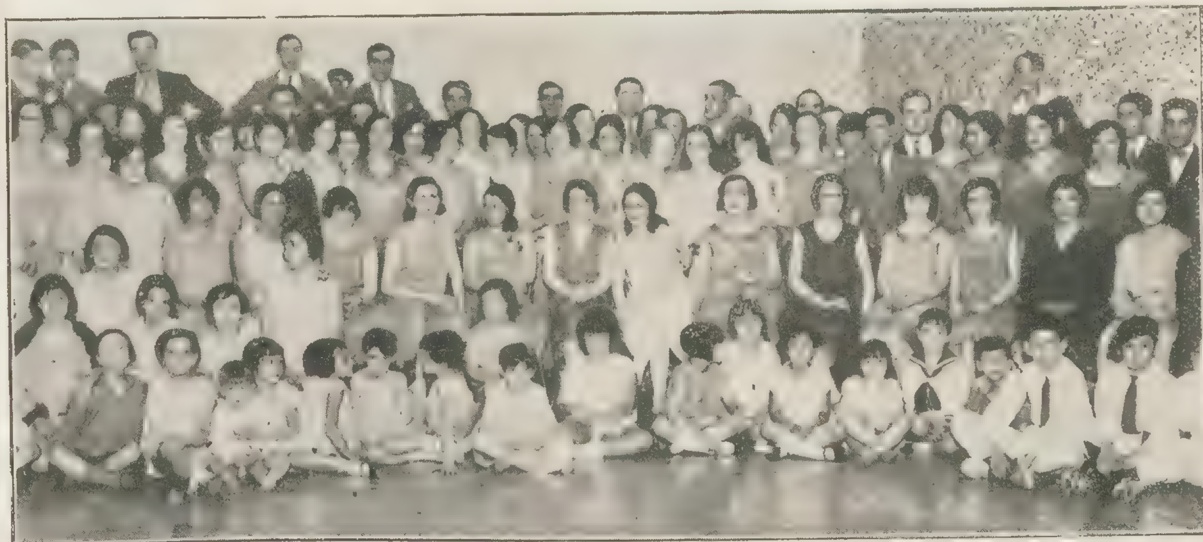


Sta. Carmen M. García ante cuya tumba rindió un homenaje el personal del Servicio Sanitario de los Ferrocarriles del Estado, colocando una placa rememorativa al cumplirse el primer aniversario de su fallecimiento.

Centro Laurak Bat

51.° Aniversario de su fundación





Grupo de familias asistentes a las fiestas que con motivo de su aniversario efectuó el Centro Laurak Bat, en su local de la calle Belgrano 1114.

SOCIALES


ENLACES. — Señorita Victoria Pegliazco-señor Gregorio H. Torres.


Sta. Yolanda Ambrosini - Señor Francisco J. Iturralde


Sta. María Enriqueta Viegas Roger-Sr. Hugo Von Bonmel.


Sta. Irene Herbetrt - Sr. Enrique Poncet


Sta. Raquel Fernández Duque - Sr. Rafael Mairota.


Sta. Enriqueta Mirán - Sr. Mauricio Leyder


Sta. Raquel Blanco, desposada con el señor Martín R. Domínguez


Sta. María Torres - Sr. Alfredo J. Riganti


Sta. Celia Esther Sosa Tárrago - Teniente José A. Herr Porta


Sta. Ofelia María Luisa Fedullo-Teniente Andrés Lemoine

NOTAS DE ARTE

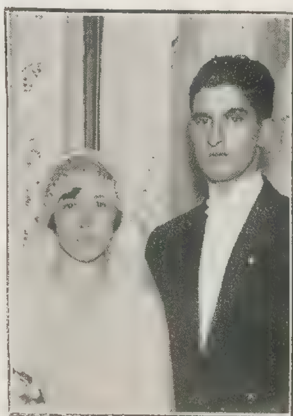
SANIDAD MILITAR


Sta. Alba Berzi, ganadora de la copa donada por Ramón Novarro, héroe de "Ben Hurr", al mejor disfraz romano, durante las fiestas del Cervantes


Concepción Olona, primera actriz del teatro Marconi


Coronel D. Florencio M. Solari, recientemente nombrado presidente de la Junta Superior de reconocimientos médicos

DE ROSARIO DE SANTA FE


ENLACES. — Antuca Arias-Jorge L. Seghese.


María E. Morales - Abel Schenone


Antonia Ganau - Salvador Ganau


Amelia Rey - Héctor Harreacondo


Antonio Lorenzo - Rafael De Cesari


María T. Carugatti - Cándido Sanoner


Elvira Espina - Alejandro R. Troiano


Aída Fernández Maisonave - Salvador M. Gramia


Mario de Torio y F. P. Petrone


Emma Luisa Maltio - Domingo E. Contardi.

ECOS DEL CARNAVAL


Jorge Raúl Allende (Pelotaris)


Hilda Nelly Guerrero (Jardinera)


Stas. de Ballestrasse y Navarro, que obtuvieron el premio de conjunto en los bailes efectuados por el Club Almagro



La doble traición

Por Frederic Boutet

LA señora de Barange — anunció la criada.

Marcelina Sillinge, que leía una novela, depuso el libro, y levantó la cabeza. En su bonito rostro de tez mate dibujóse una expresión de asombro.

Ella había visto, la víspera, a Lydia de Barange, su amiga de infancia; y esa tarde debía también verla, a las cinco, en una confitería central. ¿Qué significaba, pues, esa intempestiva visita?...

Una jóven dama rubia, elegante y atrayente, entró en la salita.

—Buenos días, Marcelina. Perdona que haya venido a molestarte tan temprano. Necesito hablarte, y no podía esperar hasta esta tarde. Además, el motivo de mi visita no es como para comentarlo en público...

—Me asustas, querida. ¿Qué pasa?... En efecto, te noto nerviosa, intranquila...

—Sí... Este..., nadie puede oírnos, ¿verdad?... Pues bien: necesito confiarte un doloroso secreto, para que me aconsejes... Tú tienes más experiencia que yo en estas cosas, y sabrás decirme la palabra serena que me indique la actitud a adoptar...

—¡Triste experiencia la mía!—contestó Marcelina . ¡Cuatro años de infierno disimulado bajo el nombre de vida conyugal; cuatro años de sufrimiento que concluyeron con mi divorcio y con esta soledad...

—Sea como fuere, es ya una experiencia valiosa. Ten en cuenta que nunca estuviste enamorada de tu esposo, y que la separación era preferible a aquella unión sin afecto... Hace tres años que eres libre... que vives tranquila...

—Apenas hago uso de mi libertad... Pero, en fin, ¿qué es lo que tanto te preocupa, amiga mía?...

—Algo muy grave que sólo me atrevo a confiar a ti, Marcelina. Eres mi mejor amiga, y por ello te pido que me aconsejes... Se trata de Felipe.

—¿De tu esposo?

Marcelina había tenido un rápido estremecimiento que en seguida dominó.

—Sí, de mi esposo. ¿No has advertido ningún cambio en él, de un tiempo a esta parte?

—No, ninguno. — dijo Marcelina con el tono más indiferente que le fué posible, preguntándose interiormente con cierta inquietud: "¿Qué se propone Lydia con tales preguntas?"

—Comprendo—prosiguió la amiga—. Es posible que no te hayas dado cuenta..., a pesar de que los tres estamos juntos con bastante frecuencia... Sin embargo, anoche, en el teatro, hubo un momento en que algo notaste, porque dijiste a Felipe: "¿Qué tiene usted?... No habla; parece abstraído..."

—¿Yo dije eso?... Es probable. Pero seguramente fué una pregunta formulada así, sin concederle mayor importancia... ¿Y en qué encuentras cambiado a tu marido?...

—En su modo de ser para conmigo. Hace tiempo que me he dado cuenta de su transformación... Dos años ,por lo menos... Dos años en que su mal se ha ido agravando... Felipe se olvida de que vivo a su lado... Sale con excesiva frecuencia, sin que nunca me sea posible saber adónde va...

—Todos los hombres son así, Lydia... Las múltiples ocupaciones de tu esposo...

—Sí, si: al principio creí eso... Pero ahora albergo una sospecha que me mata... No, una sospecha, no... Es una certeza, una certeza horrible... Estoy segura de que Felipe me es infiel.

Marcelina, que esperaba tal aseveración, se encogió de hombros.

—Tú deliras, mi buena Lydia...

Quiso agregar: "Tu esposo te ama", pero no tuvo valor para ello. Solamente dijo:

—Eres bonita, seductora... Y no creo que después de tan poco tiempo de matrimonio...

—¿Poco tiempo?... ¡Siete años!... Acaso tú no fuiste engañada por tu esposo en el primer año de matrimonio?...

—No es lo mismo. No compares a un hombre como Felipe con el ser egoísta, infatuado y grosero que mis padres me impusieron por esposo.

—No; no comparo, porque apenas he conocido a tu esposo y nuestra intimidad se intensificó precisamente a raíz de tu divorcio... Pero, créeme: todos los hombres son más o menos infieles... Estoy segura de que Felipe me traiciona, de que está unido a otra mujer que ocupa un gran lugar en su vida y en su pensamiento... Sí, Marcelina, estoy segura...

Lydia había pronunciado esas palabras con acento de absoluta convicción, posando sus grandes ojos azules en los negros de Marcelina, que se esforzaba por sonreír.

—Es una acusación gratuíta, querida... Veo a ustedes dos con frecuencia y, te repito, no he comprobado ninguna transformación en la manera de ser de tu esposo.

—¡Oh, no me extraña! Felipe disimula muy bien, sobre todo en tu presencia... Creí, sin embargo, que tu perspicacia te había permitido descubrir... Sí, Marcelina. No temas herirme. Dime lo que sepas, lo que hayas supuesto...

—Lydia; te juro que...

—No; no jures. Veo que nada sabes. Escucha, entonces: Felipe me engaña... Tengo la certeza de ello... Voy a contártelo todo... Necesito que me aconsejes... Me siento sola, demasiado sola, y no sé qué hacer... Hace tres meses que Felipe sale casi todas las noches, pretextando ya una reunión del consejo, ya un atraso de trabajo... A veces, ni siquiera viene a cenar... Y siempre regresa tarde...

Marcelina se estremeció violentamente.

—¿Sale sin ti? — balbuceó con voz alterada — ¿No irá al club?—agregó tratando de serenarse.

—Esa es otra de sus excusas. Me he informado bien. Antes iba, en efecto, al club; pero hace tres meses que no aparece por allí... Va a visitar a una mujer, una mujer a la que ama violentamente y por la cual me abandona... ¡Ah, que desdichada soy, Marcelina!... ¡Si supieses!

Lydia se ocultó la cara entre las manos, como para disimular su vergüenza.

—Sale por las noches y no va al círculo—repitió Marcelina, intentando en vano contener la profunda emoción que la embargaba—. ¡No puede ser, Lydia! ¡No puede ser que Felipe ame a otra mujer!...

—¡Te digo que sí!—prorrumpió Lydia mirando a la amiga con áspera fijeza . Esta mañana he adquirido la prueba material de su traición... He encontrado una carta... Una carta abominable... No quería decirte... No quería mostrártela... ¡Son frases tan horribles!... Pero toma, léela...

Tendió a Marcelina un sobre malva, escrito con letra femenina. La amiga se lo arrancó casi de la mano y leyó:

"Mi adorado Felipe: Acabas de irte... Tus besos, tus caricias, han dejado en mis labios y en mi rostro una huella de fuego... La embriaguez de nuestro amor sobrehumano..."

Seguían tres páginas de apasionadas declaraciones, de voluptuosas evocaciones, de extraviado transporte.

Lívida, poseída por un odio mortal que le impedía prorrumpir en sollozos, Marcelina leyó la carta hasta el final.

—¿De quién sospechas?—inquirió con voz ronca.

—De nadie. Pero quiero saber... Tú tienes que ayudarme a desenmascarar a esa mujer, a esa miserable que me roba el amor de mi esposo. ¡Quiero vengarme!... ¡Quiero...!

Marcelina no pudo contenerse. Demudada ,relampagueantes los ojos, trémulos los labios, gritó:

—¡Mientes!... ¡Confiesa que mientes! Sí; has inventado todo esto para torturarme, para complacerte en mi dolor, para obligarme a confesar. Las salidas de Felipe son invenciones tuyas. Tú misma has redactado esta carta... ¡Confiésalo, como confieso yo!...

Lydia, sorprendida por la brusca interpelación de la amiga, no atinaba a comprender el significado de aquellas palabras.

(*Continúa en la pág. 35*)

ACTUALIDADES CINEMATOGRÁFICAS



Mary Philbin e Iván Mosjoukine en "Rendición" cinta Jewel extra que la Universal estrenará hoy.



Dolores del Río y Víctor Mac Laglen en "Los amores de Carmen", notable superproducción que con exclusividad se exhibe desde el viernes en el Capitol



Lois Wilson y Lillian Tashmann en "Sal y pimienta", que Glucksmann exhibe desde el viernes último.



May Mc. Avoy, en Esther, de "Ben Hur" durante la filmación de esta cinta que en abril estrenará Metro-Goldwyn-Mayer



Lil Dagover en "La mujer que fué vendida", obra del director de Varieté, Dupont, que en su propagrama extra optimus, estrenará este mes la Corporación



Jannett Gaynor y Doris Lloid, que con Glen Tryon interpretan "Se necesita dos muchachas", que la Fox estrenará pasado mañana



Charlotte Stevens y Kip Guard en "La tentación de un momento", que la General exhibe desde el viernes último

MARPLATENSES



Sr. José León Pagano, su esposa la doctora Luciana Beret y su hijito



Stas. Paquita, Carmen, Victoria y Nati Houei



Sr. Carlos Pezzoni y señora



Esther Cababié



Señoras Elvira Villanueva Bombal de Aguirre, Lucrecia Reynals de Sala y señoritas Teresita Palacio González y Graciela Lemos Villanueva



Sta. Zulema Schenone



Stas. de Tahier, Vuoto, Bonfiglio, López Calvo, López Rivas Carbajal y doctor Oscar Bonfiglio



Sra. Sara Piñeyro de Parravicini



Dr. Alberto Jacobucci, señora Rosa F. de Jacobucci y el capitán del "Argentino", señor Juan Bosch



Señora Pastora R. de Correa Luna, Coca Steffen Soler y Mercedes Correa Luna



Stas. Blanca y Amalia Gambín y Susana Fernández



Señoritas de Tacchi, Persico, Rinaldi, Garillo, Goñi y García y señor Atilio Spinetto

Notas montevideanas


Stas. Lola Leone y María Gaudio


Stas. Dora Bertoloni y Fernanda Gallegos

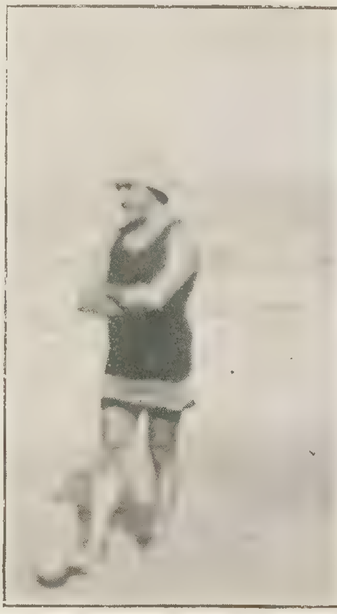

La actriz Lola Carelli


Atilio J. Lanzaredica


En pose para FRAY MOCHO


Señor Francisco Blay


Señoras de D'Amico, Leone y Nasso y señoritas Leone y Gaudio


Sr. Oreste D'Amico

GENTE MENUDA


Ana María Isabel Molina Sarniguet


María Angélica Muschietti Molina.


Ana María y Carmen Flores Delgado.


Eduardo y Nélida Coni Molina

El ladrón de Bancos

Una interesante y completa aventura del lejano oeste.

La barrera

Pugsy uno de los muchachos estaba sentado sobre su caballo observando como colocaban una alta barrera a la entrada del cañón de Blue Springs.

—Oye, Smott—exclamó después de un rato de silencio—¿qué ocurrencia es esa? De esa manera nos cortas el camino hacia Blue Springs y nos obligas a dar un rodeo de más de tres millas.

—Eso no me preocupa a mi—respondió Smott, quien había construído una casa y tenía un lote de ganado en el cañón.

—Ahora puede ser que no. Pero tal vez te preocupe más tarde cuando se enteren de ello Carlos y los otros cow-boys.

—Mira Pugsy—gruñó Smott—es conveniente que te metas esto dentro de esa cabeza hueca que tienes. Esta barrera la pongo para señalar el límite de mis tierras... Y oye. Puedes avisar a los muchachos que el que intente ir a Blue Springs por este camino seguramente seguirá su viaje, si puede hacerlo, cargado de plomo.

—Entonces ¿quiere decirse que tenemos que ir por otra parte?—exclamó Pugsy haciendo una mueca de contrariedad — Buenas tardes entonces, pero creo que vás a tener que conversar a este respecto con Carlos...

El peón volvió grupas, se encaminó hacia Sage Brush, donde encontró a otros cow-boys, pero el denominado Carlos y otros habían partido en busca de ganado.

Dos o tres días después regresaron y entonces supieron lo que había ocurrido.

—¡Conque vamos a tener que caminar tres millas más, muchachos!—dijo Curly—Eso es imposible. Las primeras víctimas serán los animales que montamos.

—Vamos hasta allí y rompamos la barrera—sugirió Long Jud.

—¿Tiene derecho Smott para poner barreras en el cañón?—preguntó Carlos. Seguramente que ese es terreno libre.

—¡Claro está!—exclamó Curly—Y él lo sabe bien. Pero ha de tener algún interés inmediato en hacerlo y como sabe que para volver las cosas a su anterior estado se necesitarían varios meses de juzgado...

—De todos modos algo hay que hacer para ahorrar ese rodeo—agregó Long Jud.

—Ustedes harán lo que gusten, muchachos... — dijo Carlos sonriendo.

—¿Qué piensas hacer?—preguntó Curly.

Voy a ver como está eso—respondió el interpelado.

Carlos montó en su caballo Starlight y fué a inspeccionar la barrera. Después regresó a Sage Bush.

—¿Has ido hasta el cañón, Carlos?

—Sí,—fué la respuesta.

Terminada la comida de la tarde, el cow-boy preparó su caballo y marchó en dirección al sitio donde se levantaba la barrera.

—¡Muchachos! — exclamó Curly—Me parece que Carlos va a saltar el obstáculo.

—Es cierto—dijo Red—Starlight vá tomando impulso...

En efecto instantes más tarde el noble caballo saltaba la elevada barrera con la misma facilidad que si solo tuviese un par de piés de altura, y continuaba a todo correr en dirección a la casa de Smott. Carlos observó que desde una de las ventanas altas del edificio, alguien le observaba, pero no pudo ver quien era pues aquel rostro visto un instante desapareció enseguida al mismo tiempo que llegaba corriendo desde la parte posterior de la casa de su propietario Smott.

—¿No le han dado mi mensaje?—gritó agitando su revólver—He mandado avisar a todos que mataré al que eche abajo la barrera que he puesto...

Se detuvo al notar que los dos revólveres de Carlos le apuntaban.

—Será mejor que antes de hablar vea lo que ocurre, Smott—dijo Carlos—La barrera está donde estaba pero de todos modos usted no tiene ningún derecho a colocarla... Siga mi consejo. Quítela antes que tenga porqué arrepentirse.

—Ya lo veremos... Ahora veré como está y como la haya derribado verá lo que le ocurre...

Carlos se sonrió y siguió su camino, pero no sin dejar de observar cuidadosamente a Smott y a su hijo Jeb ya que creía que era a este al que había visto en la ventana del piso alto.

Starlight saltó del mismo modo la otra barrera que había sido colocada al extremo opuesto, y continuó al galope la marcha hacia Blue Springs, deteniéndose ante la puerta del Salón Gloria de Oro.

Una de las primeras personas a quienes Carlos vió allí fué a Jeb Smott, y no ocultó su sorpresa.

—¿Quién era entonces el hombre que me observaba desde la ventana?—pensó.

—Carlos—exclamó al dueño del establecimiento — Fíjate en este aviso.

El cow-boy se aproximó a leer uno que estaba fijado en una de las paredes del salón y en el que se ofrecía una prima de 5.000 dólares al que capturarse a un tal Sweeting autor de un importante robo a un banco de Nueva York. Además el delicuente había herido a dos agentes de policía.

Parece ser que ha huído en esta dirección—comentó uno de los que rodeaban al conboy.

Llega un detective

Mientras la conversación respecto al robo se generalizaba, Smott penetró en el salón y dirigió una mirada de odio a Carlos.

—Ese maldito ha saltado la barrera que colocamos—dijo a su hijo.

—¿Y no vió a nadie en el rancho?—preguntó en voz baja Jeb Smott.

—No, que yo sepa—¿Por qué?

—Porqué pareció extrañarse al encontrarme aquí—respondió el jóven—Sin duda creyó que yo estaba en otra parte... Oye ahora, viejo. Parece ser que vienen desde Nueva York para buscar a Sweeting...

—¿Cómo sabes? — murmuró, Smott, palideciendo.

—Vamos afuera y hablaremos...

En varias ocasiones dirigió Carlos la mirada hacia el rostro que reproducía el aviso ofreciendo la elevada prima por la captura del ladrón de bancos.

—Parece ser que los muchachos de Sage Bush tienen que dar ahora un rodeo para venir hasta aquí—dijo uno.

—No seré yo, seguramente—respondió Carlos—Starlight, mi excelente caballo, sabe como se saltan obstáculos de esa clase.

—¿De veras?—respondió el otro y como en aquel momento llegasen Curly y los demás compañeros todos empezaron a comentar lo ocurrido.

Los dos Smott, padre e hijo, volvieron a penetrar en el salón, y uno de los presentes lanzó una carcajada.

—Según parece las barreras que has puesto en el cañón, hacen reír a Starlight, el caballo de Carlos.

Padre e hijo lanzaron una mirada al cow-boy y se acercaron a él.

—Es que Carlos no volverá a saltarla—dijo el viejo.

—Y estoy aquí para impedirlo—agregó el jóven.

—Vean — respondió tranquilamene Carlos—Yo haré lo que me parezca y no tengo ganas de disgustarme.

Aquella calma exasperó a los provocadores y Jeb, fuera de sí arrojó a Carlos un vaso lleno de líquido. El cow-boy se apartó a un lado y rápidamente alcanzó a su agresor con un golpe directo al rostro. El viejo Smott, sacó su revólver, pero no tan rápidamente como Carlos quien lo mantuvo a raya. Intervino en aquel momento el dueño del Salón.

—Ustedes los Smott parece que andan con gañas de pelea, pero les aconsejo que se vayan antes de que se encuentren con algo que no les agrande.

Padre e hijo guardaron sus armas y salieron murmurando amenazas contra Carlos, quien se mantenía recostado contra el mostrador y con los revólveres en ambas manos.

A la tarde siguiente Starlight volvió a saltar las barreras y aún cuando los dos Smott se hallaban preparados, ninguno pudo hacer uso de sus armas pues el hábil cowboy no les dió tiempo para ello.

Carlos miró hacia la ventana del piso alto, pero no vió a nadie.

Una hora más tarde tres hombres seguían el camino que conducía al Salón y penetraban en él. Eran los dos Smott y un desconocido.

—Aquí está el detective que llega de Nueva York—dijo el viejo—Nos lo hemos encontrado en el camino y lo hemos acompañado hasta aquí.

El Sheriff estaba en el establecimiento y se dió a conocer. Enseguida los dos hombres se apartaron a un rincón para conversar libremente.

—Creíamos que Sweeting había venido en esta dirección—dijo el detective—Pero a juzgar por los informes que tengo, nos hemos equivocado. No obstante pienso quedarme por acá hasta que se logre localizarlo.

Carlos había estado pensando mucho respecto a Sweeting. En la primera oportunidad que tuvo, se apartó a un rincón con el detective.

—Yo deseo que usted sepa que hay tres hombres en una casa en la que sólo se supone que hay dos —le dijo—Además el propietario de esa casa ha colocado altas barreras en un camino para evitar que pueda llegarse libremente hasta el edificio. No es mi misión perseguir ladrones de banco, pero como uno de los agentes a quienes ha herido, murió y deja vuida e hijos...

—¿Dónde está esa casa de que me habla?—preguntó el detective mirando fijamente a Carlos.

—En el cañón de Blue Spring. Pertenece a los Smott, los dos hombres con quienes ha venido usted y que hasta ahora han vivido solos allí.

—Gracias, por su aviso. Voy a registrar esa casa enseguida,—dijo el detective—¿Donde están los Smott?

Padre e hijo se habían marchado ya y el detective se dispuso a partir.

—Voy trás ellos—dijo.

—Será conveniente que lleve alguna ayuda—aconsejó Carlos.

—No—contestó el otro.—Yo sólo he arreglado otras veces asuntos peores que este.

Montó a caballo y pronto dejó de oirse el ruido del galope de su cabalgadura.

Llegó hasta la barrera que encontró abierta y siguió hasta la casa. Pero antes de llegar a ella se detuvo al oir una voz que exclamó.

—¡Alto, o hago fuego!

—¡Cuidado Jeb, soy yo!—respondió el detective.

Este echó pie a tierra y penetró en la casa, donde se hallaba el viejo Smott.

—Etoy pensando que el asunto se pone serio—exclamó.—Ese loco de Carlos ha sospechado todo.

—Lo suponía—dijo Jeb, lanzando un juramento.—¿Conoce lo que ha ocurrido?

—¡Claro está que en detalle, no. Pero sospecha lo bastante para comprometernos. Pienso que lo mejor que podemos hacer es huir antes de que las cosas tomen otro giro peor. Lo creo capaz de volver a pasar esta noche por aquí...

—¡Seguramente!—afirmó Jeb.

—En ese caso podemos dar buena cuenta de él... Pero es preferible hacer creer que nos hemos ido...

—¡Bah!—exclamó Jeb—Esta noche lo liquidamos con toda facilidad...

—¿Le parece?—exclamó una voz tranquila.

Los tres hombres se volvieron alarmados para ver a Carlos, que desde la puerta los amenazaba con un revólver en cada mano.

—¡Maldita víbora! — rugió Smott, corriendo, como su hijo hacia donde estaba su cinturón con las armas.

Crak! Crak! Jeb y su padre retrocedieron heridos en el brazo al mismo tiempo que el otro individuo sacaba su revólver.

—¡Quieto!—gritó Carlos—¡Arroje su arma ó hago fuego y lo dejo en peores condiciones que a esos canallas!

El hombre obedeció la orden y otras después, ya que ató fuertemente a los dos Smott.

—Ahora, señor Sweeting, porque ya no dudo que ese es su nombre y usted es el ladrón que se busca, aunque esté desfigurado por haberse quitado la barba. Como se me ocurre el verdadero detective está aquí, dígame donde está... Porqué yo no creo esa historia de que los Smott lo han encontrado en el camino...

Como Carlos suponía Sweetting había encontrado refugio en casa de los Smott, prometiéndoles la mitad del dinero que había robado. Entre los tres habían capturado al verdadero detective y prepararon la coartada para hacer creer que no había estado allí el delicuente.

El detective real, fué encontrado en la habitación alta de la casa de los Smott y tuvo la alegría de meter en la cárcel a Sweeting y a sus dos cómplices, mientras Carlos y sus amigos derrivaban y destruían las barreras y pasados unos días gastaban en unión de los muchachos de Sage Bush, el importe de la prima ofrecida por la importante captura.

La suerte del hombre bueno

Aunque parezca inverosímil había una vez un hombre que no quería ser malo. Su mujer lo desdeñaba y sus hijos lo ofendían. Para ellos, era una debilidad tanta inquietud por no hacer daño y tanta sumisión a los acontecimientos. El se defendía suavemente, diciéndoles que una frase dura puede llegar a ser un crimen, que el mal que hacemos no termina nunca de causar perjuicios, y que todos ignoramos hasta dónde una obra maestra puede afectar a nuestros semejantes.

Y como era tan bueno, su mujer le era infiel porque contaba con la impunidad. Sabía que él iba a callar para que no sufrieran sus hijos. El desventurado era de aquellos seres que cierran los ojos, por ocultar el llanto...

Pensaba en las consecuencias de los actos, veía la serie de dolores que podía causar una palabra suya, y se contenía. Su bondad, pues, era tan sólo una visión penetrante del mundo.

Un día llegó hasta ocultar a un amigo prófugo; y como es legítimo, la autoridad lo procesó por encubridor. Esto irritó aún más a los suyos que lo despreciaban. Hacían barro con el agua pura de sus acciones; y a puñados, se lo arrojaban a la cara... "Te has olvidado de nosotros y nos has vendido, por conservar lo que llamas tu bondad."

Mientras estaba detenido, la más cariñosa de sus hijas, le había escrito:

"Pronto iremos a verte. No hemos ido ya, por temor. ¡Debe ser horrible aquello!"

El pobre se apresuró a contestarle:

"No creas que estoy tan mal aquí, hija mía; y no sufras por ello. Además, pronto estaré libre y probaré mi inocencia."

Pero después de unos meses, cuando el juez dictó la sentencia, absolviéndole, y fueron a notificarle la resolución, se supo, por libros de la cárcel, que había dejado de existir... La muerte le dió la libertad antes que la justicia.

No tuvo otra suerte, aquel hombre que no quería ser malo.

Pedro Miguel OBLIGADO.

La música hertziana

El científico ruso M. Leo Theremin, del Instituto Físico-Técnico de Leningrado, continua presentando a los técnicos más notables del mundo su aparato musical el cual es una ingeniosa y rarísima aplicación de las ondas hertzianas ya tan fecundas en realidades maravillosas. Con el aparato del profesor ruso no es necesario el aprendizaje musical que tantos años y trabajos exije, y con él su inventor ha logrado producir notas musicales jamás percibidas por el oído humano.

Lo conseguido con este aparato no es la propagación por ondas electromagnéticas de los sonidos producidos en un puesto transmisor por los medios usuales (voz humana o instrumentos musicales) hasta un puesto receptor, convenientemente instalado; se trata de la creación de sonidos en el aire por interposición de cuerpos malos conductores (las manos del ejecutante) sobre las ondas emitidas por el aparato.

Pero Theremin no se conforma con obtener sonidos de las ondas emitidas sino que modifica a su voluntad las cualidades de estos sonidos de tal modo que las ondas emitidas resuenan bajo el influjo de su juego de dedos a la manera de cuerdas de un violín que el arco toca. El simple movimiento de sus manos, a veces casi imperceptible, crea el ritmo y la melodía.

De esta forma dió en París un concierto durante el cual ejecutó el Ave María, de Schubert, El Cisne, de Sains Saens, la Noche de Rubinstein y otras obras notables, lo que le valió una ovación enorme reproducida a los pocos días en la Opera donde actuó por segunda vez con su curioso aparato.

El dispositivo de Theremin permite tocar a partir de las vibraciones electromagnéticas. Cada aparato comprende una serie de bobinas, condensadores y tubos de vacío y es muy semejante a un receptor ordinario de radio.

Como fuente de energía, aquel utiliza la de una batería de acumuladores que le proporcionan una fuerza electromotriz de 160 voltios. Esta energía se transforma en su aparato en corriente de alta frecuencia de 300.000 vibraciones por segundo. La emisión tiene lugar sobre una longitud de onda que puede variar de 300 a 5.000 metros; sobre el cuadro de radiaciones entra entonces en el intervalo de hertz.

Y lo que es importante, al decir de su inventor, es que este aparato permite variar esta longitud de onda en una pequeña cantidad, una décima por ciento, facilitando así el juego de las interferencias, que facilita el regular la intensidad de sonido, pues la intensidad porque se diferencia un sonido grave de otro agudo se obtiene por un método interdiferencial: interferencia de las ondas entre ellas e interferencia del sonido fundamental con sus armónicos.

La regulación de la intensidad, es decir, de la amplitud de vibración, de la cualidad que hace que un sonido de intensidad determinada sea más o menos fuerte, se obtiene por resonancia con otro sistema emisor.

Dos antenas, cuya forma, diámetro y dimensión, condicionan las propiedades del campo, salen del aparato. En el campo de una de ellas, vertical, la mano derecha del ejecutante busca las notas en el aire, en tanto que la mano izquierda, con un movimiento de pedal, en la vecindad de una antena circular, refuerza o atenúa la sonoridad.

En cuanto al timbre, cualidad de sonido que resulta, como es sabido de la superposición de los armónicos, se regula con ayuda de un dispositivo especial adaptado al aparato, pero el inventor trata de regular el timbre en el aire por el movimiento de las manos sin necesidad de tocar en el aparto, y entonces existirá un modo de orquestación total con el sólo juego de las manos.

El faro de Macassar

Por John Russell

Un filósofo naturalista — así al menos me decía Andreas Harben— es un hombre que todo lo que encuentra trata de explicárselo naturalmente. Mientras más natural es algo, más interesante le será, por consecuencia. Y por eso trata de conocer la naturaleza lo mejor posible, hasta que un buen día este conocimiento le depara algo que lo hace desistir de seguir inquiriendo.

Por lo menos, así entendí lo que Andreas Harben me contó. En aquel tiempo, cuando me hizo la narración de lo que yo, a mi vez, voy a decir, él estaba, al parecer, muy contento de su suerte, viviendo cerca de Kapstadt, en donde tendía cables. Me confesó, también, que había sido éste el único trabajo, que había podido conseguir.

Allá en su juventud, cuando era fuerte y se alegraba de vivir. Harben recibió del Gobierno en Batavia el empleo de guarda del faro de Borneo, que está en la costa de Macassar. Este puesto era de todo el gusto de Andreas, pues difícilmente hubiera podido tener oportunidad de estar más cerca de un pedazo de la naturaleza más natural, si así puede decirse, ya que los pantanos que casi circundaban el faro estaban poblados de una cantidad fantástica de los bichos más asquerosos, que, para Harben, significaban horas de delicioso y detenido estudio. Era su pasión favorita. Con su pala y sus botellas con alcohol, podría meterse en todas partes, explorar, ver, hacer estudios incomparables. Le daba risa el pensar que, además de proporcionarle gusto tan enorme, le pagarán todavía tres guineas al mes.

La lámpara del faro había sido llevada allá por el primer vapor holandés que había pasado por la costa; era una enorme batea de hierro que podía contener gran cantidad de aceite, en la cual ardían ocho mechas, que tenían que ser ajustadas con un tornillo de sistema anticuado y una cúpula de vidrio defendía las mechas de las corrientes de aire. El trabajo del guarda consistía solamente en tener siempre llena de aceite la batea y atornillar cada hora, durante la noche, las mechas un poco más arriba. Mientras ejecutara este trabajo, nadie se preocuparía en molestarlo. El marinero que lo había conducido del buque de carbón al faro le había explicado a Harben todo esto. Además, le había dicho:

—El último que estuvo aquí de guarda fué comido por un cocodrilo. Todos los demás también fueron comidos, menos uno que se volvió loco y a quien enterramos. Esto no hubiera sido de importancia, si no fuera porque el faro se apaga y entonces los buques que pasan por aquí están en peligro. Hay cerca de la costa unas rocas muy peligrosas. Si a usted le sucede algún accidente, tenga cuidado de tener al corriente el faro siquiera hasta que traigamos otro guarda.

—No tenga miedo — habíale contestado Harben. — Yo tendré cuidado de no dejarme comer por un cocodrilo, y tampoco tengo ganas de volverme loco. Los pobres muchachos que estuvieron antes de mí de seguro no tenían inteligencia suficiente para atornillar las mechas al mismo tiempo que tener al corriente los tornillos de sus respectivas cabezas. Yo soy naturalista y me sé explicar todo naturalmente. Yo haré aquí mis estudios, que quizá me reporten un nombre famoso y hasta puede ser que una fortuna.

—Bueno — repuso el marinero, —pues a ver qué tal le va. Dentro de un mes volveré por aquí a darle un vistazo.

Andreas Harben hubiera podido vivir en alguna choza en el campo, en vez de alojarse en la casa del faro; pero él prefería la torre, desde donde podía contemplar las acrobacias de los monos y los diferentes pájaros que jugueteaban y cantadan en los árboles.

Tan encantado había estado, soñando en sus futuros días felices, que por completo se olvidó de ver si tenía bastantes víveres y aceite para un mes, mientras conversaba con el marinero.

Entró a la despensa y por fortuna encontró que de todo había lo go bajaba a la playa para estudiar, antes de que la marea se los llevara, los caracoles y gusanos. Después se dedicaba a buscar reptiles y murciélagos, teniendo de vez en cuando que correr a toda prisa cuando veía cerca un tigre o una pantera. También jabalíes y enormes serpientes habitaban por el vecindario del faro, y los escorpiones y mosquitos lo molestaban bastante. Pero sea como fuese, aquella vida no tenía nada para él de aburrida.

Poco tiempo después de su instalación recibió la visita de los indios que habitaban esas tierras. Pertenecían a la tribu de los Bugis y eran sumamente amables con Harben, lo cual le sorprendió a éste un poco. Principalmente el viejo Ollo y sus siete hijos se pusieron a las órdenes de Andreas,



suficiente; pero lo que no pudo encontrar por ninguna parte fueron mechas para el faro, y las que entonces se consumían estaban ya muy cortas, siendo imposible que duraran para un mes.

Andreas Harben corrió hacia arriba para ver si todavía alcanzaba a gritarle al marinero, pero fué inútil, pues éste creía que Harben le hacía solamente señales de despedida, y se alejó sin hacerle caso.

Fea estaba la cosa; ¿cómo haría para que le alcanzaran las mechas hasta que volviera el marinero? Y mientras más pensaba Harben sobre este problema se sentía menos tranquilo, pues sabía lo peligroso que era para los buques que pasaban de noche por allí no ver el faro.

Al fin, después de pensar largo rato en cómo salir del apuro, le vino la idea de que sus calcetines podrían dar un buen servicio como mechas; y en efecto, los amarró a la punta de las verdaderas mechas y vió cómo se empababan de aceite. Pero solamente tenía seis calcetines; así es que las dos mechas que faltaban las completó con un pedazo de una segunda camisa gruesa de algodón que, por las dudas, había traído. Por lo pronto, estaba todo en orden y había solucionado la dificultad.

Sus estudios botánicos y zoológicos los empezaba todas las mañanas arriba en el faro, con las mariposas y otra multitud de animaluchos que cerca del calor habían muerto durante la noche; luego ofreciéndole todos los servicios que les fuera posible hacerle. Ellos también entendían algo de botánica y zoología, y buscaban animaluchos extraños para llevárselos a Harben, a quien proporcionaban así un placer muy grande. También le regalaban algunas veces serpientes venenosísimas, y un día le llevaron junto a un árbol del cual caían unos gusanos espinosos, cuyas espinas se quedaban pegadas en la piel de la gente; cuando en la noche llegó Harben al faro, se vió completamente hinchado a causa de las espinas y con calentura muy alta; pero, afortunadamente, le fué posible, no obstante, tener el faro al corriente. Al día siguiente lo visitaron los Bugis para preguntarle cómo estaba; eran muy amables los Bugis.

—¡Ya, ya! — decían.

Esto podía traducirse de muchas maneras. Quizá querían decir que se alegraban de ver bueno a su vecino, o también: "Ten cuidado, nosotros te agarraremos algún día."

Y entonces ellos le contaron de una culebrita que no hacía ningún daño, pero que tenía tres ojos. Andreas fué con los Bugis a buscarla y la encontró sin ninguna dificultad; era verdaderamente rara la víbora, pero a Harmen no le inspiró ninguna confianza; así es que por las dudas puso una botella frente al hocico del reptil, y al tocar su cabeza, la culebra mordió adentro de la botella. Y, después, cuando Harben examinó la botella, encontró que había allí veneno para poder matar a cuarenta hombres. Para un viborita no dañina como le había dicho los Bugis, era una capacidad bastante considerable.

Hasta entonces todo había marchado regularmente bien, pero las mechas para el faro se estaban acabando, pues de la segunda camisa ya no tenía ni un hilacho; pero cortó las mangas de la que traía puesta, y con esto se ayudó por lo pronto.

Pero no obstante, púsose a considerar qué haría cuando se le acabara esta camisa; pidió ayuda a los Bugis, pero éstos parecía que no entendían lo que Harben deseaba. Después pensó que la misma naturaleza le tendría que prestar alguna ayuda; pero todos los experimentos que hizo con las hojas de palma y enredaderas, no le dieron resultado, pues ninguna de esas plantas tenía el suficiente aceite.

De malísimo humor lo encontraron por eso los Bugis, los cuales traían una noticia, que cambió su enojo en alegría: acababan ellos de descubrir una rana voladora; con esto, seguramente, Harben se ganaría el famoso nombre que deseaba y los profesores de la Universidad se pondrían flacos de envidia. Con estos halagüeños pensamientos. Andreas salió con la familia de Ollo en busca de la famosa rana. Llegaron a la orilla de un pantano, y Harben pudo distinguir al animalito; únicamente tenía que brincar sobre un tronco de madera que estaba a algunos pasos de la orilla, para alcanzar la rana; pensado y hecho: brincó con ligereza sobre el tronco, pero se hundió al instante, pues lo que parecía tronco era solamente un cocodrilo; Harben, gracias a que era un excelente nadador, se sumergió para salir a gran distancia lejos del aligator. Los Bugis gritaban:—¡Ya, ya, — lo cual quería decir, o bien: ¡Qué horror!, o ¡Qué gusto!

No obstante el involuntario baño, Andreas siguió haciendo aquel día sus estudios zoológicos, aunque la rana no la había podido coger; y ya en la noche, cuando regresaba a su faro, vió con disgusto que había perdido el camino, y no divisaba el faro por ninguna parte. Por fortuna encontró una habitación, viendo con sorpresa que era la casa de Ollo y su familia, a donde él nunca había ido. A cualquier explorador le hubiera interesado a mucho esa habitación, aunque quizá más interés hubiera despertado a la policía marítima. Pues parecía la mencionada casa un castillo, con todo y torre y bandera, y amueblada con todo lo que es posible robar de un buque; había mástiles, anclas y una gran cantidad de puertas de camarote. Las mujeres, enrolladas en costosas telas de seda, estaban precisamente haciendo la comida en ollas que anteriormente habían sido campanas; los niños estaban vestidos con camisas hechas de sacos de harina americana.

Sobre la puerta de entrada estaba colgado un pirograbado en madera que representaba una cabeza de niña, bajo la cual decía una inscripción: "Bruja de Escocia". ¿Qué se había hecho la tripulación de este barco? Por allí cerca estaría en el fondo del mar, y los monos jugarían con los huesos de los blancos.

Ver todo aquello y comprender, fué para Harben cosa de un ins-

tante. Con que esos inocentes Bugis eran ladrones y asesinos, que se dedicaban a su negocio cuando el faro se quedaba apagado. Así, seguramente, lo habían hecho ya durante largos años. Con toda tranquilidad y astucia habían podido hacer que los guardas fueran devorados por los cocodrilos o se volvieran locos; de manera directa no los hubieran podido hacer a un lado, pues entonces el gobierno habría acabado con ellos al encontrar una herida de flecha en el cuerpo de algún blanco.

Y ahora que ya lo habían visto que había descubierto su escondite, más saña le tendrían a Herben, pues éste sabía su secreto, y podría denunciarlos.

Cuando pensaba yo en todo eso, sentía tal rabia, — me contaba Harben, — que con mi escopeta me ponía yo a tirar a cualquier parte hasta que el cañón se calentaba tanto, que no la podía sostener. Y una de aquellas noches tuve que sacrificar el último resto de mi camisa, para encender el faro.

Hubiera dado algo por tener un cañón para acabar con esos malvados, aunque ellos ya le tenían suficiente miedo a mi escopeta. Por eso últimamente ya no se acercaban al faro; pero desde lejos se les oía gritar:—¡Ya, ya!

Y esta vez podían traducirse estos gritos así:—¡Ya verás como si te venceremos! Buen susto le dió a Harben un día que se le acabó el agua para beber; y el marinero no vendría hasta dentro de dos días. En la noche le dió una terrible sed, y suponiendo que sus enemigos no estarían por allí cerca, salió con cuidado para traer agua de un tonel que estaba cerca de la playa; y el cual habían los Bugis tenido cuidado hasta entonces de llenarlo con agua dulce. Oportunadamente estaba lleno; seguramente se les había olvidado a los Bugis, pues era raro que no la hubieran tirado. Tomó ansiosamente un jarro lleno de agua y en una botella llevó otra poca. Pero no habían llegado a la puerta del faro, cuando cayó al suelo sin conocimiento. Los "inocentes" Bugis habían envenenado el agua, echándole el jugo de una cereza azul.

—Es algo extraño este veneno,— contaba Harben — pues mientras un indio se muere al instante de tomarlo, un blanco solamente se desmaya, viniéndole después fiebre muy alta y delirio. Es lo que me pasó a mí. Todo el día estuve sin conocimiento.

Cuando volvió en sí, Andreas se encontró en un rincón de su cuarto. El faro estaba apagado, y solamente estaba la estancia alumbrada con un cabito de vela. Y por todos lados veía a algún miembro de la familia Ollo; brincaban y gritaban y olían terriblemente; tenían gusto por los sucesos de la noche anterior, y para festejar su contento, se habían tomado todo el alcohol que Harben tenía para sus experimentos, no obstante los asquerosos animales que él tenía allí para su conservación. Y así como el jugo de la cereza azul le cae mal a un blanco, así también el alcohol no le prueba a un negro.

Mientras tanto, Harben ya se había podido parar y veía con espanto que se había alzado fuerte tormenta y que allí cerca navegaban dos embarcaciones, que muy pronto llegarían a la parte rocosa y sin duda perecerían. Y todo solamente porque el faro estaba apagado, pues los Bugis rompían en pequeños pedacitos las mechas que habían sacado del faro.

—¡Ya, ya! — aullaban, con lo que querían decir: — ¡Hasta que por fin triunfamos.

Los salvajes no habían notado que Harben ya se había levantado, así es que él, cautelosamente, fué hasta donde tenía su escopeta, la cual no estaba cargada, pero haría la prueba con la culata. Los enemigos eran ocho y él estaba solo, pero en aquel tiempo era joven y fuerte.

Lo que sucedió, entonces, no se puede describir; de todas maneras no fué una escena tranquila la que tuvo lugar en el faro. Harben repartió golpes a diestra y siniestra. Y lo más principal: no ocurrió ninguna desgracia a las embarcaciones que durante la tempestad habían llegado cerca del faro.

Al día siguiente, el marinero que llegaba a visitar a Harben, se sorprendió de encontrar a Harben sano y contento:

—¿Con que ningún cocodrilo se lo comió? Pero, dígame, ¿por qué anoche encendió el faro ya tan tarde? Por nada me estrello contra las rocas. Ni un minuto demasiado temprano lo encendió usted. ¿Qué le sucedió?

—No tenía yo mechas, — contestó Harben.

—¿No tenía? ¿Y después tuvo?

—Tuve que hacer nuevas. Véngalas a ver.

El marinero subió con Harben al faro. Todavía brillaba éste con luz amarillenta. Eran ocho mechas las que se quemaban, y probablemente, nadie tendrá oportunidad de ver una lámpara de aquella especie. Alrededor de la lámpara colgaban ocho cadáveres. Estaban colgados de la nuca, pendientes de sus mismas largas trenzas, las cuales, bien apretadas, servían de mechas. Así alumbraron los ocho Bugis el faro de Maccasar.

El marinero, al ver el moblaje del cuarto de Harben todo despedazado y las botellas del alcohol rotas, comprendió lo que había sucedido.

Harben, que todavía trabaja en Kapstadt tendiendo cables, a todo el que se interese le contará de nuevo sus aventuras en Macassar.

Sus compañeros de trabajo en Kapstadt me dijeron que habían llevado a Harben de Borneo para allá, porque se portaba muy extrañamente en Borneo. No hablaba más que de mechas para lámparas. Ya no se interesaba más por animaluchos ni nada de lo que antes estudiara; solamente le preocupaban las lámparas; en cualquier parte que encontraba una, la quería limpiar y poner al corriente.

—¡Ya, ya! — gritaba — entonces, queriendo decir: — ¿Que no ven que las lámparas hay que tenerlas siempre en orden?

Y no hay que asombrarse de la conducta de Harben, tomando en cuenta su trágica aventura en el faro de Macassar.

PENSAMIENTOS

Aquél que procede por emulación — que es un eufemismo escolar de la envidia, — que vaya a parlar de su grandeza en los mentideros subalternos de la ciudad, o en la trasbodega de la farmacia de su aldea: nadie tan insignificante que no signifique para alguien.

***

Nunca desciendas a lamentación, que es la más comprometedoras de las confidencias.

***

Los pueblos no pueden pasarse sin ídolos; pero tampoco pueden pasarse sin devorarlos.

***

Tan indigno del hombre es fingir penurias como averiguar si son ciertas.

***

A veces un gran destino está dormido y viene el dolor y le despierta.

***

El dolor para los débiles suele ser una puerta que se cierra, y para los fuertes una puerta que se abre.

***

Aquéllos que te aman hasta la adulación, que es una vileza, te odiarán hasta la calumnia, que también es otra vileza.

***

La envidia es una protesta casi siempre justa; hasta cierto punto justa; porque hay injusticia y hay crueldad en llamar a diez mil para elegir a uno sólo.

***

De diez personas que baten tu llamador, pálidas y llorosas, la cuarta parte se ha lavado la cara con vinagre y se ha untado los ojos con zumo de cebollas, para que toda lágrima te mueva a su consolación.

***

La envidia es planta de clima benigno: no prospera ni en las cumbres ni en los polos, ni en los arenales tórridos. Es dolencia de escolares, de marquesas, de chulas, de soldados, de frailes, en los mercados, en los cuarteles, en las redacciones de diarios. Se enferma del mal de la envidia, en el trajín de la lucha, las almas mediocres—las que no son ni sal ni azúcar, con motivo de los triunfos de otras almas también mediocres, también insípidas.

ALMAFUERTE.

El robo de automóviles en Inglaterra

La revista inglesa *Motor* se lamenta del número de automóviles robados anualmente y estudia, los métodos de "trabajo" de los "especialistas" en esta clase de fechorías.

Hay dos clases de robo de automóviles: el ladrón aislado que aprovecha la ocasión de hallarse poco guardado o vigilado un automóvil para huir en él, y la banda organizada y compuesta por individuos que conocen perfectamente la mecánica.

Es a la puerta de los teatros, de los "music-halls" o de los "restaurants" donde se efectúa con más frecuencia los robos de "autos", pues el ladrón puede darse cuenta, aproximadamente, del tiempo que tiene para operar. Poco importa la presencia de un guardián, ante la audacia del ladrón. Este entra en el teatro o en el "restaurant", pero se cuida de salir antes que el propietario del "auto". Se dirige resueltamente hacia el coche que él ha elegido, da una propina al guardián y parte. Aunque, a primera vista, esto parezca imposible, no hay que olvidar que el ladrón de "autos" viste elegantemente y obra con una resolución firmísima. Aun en el caso de que el guardián crea que el que se apodera del coche no se parece al que lo encargó de su custodia, el aplomo imperturbable de aquel le desconcierta. Naturalmente, el ladrón tiene buen cuidado de no "atacar" el "auto" de un habitual concurrente a aquel teatro o "restaurante".

Hay otro procedimiento. El ladrón se ha fijado en un coche que se estaciona todos los días en el mismo sitio, mientras que su propietario ha entrado en una oficina o en un Banco o en un establecimiento. Un día, un camión automóvil se detiene a su lado, descienden dos mecánicos, y si apresuramientos, examinan el coche, se consultan y deciden llevárselo a remolque. Si se presenta el dueño de improviso, los mecánicos le muestran la orden de un "garage", cuyo nombre figura en el camión, y todo se reduce a creer que ha sido un error.

El doctor de pueblo

Por Francisco Monterde G. I.

I

Aquella noche, en medio de la oscuridad, tuve la impresión repentina de que estaba en una casa ajena, en una habitación que no era mi recámara.

Pero la cama seguía siendo la misma: mi cama—estaba seguro de ello—y ese detalle me desconcertó. Seguí durmiendo...

Me despertó, después, un rumor sordo, continuo. En seguida percibí ese olor inconfundible de las paredes húmedas, y relacionando el olor y el ruido, pregunté:

—¿Llueve, mamá?

En la sombra, junto a mí, surgió la respuesta:

—Sí, hijo... Duérmete...

"Mañana el jardín va a amanecer mojado: no podré salir a jugar, hasta que lo seque el sol", pensé; pero faltaba algo para que estuviera seguro de que llovía...

Iba a hablar de nuevo, cuando oí que mamá palpaba la cubierta del buró. Su mano halló la caja de fósforos, la agitó como una sonaja, tomó uno y lo frotó sobre la lija: brilló la llamita en el extremo de los dedos unidos.

Encendió la vela. A medida que aumentaba la luz, fuí viendo cómo se iluminaban las paredes y el techo de la pieza en que estábamos—una pieza grande, recién encalada—y recordé: era la trastienda de la sedería en donde trabajaba, desde la víspera, mamá.

Casilleros formados con gruesas tablas ascendían, apoyándose contra los muros, en dos lados de la pieza. En uno de sus extremos amparada tras una cortina, se hallaba la cama: lo único nuestro que allí había.

Continuaba, tenaz, el rumor, semejante al ruido desmayado de la lluvia sobre las azoteas; pero pronto me di cuenta de que no era rumor de lluvia: en torno de la vela encendida, zumbaba un enjambre negro, y las moscas—bolitas de goma lanzadas por manos invisibles—rebotaban en mi cara, en la almohada, en los barrotes de latón...

Me acordé de "nuestra" recámara, de la habitación limpia y alegre en que habíamos dormido la noche anterior, y tuve ganas de gritar:

—¡Vámonos de aquí!

Pero mamá sonreía tristemente... Aparté los párpados: a través de ellos, sentí durante un rato la sombra leve de la mano de mi madre que pasaba y volvía a pasar, abanicándome. Ya no llegaban a mi cara las bolitas de goma.

Cuando ella me besó en la frente y apagó la luz, volví a abrir los ojos.

Volví a abrir los ojos, pero seguí inmóvil junto a ella, sin hablar, escuchando el sordo zumbido, hasta que el día dejó escurrir sus hilos de miel por entre las rendijas de la puerta.

II

Mamá había aceptado, sin condiciones, ir a trabajar en esa sedería y trasladarse, casi sin muebles, a aquel pueblo, sólo porque estaba próximo al panteón en donde sepultaron a mi padre. Así pensaba, podríamos llevarle flores diariamente.

Con el sol, despertaba la calle principal. Frente a las tiendas, pintadas de ocre, de azul, de rosa, de verde, se erguían las pilastras que sostenían los portales. En las bancas de ladrillo buscaban reposo los jinetes, mientras sus caballos—sujetos por la rienda a las argollas de los muros—golpeaban el suelo con los cascos.

A veces, algún toro huía del lazo de sus guardianes y asustaba a los vendedores, en pleno mediodía...

Pronto puse mi vida a compás con la vida del pueblo. Mientras mamá ordenaba las cajitas de cartón, apilándolas sobre las tablas de los casilleros o atendía, afable a los clientes de la sedería, yo me iba a jugar al patio enlosado y a los corredores, donde se alzaba, a mi paso, un revuelo de palomas blancas.

III

Cuando llegamos a esa casa, en el cubo del zaguán estaba instalado un carpintero que cepillaba sobre su mesa las tablas de los casilleros de la sedería.

Fatigado de correr por el patio y por los corredores, me detenía ante él, para verlo trabajar; para ver, sobre todo, cómo se rizaban las virutas olorosas — cabelleras de niña—, al escapar por entre sus dedos.

Una mañana, mientras veía su labor, el carpintero, distraído, levantó bruscamente la tabla que pulía y me golpeó con ella el borde del ojo derecho.

Grité con fuerza, porque todo se incendió en torno. Grité, y acudió mamá que se llenó de alarma al ver la sangre que me corría por la cara.

Sólo tenía una leve herida exterior y un derrame interno; pero ella, seguramente para cerciorarse de que el golpe no tendría otras consecuencias, quiso que fuéramos a ver al médico.

Había uno en la misma calle en que estaba la sedería. El rótulo negro con letras doradas colgaba ante un balcón.

A la hora en que se cerraban las puertas de la sedería, mamá salió, conmigo. Cruzamos la calle y llamaron a la puerta del médico.

Una anciana salió a abrirnos. El doctor no estaba allí en ese momento; pero no tardaría en llegar, —dijo. Subimos la escalera, angosta, y sombría, y esperamos, durante media hora, sentados en la antesala.

Mientras aparecía el doctor, mamá tibiaba con vaho su pañuelo y lo aplicaba suavemente sobre mi ojo inflamado.

Cuando el doctor—alto, jóven—empujó la vidriera, se detuvo al vernos, y pronunció con asombro el nombre de mamá.

Ella, sorprendida, murmuró:

—No recuerdo en dónde he visto a usted antes, doctor.

El doctor sonrió:

—¿No me reconoce usted, señora?... (Una breve pausa). ¿No se acuerda usted de mí?... Pues yo la recuerdo perfectamente... Pasen ustedes al consultorio: tengan la bondad.

Pasamos. El doctor encendió una luz y se puso en la frente un espejo que brillaba como una estrella. Colocó un asiento, para que me sentara frente a él y mamá se sentó junto a mí.

Mientras me examinaba el ojo lastimado, el doctor decía:

—Viendo fijamente.. ¡Así!...—¿De modo que no se acuerda usted de mí, señora?... (Mamá movía la cabeza, negando). Soy el hijo del portero de su casa. ¿Se acuerda usted?...—Hay un ligero derrame en el ojo...—Su papá quería que yo fuera sacerdote y costeó mis estudios en el seminario...—Esto no es nada: se va a aliviar pronto...— En una de las piezas de su casa, me mandó hacer una capilla, un altar de juguete... —¡Muy bien!...— Y yo decía allí un sermón cada Viernes de Dolores...

El doctor seguía haciendo recuerdos.

Mamá, conmovida, le tendió la mano:

—Sí, doctor. Ya me acuerdo... Nunca creí que usted...

Y mamá, sentada junto a mí, procuraba ocultar sus pies calzados con pobreza.



...Ayúdate de la soledad y del silencio!

¡Cuán complejo problema es éste de nuestras relaciones con nuestro propio pensamiento!

¡Cómo están ellas sujetas a los mismos engaños y artificios que las relaciones entre unos y otros hombres! Y hasta qué punto es a veces necesario el más débil, enérgico y pertinaz esfuerzo de sinceridad, para discernir, dentro de su propia conciencia, la idea que realmente vive, de la que con semejanzas de vida, yace muerta, y de la que nunca fué en nosotros sino eco vano, remedo sin espíritu! ¿Cuántos tiempo hace, quizás, que no te detienes a mirar frente a frente la idea a que te vincula una pasada elección; el dogma, la escuela o el partido, que da a tu pensamiento nombre público?

Ayúdate de la soledad y del silencio. Procura alguna vez que un impulso íntimo del alma te lleve a esa alta mar del alma misma donde sólo su inmensidad desnuda y grave se ve; donde no vibran ecos de pasión que te enajenen; donde no lleguen miradas que te atemorizen o te burlen, ni hay otro dueño que la realidad de tu ser, superior a la jurisdicción de tu voluntad. Y allí, como si consultaras, a través del aire límpido, la profundidad del horizonte, pregúntate sin miedo. ¿Es verdad, verdad honda, que yo crea en esto que profeso creer? ¿Tal convicción que adquirí un día y en la que, desde entonces, descanso, resistirá ahora a que e este centro de verdad, la traiga ante mis ojos? ¿Tal sentimiento que considero vivo aún, alguna vez lo estuvo? ¿no lo hallaré muerto si me acerco a moverle? ¿No vivirá mi fe de la inercia de un impulso pasado? ¿Me he detenido a probar si cabe dentro de ella lo que he sabido después por obra del tiempo? Cuando la afirmo, ¿la afirmación es sólo una costumbre de mis labios, o es cada vez, cual debe serlo, nuevo parto de mi corazón? Si ahora hubiera de decidir mi modo de pensar por vez primera; si no existiesen las vinculaciones que he formado, las palabras que he dicho, los lazos y respetos del mundo, ¿elegiría este campo en que milito?... ¿Y aquélla duda que pasó un día por mi alma y que aparté de mí por negligencia o por temor?... Si la hubiera arrastrado con sinceridad valerosa ¿no hubiera sido el punto de arranque para revolución de mis ideas? Mi permanencia en esta comunidad, mi adhesión a esta filosofía, mi fidelidad a esta ley, ¿no son obstáculos para que adelante en la obra del desenvolvimiento propio? ¿Me digo la verdad de todo esto a mí mismo?... ¿No se cruza, entre el fondo de mi pensamiento y mi conciencia, el gesto, de una máscara?...

Haz esta meditación. Ponla bajo la majestad de la alta noche, o vé con ella al campo, abierto y puro, libre de ficción humana, o junto al mar, gran confidente de meditabundos, cuando el viento enmudece sobre la onda dormida. Ayúdate de la soledad y del silencio.

José Enrique RODO

"FELICIDAD"

Por Ricardo M. Llanes

Aquellos que sienten la ternura de una sonrisa de niño, los que encuentran en la sonora modulación de sus palabras dichas con incorrección y sienten ante su espíritu ingenuo y claro como una hebra de agua, hallarán en este libro que ha dado a la publicidad Ricardo M. Llanes, todo un conjunto de emociones diversas, nacidas de la observación y del sentimiento.

Buen padre, por excelencia, Llanes vive la vida infantil de sus hijitos,— su mayor tesoro — y, dejando lejos las luchas, las inquietudes que la existencia ofrece a los que llevan el oro en el corazón, se limita a dar forma a ese ensueño que aquellas cabecitas de ambar despiertan en su ser.

Hay poetas panteistas, otros enamorados de la belleza femenina, muchos rebeldes y algunos acongojados por el golpe de la fatalidad. Llanes, al contrario, siente el aspid del dolor y lo aparta, sabe que la pequeñez de un hermano quiere rozar su flanco y pasa, sin detenerse, siempre amando intensamente y cantando al pequeñuelo que llena sus horas con el candor y la inocencia.

Nin Frías, su prologuista dice: "Es el padre amoroso", "Un espíritu así orientado solo puede merecer plácemes"; yo también lo afirmo, porque su libro "Felicidad", al mero hecho de encerrar la emoción profunda despertada por un hijo, basta para señalarlo como un libro bueno, que lleva en sus páginas, el amor más grande y la emoción más pura.

Así este libro sentido que Llanes publica y que, deja entrever en él su alma desnuda y anhelosa de perfección. "Felicidad", es un libro para espíritus tiernos que viven o rememoran ante la alegría infantil capaz de disipar el dolor más intenso.

V

El regalo

Mi alcázar de poeta se ha llenado de (rosas:
anoche por su puerta desfilaron los magos,
y en canastas de flores que tejiera la gloria
me dejaron un hijo como el mejor regalo.



La cuna

Cuando la trajeron la tomé en mis bra- (zos,
Se abrieron las puertas y entré con la glo- (ria!
Al verme con ella, sonrieron las madres;
Suspiros y sueños dijeron las novias!



Credo

Creo en Dios, en mi amada y en la gloria;
en Dios, porque me alienta en la jornada;
por su amor inmortal, en mi adorada
y en la gloria, por mi alma vibratoria.

Dios me ha dado la luz del universo;
Mi amada el hijo que sonríe en la cuna;
Y la gloria me ha dado su fortuna
en el mensaje lírico de un verso!

Dios me coronará cuando lo quiera,
La amada endulzará mi primavera
y anunciará la gloria, mi victoria!

Por eso en los altares de la vida
repito mi oración embellecida:
creo en Dios, en mi amada y en la gloria!



El trajecito azul

Un trajecito azul, de terciopelo,
con botones de nácar,
confeccionan las manos de tu madre
bajo el oro triunfal de la mañana.

Un trajecito azul, con amplio cuello,
de puntillas de Irlanda;
con muy gentiles puños recamados
en finos hilos de brillante plata;

¡te vestirémos jubilosamente!
¡Oh!, divino botón de aristocracia!
nunca tendrán más gloria las pupilas
cascabel bullicioso de la casa!

¡Qué lindo has de quedar así vestido!
¡Cómo nos cubriremos de bonanzas,
Cuando todos los ojos te contemplen
y terneces te brinden las palabras!

II

Hoy son las nobles manos de tu madre
ligeras como nunca. Entusiasmada,
cose tu traje con amor de novia
Que su ajuar impoluto preparara!

Sin embargo yo me hallo pensativo
Y me visita una tristeza extraña;
miro tu traje azul de terciopelo
y Dios sabe por qué me duele el alma.

. . . .

El ropero está abierto y los pañales
que no usas ya, tirano de la casa,
me sugieren pensar que vas creciendo
y los zarzales en la vida aguardan.



El sueño

Esta noche en un rayo de la luna
ha bajado el amor hasta la cuna.
El hijo en ella duerme sosegado,
en torno, todo es silencio alado!

II

Baja el amor en invisibles alas
la cuna ve con primorosas galas;
y por enamorarse de la cuna
se despide glorioso de la luna!



Mi canción

Debo tener el alma empapada de miel.
Mi corazón, acaso, debe ser un panal.
Ha perdido dulzura la canción del Laurel
desde que duerme al hijo mi canción augu- (ral!

¡Oh, canción de los Dioses! Yo la ento- (no por él
y extasiado me siento todo ritmo triunfal!
No hay palabra que pueda expresárosla (fiel:
expresar no se puede la emoción celestial!

Figuráos, poetas, cien liras de marfil,
cuyas cuerdas de oro modularon cien mil
besos angelicales, en un canto inmortal,

y tendréis unas notas de mi claro joyel!
Debo tener el alma empapada de miel.
Mi corazón, acaso, debe ser un panal!

Ricardo M. LLANES

EL HOMBRE - PATO

Por Leonardo A. Bazzano

Hay hombres honestos, dignos, inteligentes, trabajadores, sin el vicio del derroche y que, con todo, son eternamente "patos".

Jamás llevan en su bolsillo un billete de banco. Se ingenian, en todas formas, para ganar dinero. Intentan negocios, trazan planes, los estudian pacientemente, pesan el pro y el contra y... fracasan. Se emplean y el sueldo no cubre sus gastos. Cobran, pagan y al día siguiente continúan siendo "patos". Hay otros que no trabajan. Se lanzan al juego de azar. El vulgo ha dado en aplicar a estos seres desdichados un calificativo de asombrosa exactitud: "patos crónicos".

El "pato crónico" es aquel que va al hipódromo con ocho fijas y regresa.... "a patas". Es el que juega a la lotería y no acierta jamás un premio chico; el que se arrima a la mesa de la ruleta, bien estudiadas sus combinaciones, y juega "a color". Cuando juega negro sale rojo y cuando juega rojo sale negro.

—¿Qué tal las combinaciones, amigo? — le preguntaban a uno de éstos, en pleno fracaso.

—Muy buenas.

—Gana?

—Pierdo.

—Y entonces?

—Ay! amigo... Ando con el pié cambiado. Si yo hubiera empezado en rojo habría acertado todas las jugadas, pero empecé en negro. Fallé por la base.

Pero el mal no estribaba en eso. Es que el interrogado pertenecía a la especie del "pato crónico".

Al que nace "hombre pato" es al ñudo que lo desplumen. El volverá a la ruleta y al hipódromo y jugará a la lotería.

El jugador más constante, más tenaz es aquel que siempre pierde.

Tenía el hombre una fija refijota. El que le dió el dato le dijo: —"Dese vuelta los bolsillos". Y él lo hizo así. Se trataba de todo un catedrático y los catedráticos no fallan. Se largó la carrera. Al final alguien le pregunta: — Y... qué tal? — Amigo, por la cabeza!... El caballo corrió como un león. — mejor, contestó el otro, hubiera corrido como un gamo.

Pero aún así habría perdido. El "hombre pato", convertido en "pato crónico, no puede ganar jamás. La "patitura", dice un amigo nuestro, es una presdestinación. Inútiles resultan los conocimientos, la experiencia, las cábalas.

Cuando un ciudadano se ha iniciado en la vida como "hombre pato", sufrirá la influencia de la predestinación mientras subsista sobre el planeta.

Porque el "hombre pato" no vive" No hace sinó subsistir. La vida es una constante angustia, una lucha interminable e inútil en pos del centavo.

El "hombre pato" y el "pato crónico" pertenecen a una misma especie, aunque a distinta familia. El primero trabaja. El segundo juega. Su suerte es la misma. Siempre con los bolsillos vacíos, siempre en persecución del amigo, que algunas veces le tira con un "mango".

Alguien dijo: "Poeta nascitur" Lo mismo podríamos decir del "hombre pato".

Y generalmente nace bueno. Se desarrolla, se multiplica, siéndolo siempre. Si el tuviera dinero, sería ampliamente generoso. Ayudaría a los pobres, socorrería a las viudas, fundaría hospitales, importaría padrillos de carrera "pur-sang", como si dijéramos: legítimos, pura uva. Pero es "pato crónico" y ahí mueren todas sus buenas intenciones.

La fatalidad le persigue, le castiga. Los amigos le esquivan. (Hay su razón). Pero él continúa siendo bueno, inofensivo y... siendo "pato".

Algunas veces ha intentado ganar, por asalto, una banca en el congreso. Fué candidato. Dió conferencias. Exhibió programas, más interesantes que los del hipódromo. "Señores,—decía,— aquí está mi plataforma". Y así se quedaba, en la plataforma, sin entrar al tranvía; digo, al Congreso.

En el periodismo, en el teatro, en la administración pública, donde quiera que vaya, el "hombre pato" sufrirá la influencia de la adversidad que persigue a su especie. Podrá dejar de ser "hombre pato", pero para convertirse en "pato crónico".

Hay "hombres patos" que visten con elegancia. A veces hasta viajan en automóvil particular, pero observándolos un instante se les clasificará. Son "hombres patos" o "patos crónicos". El rostro los delata.

Yo conocí un "hombre pato" que vestía muy bien. Un día tuvo la ocurrencia de irse de veraneo. Fué a Cacheuta y... lo "cacharon". Lo cacharon para la sobre mesa. Se solazaban con sus falsas rumbosidades.

No se han hecho los balnearios para el "hombre pato".

Y eso que el pato es ave acuática.

EL VIAJERO Y LA ESFINGE

Como mira la esfinge sin saber por qué mira.
Pensativa y sonriente los celajes lejanos
¡Donde el sol se sumerge! mientras muere la tarde·
Le interroga al viajero con sus ojos impávidos...

Pareciendo que hablara con su éxtasis vago
A las horas que pasan o a la luna sonámbula,
¡Ese rostro inmutable que sonríe a los años!...
Y en sus muecas de piedra un misterio condensa,

Al presente sonríe, y sonríe al futuro
Aunque traiga esperanzas, realidades u ocasos,
¡Le sonríe lo mismo que a la vida a la muerte!
Porque algo ella dice con su gesto enigmático.

El viajero ha reído despreciando a la esfinge
Y ha seguido su ruta murmurando muy bajo:
—¡Algún alma se esconde tras su faz tan diabólica!
Y en silencio la esfinge sonreía a su paso.

Como mira la esfinge sin saber por qué mira
Le interroga al viajero con sus ojos impávidos,
Y en sus muecas de piedra un misterio condensa
¡Ese rostro inmutable que sonríe a los años!...

Al presente sonríe, y sonríe al futuro,
Porque algo ella dice con su gesto enigmático:
El viajero ha reído despreciando a la esfinge,
Y en silencio la esfinge sonreía a su paso.

Juan Raúl ZERDA.

Galdos y del Valle Inclán

Ocurrió el caso en una época en que don Ramón se había propuesto amargarle la vida al glorioso autor de "Episodios Nacionales", don Benito Pérez Galdós. Del Valle Inclán seguía contra éste una severa campaña que pretendía desconocer méritos a aquél. Un buen día Galdós creyó llegado el momento de responder y respondió así, poco más o menos:

"Tenía el propósito de responder varonilmente a don Ramón. Fuí a mi casa dispuesto a redactar una réplica a tono con sus ataques, y cuando ya me disponía a escribir, en mi biblioteca, no sé por qué se me ocurrió fijar la vista en uno de los estantes y leí títulos como éstos: Sonata de otoño, Sonata de estío, Cuento de abril, *etc., todos ellos debidos a la pluma de mi detractor. Y entonces fué cuando decidí no responder. Por respeto y por admiración a mi talentoso amigo...'*

Cosas de los yankis

Se casan y se divorcian por la telefonia sin hilos

Los periódicos de Nueva York dan cuenta de una nueva aplicación de la radiotelefonía.

Se trata de que la señorita Helen Keller, de diez y nueve años, se casó hace un mes, por radiotelefonía, con un joven conferenciante de una estación radiotelefónica de un estado del Oeste.

Se había enamorado de él sin haberle visto nunca.

Le escribió, hubo cambio de retratos y se casaron por poderes.

Pero al poco tiempo, la señorita Helen Keller comenzó a encontrar menos amenas las conferencias de su marido.

Este invitóla, naturalmente, por radiotelefonía, a abandonar Nueva York y a reunirse con él.

Ella negóse. Cambiaron diversos furiosos mensajes radiotelefónicos, y, por último, Helen Keller anunció por radiotelefonía, como es lógico, a su esposo, que se divorciaba.

Y como en los Estados Unidos hay gran facilidad para divorciarse, se han divorciado el conferenciante radiotelefónico y Helen Keller.

Ambos, una vez libres, han lanzado mensajes por radiotelefonía, pidiendo él una novia, y ella, un novio.

Y a las pocas horas empezaron a recibir respuestas.

Un deber de amistad

Por Alfredo Arjó

Al sonar la campanilla del teléfono con estrépito, Irene, no pudo disimular su estado de impaciencia, e, interponiéndose a su hermano Román, que se dirigía al aparato, tomó ella el auricular.

¡Hola!

. . .

Sí . . .

. .

¿No? ¿Y por qué? . . . — al decir esto, a Irene se le veló la voz— Caramba mis papás lo esperaban; Román ya estaba intranquilo, y...
—iba a decir que ella tambian estaba intrigada, pero se contuvo y ahogó la frase con una risotada.

Después de abandonar el aparato, Irene, dirigiéndose a la mesa, en la que estaban sentados sus padres y su hermano, le dijo a éste:

—Román, tu amigo Emilio, no viene a cenar esta noche — y como dijera tales palabras con un marcado dejo de melancolía, Román le contestó, sonriendo:

—Bueno, mujer; alguna razón habrá tenido, cuando se excusa por teléfono; y no hay que afligirse . . ., ¿es que estabas acostumbrada ya a contar con un comensal todos los martes?

—Justamente me llama la atención, porque, durante tanto tiempo, no ha dejado de faltar ningún martes, así lloviera o arreciara una fuerte tormenta, y no me explico, que hoy, porque sí, Emilio rompa esta tradición . . .

—¡Valiente tradición! Pero de todas maneras, yo mañana lo veré en el club y ya lo amonestaré. — terminó Román, bromeando.

Para que ese día, los padres no sospecharan por qué Irene no probaba bocado, ésta tuvo que pretextar una jaqueca, y así evitó que la exhortaran a cenar, y también ese pretexto le sirvió para retirarse en seguida. Se encerró en su alcoba, y permaneció cerca de la ventana, mirando fijamente hacia la calle.

. . . .

La luna, que reinaba esa noche con todo su esplendor, iluminaba, a través de los cristales, la hermosa melenita rubia de Irene, resaltando de esa manera su belleza en la penumbra.

Recién a la una, después de salir de su ensimismamiento, Irene pudo conciliar el sueño.

Medio año hacía que Emilio frecuentaba la casa, y tres meses que, como si fuera un compromiso, iba a cenar todos los martes, a casa de su gran amigo y camarada Román. A Irene, ésto le parecía muy natural, por eso, esa noche, porqué Emilio no fué, estuvo malhumorada, y la verdad es que entonces se dió cuenta de que ella estaba enamorada.

Los mismos sentimientos creyó que guiaban a Emilio, cuando éste, contra viento y marea, no faltó ningún martes, desde que había empezado a ir a cenar.

El motivo de por qué Emilio, no fué a cenar esa noche, no fué precisamente poderoso, sinó más bien de compromiso.

Raúl, apenas conocido de Román, pero íntimo amigo amigo de Emilio, lo invitó esa noche, con insistencia, a cenar en un hotel, como pretexto para hablarle de un asunto delicado.

A pesar de los ruegos de su amigo para que Raúl, le explicara cuál era el asunto delicado, este esperó a que hubiesen terminado de cenar y recién entónces le preguntó a Emilio:

—¿Tenías que ir hoy a cenar a casa de Román?

—Sí, y tu invitación, tan tardía, me obligó a excusarme por teléfono.

—Te pido que me disculpes, pero, ya que yo no poseo la suerte que tú tienes, me es forzoso procurármela y para eso te necesito a tí.

—Habla, veamos si puedo serte útil.

—Mucho . . . Tengo que confesarte, que yo amo a la hermana de Román.

—¿A Irene?

—La misma. Tú dirás que nada te importa, pero es que yo estoy desesperado, desde hace dos meses, busco una ocasión para manifestarle mi cariño, pero, como si todos los obstáculos se confabularan en mi contra, no puedo encontrar esa ocasión, de manera que por eso pensé en tí . . .; tú puedes comunicarle a ella mis intenciones, y puedes, si a mano viene, hacer posible estas relaciones . . .

Dime, ¿harás eso?

—¿Estás seguro de que te falta ocasión, o es que te falta el valor suficiente?

—Tienes, razón, Emilio, algo de eso hay.

Emilio, después de permanecer un rato perplejo, lo esperanzó:

—Bién, yo le comunicaré a Irene lo que acabas de manifestarme y también procuraré que se vean coronadas tus aspiraciones. Le haré un honroso panegírico tuyo, en fin, aunque es un poco escabroso y no menor delicado este asunto, trataré de salir airoso de él . . .

Raúl, no encontraba palabras para agradecer tanto favor, y aún cuando ya se habían despedido le volvió a prometer lo que promete todo corazón enamorado: mucho, aunque no tenga nada para dar.

* * *

Una semana había transcurrido, desde el día en que Emilio, por razones que conocemos, no había ido a casa de su amigo Román. Ese martes, para alejar toda suposición en la familia, de que esa noche tampoco iría, se presentó más temprano que de costumbre. Román, aún no había llegado del empleo.

Irene, se sorprendió de verlo tan temprano, pero no por eso se disgustó, al contrario su alegría no tuvo límites, aunque se guardó muy bien de darlo a entender.

Mientras se esperaba la hora de la cena y viniese Román, Emilio cortésmente, le manifestó a Irene que deseaba hablarla a solas, y le pidió si podían ir al escritorio.

Irene, inmediatamente accedió. Si Emilio, en lugar de invitarla a charlar en el escritorio, la hubiera invitado al otro confín del mundo, Irene no se hubiera opuesto. Ese día estaba predipuesta.

Una vez sentados, uno al lado del otro, en un sofá del escritorio, Irene impaciente le preguntó:

—Y bien, Emilio, ¿qué tiene que decirme a solas?

—Que es Vd. una belleza extraordinaria y ha hecho que una persona se enamore locamente de Vd. . . .

Irene celebró la frase ruidosamente, después, con regodeo añadió como distraídamente:

—Véamos, ¿y quién es esa persona?

—Mi amigo Raúl . . .

Sería difícil describir aquí, las diferentes gradaciones por que pasó el espíritu de Irene. Baste decir, que en un estado de ofuscación indescriptible se levantó bruscamente . . .; iba a hablar pero enmudeció.

Emilio, al ver el efecto que habían hecho sus palabras, no atinó a proseguir. Lo comprendió todo, y no dejo de abrigar un sentimiento de conmiseración hacia su amigo Raúl.

—¿Pero, no le es simpático ese muchacho, Irene? — aventuró preguntar Emilio.

Irene, ya respuesta de la noticia, que estaba lejos de esperar, contestó:

—Muy poco. Esas cosas no se mandan a decir, y me parece muy poco hombre por parte de Raúl y muy poco caballero por parte suya . . .

Un deber de amistad me ha obligado a decirle esto. Irene, discúlpeme no creí hacerle daño; yo no podía negarme a ello, cuando quien me lo pidió es muy amigo mío y como me lo rogó con palabras enternecedoras, por eso creí cumplir como caballero, a pesar de que me niega Vd. esa cualidad . . .

—Sí, Emilio, dispénseme Ud., pero como yo no esperaba eso . . ., no pude sustraerme al gran disgusto que me ha dado . . . — iba a seguir, pero quedó confusa. Estas palabras, sin duda, se le escaparon de la garganta, no era su intención decirlas, porque, apenas las hubo pronunciado, su alabastrino cutis, tornóse grana.

Emilio la contempló así, largamente, y, tomándole las manos, le habló muy quedo:

—Irene, ha sabido Vd. comprender mis sentimientos; ha sabido adivinar que no sólo Raúl la ama, y, a no mediar la insistencia de mi amigo, yo hubiera sido el primero en confesárselo . . . Comprendo que he sido un niño . . . Dirá Vd. podía no haberle dicho nada, pero, ¿y si Vd. hubiera llegado a amar a Raúl? En ese caso no hubiera tenido perdón. La verdad es que siempre me ha sido Vd. muy simpática y recién ahora comprendo que soy yo el que en realidad la ama. Ahora, dígame Irene, ¿puedo por ventura, contar con su cariño? . . .

—Sí, Emilio . . . — respondió un poco avergonzada — Yo también lo amo. Lo que ha hecho Vd. está bien hecho; ha obrado correctamente, . . .

En medio de ese tibio coloquio que sostenían Irene y Emilio en el escritorio, penetró Román, y les dijo, con fisga:

—Bueno: buen provecho. Son las diez de la noche; nosotros ya hemos cenado. No quise llamarlos a la mesa, porque me imaginé que Vds. también se alimentaban . . . de ilusiones . . . ¿No es verdad que Vds. no sienten apetito?

—No, francamente, — repuso Emilio en el mismo tono — habrían podido tocar las doce, que, si tú no vienes a interrumpirnos, aquí estaría con muy grata compañía.

—¿Y tú Irene? — preguntó Román.

—Yo . . . yo . . . ¡no seas tonto! ¡Qué cosas preguntas! . . .

Román, no quiso molestar más . . . cerró la puerta y dejó a su hermana y su amigo solos, para que pudieran reanudar la conversación . . .

IN MEMORIAM

Para FRAY MOCHO.

Era lo que no dice la palabra escrita:
majestad de cielo había en sus glaucos ojos
una aurora primaveral en sus sonrojos
y eran sus dedos pétalos de margarita...

¡Oh, perdón, Natura! si busco en tus grandezas
alguna relación con lo que fué mi amada,
mas asimismo yo no encuentro en tus realezas
la igual imágen de mi joya idolatrada.

Aún recuerdo muy bien su último suspiro:
cuando la Muerte, ese invisible vampiro
bien entre sus garras llevóse a la inocente.

Miró mi amada al cielo y su actitud postrera
más suave y dulce que la de una virgen era
y se alejó cual había sido: dulcemente...

Pedro LUMALDO.

(Continuación de "La doble traición")

—No entiendo — murmuró—. ¿Qué confiesas?... ¿Qué quieres que confiese?...

—¡No disimules! ¡Tú sospechabas que Felipe y yo nos amábamos, y te propusiste despertar mis celos para enterarte de la verdad! Me he dejado atrapar... Pues bien: ahora lo sabes todo. Mi amistad hacia ti no me impidió, no me impide, no me impedirá amar a Felipe con todas las fuerzas de mi alma... La comedia que acabas de representar es indigna, por muy cupable que yo sea. ¿Cómo he podido creer en tus calumnias, en las horribles mentiras fraguadas por tu odio de esposa engañada?... Nada lograrás con ellas. Conozco bien a Felipe, y sé cuánto me ama...

Se detuvo súbitamente, herida por la expresión de estupor, de angustia, de horror, que desencajaba los ojos de la inocente Lydia.

Y sin que la esposa doblemente traicionada dijese una sola palabra, Marcelina comprendió la tremenda verdad.

Entre ellas, sobre la alfombra, yacía la carta de la desconocida.

Ambas amigas inclinaron la cabeza bajo el peso de su dolor y miraron aquellas páginas que contenían la ardorosa historia de un amor salvaje, de un amor intenso como ninguna de ellas había suscitado en el esposo infiel.

Poco complaciente

Por Rodolphe Bringer

Aquel día el buen Bruznot, jefe de estación en Saint-Cristol, estaba muy ocupado en su despacho ordenando su colección de botones de calzoncillos, de la que estaba muy orgulloso. Consta ya ésta, según parece, de unos 1.500 de todos los modelos, y hay que confesar que para un jefe de estación de una línea de interés local es una hermosa colección. Hay que decir que tiene tiempo de sobra para consagrase a su vicio, pues por la estación de Saint-Cristol sólo pasan cinco trenes al día, dos de ellos de mercancías.

Estaba el bueno de Bruznot clasificando algunos botones nuevos con que acababa de enriquecer su colección cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! — gritó, furioso, al verse interrumpido de aquel modo.

Y entró Pastiflot, un buen muchacho, empleado en la fábrica de aserrar maderas del Sr. Cancourdon, y que vive al otro lado de la vía, frente a la estación.

—¿Eres tú, Pastiflot? ¿Qué te ocurre? — le preguntó Bruznot — ¿Puedo servirte en alguna cosa?

Precisamente un servicio vengo a perdirle, señor jefe de estación.

—Pues si está en mi mano —

Pastiflot tragó un poco de saliva, como hombre que no tiene costumbre de hablar, y dijo:

—Usted sabe que hace dos años se me murió la Clara, mi mujer. Pues esto no sería nada si hace unos seis meses unos granujas no me hubiesen robado mi gabre gallo para comérselo en arroz.

—Pues, chico, lo lamento; pero, la verdad, no veo...

—Ahora lo comprenderá usted. La Clara, que en paz descanse, era muy madrugadora. A las cuatro ya estaba levantada y, naturalmente, podía despertarme a las seis, para que a las siete pudiera estar en la fábrica. Cuando murió lo sustituyó el gallo. Su canto me sacaba de la cama a la misma hora. Pero como me lo han robado me he acordado de usted. El primer tren pasa por aquí a las seis, y no es por alabarle, pero para dar la señal de partida daba usted un pitido que me despertaba lo mismito que la Clara y que el gallo.

—Y sigo con el mismo pitido— dijo Bruznot riendo, un poco halagado con el elogio de Pastiflot.

—Si; pero ya no da usted el pitido hasta las siete. Y resulta que como me levanto una hora después llego tarde a la fábrica, y el señor Coucourdon me ha amenazado con despedirme.

—¿Y qué quieres que yo le haga? — respondió el jefe de estación.

Pero mamá sonreía tristemente—.No es culpa mía si la Compañía ha retrasado una hora el primer tren de la mañana y pasa por aquí a las siete en vez de las seis.

—Claro que no es culpa de usted y yo no le censuro por ello. Pero si usted fuese amable podría hacer que el tren pasara por aquí como antes, a las seis, y yo podría levantarme con tiempo.

—¡Estás loco, Pastiflot! ¿Tú crees que yo puedo fijar a mi antojo las horas de llegada y salida de los trenes? Pues si de mí dependiera el tren saldría a las seis, porque precisamente soy madrugador y a esa hora ya estoy levantado, y hasta las siete me aburro soberamente.

—¿Y dice usted que a las seis ya está levantado? Pues entonces nada le impide silbar a las seis como si el tren estuviera ya en la estación. Un pitido más o menos es lo mismo, y yo a las siete en punto estaría en la fábrica y ya no me despedirá el Sr. Coucourdon...

Pero el bueno de Bruznot no quiso oir más, y levantándose furioso:

—¿Pero tú te crees—gritó—que yo me voy a poner a tocar el pito a las seis, con el andén vacío, idiota?

Y echó de su despacho a Pastiflot.

Este anda ahora diciendo por todas partes que el jefe de estación es un hombre muy poco complaciente. Y yo creo que tiene razón.

LA OBESA LIGERA

Por Lescarol

Mucho me sorprendió el día que encontré a mi amigo Barnoiuille y a su señora, a los que no había visto desde hacía mucho tiempo.

La pequeña señora de Barnouille, que era hace años esbelta como un lenguado, se había convertido en una mujer elefantina, enorme, junto a mi viejo amigo Barnouille, que abulta, por su parte, lo que tres ochavos de manteca.

Después lo encontré solo en la calle.

—¿Has visto a mi Hortensia? —me dijo apesadumbrado. — ¡Y a mí que sólo me gustaban las mujeres delgadas! ¡Estoy aviado!

—¡Qué importa! — le interrumpí cortésmente. — La cuestión de peso no tiene nada que ver con el cariño que puedas sentir por tu cara mitad.

—¿Tú crees? Cuando en un entero de doscientos kilos la mitad pesa cincuenta, ¿te figuras tú que esa mitad no pesa terriblemente en en la existencia del entero?

Cuando montamos en el tren y sólo quedan dos asientos vacíos, hay que que ver los gritos de espanto que lanzan los viajeros al verla aparecer por la portezuela. No me queda más recurso que sostenerla sobre mis rodillas con riesgo de morir ahogado, o es ella quien me sostiene en las suyas, y figúrate el ridículo que hago entonces. En uno u otro caso, todo el mundo se tumba de risa. ¿Lo ves? Tú mismo no has podido contener la carcajada al imaginarte el espectáculo.

—Evidentemente..., es desagradable — le dije. — Por fortuna, tú viajas muy pocas veces, y vuelvo a repetirte que eso nada tiene que ver con el cariño que profeses a tu cara mitad.

—¡Cara! Tú lo has dicho. La otra noche la llevé a un restaurante. Una tras otra, Hortensia rompió, como si fueran avellanas, tres sillas al sentarse. Al romper la última cayó sobre un camarero solemne que llevaba una fuente de lenguado para seis personas. Todo esto, como comprenderás, ocurrió entre las aclamaciones de la concurrencia, que no podía imaginar que iba a divertirse tanto. Y no quiero hablarte de la cuenta. Además de nuestra cena, tres sillas y el lenguado de seis personas. ¡Encantador! Añade a esto que Hortensia es celosa como un tigre. Siempre está sobre mí, y pesa ¡ciento cincuenta kilos!

Dejé al pobre Barnouille, al que vi alejarse encorvado como si llevara a Hortensia sobre sus espaldas.

Ayer volví a encontrarlo. Iba sonriendo, transformado.

—¡Acabó mi martirio!

—¡La pobre Hortensia!...

—Sigue en este mundo, tranquilízate; pero no conmigo. Es una historia muy graciosa. Figúrate que la semana pasada la llevé al circo Truc para ver el famoso Trilloteau, que levanta con los brazos ciento cincuenta kilos; un atleta asombroso, que alza todo ese peso con la sonrisa en los labios. Como el público le ovacionase con entusiasmo, me levanté y en medio de un silencio sepulcral — pues la concurrencia se calló cuando me vió dispuesto a hablar — dije a Trilloteau:

—No está mal eso que usted hace, y quiero suponer que no hay truco en las pesas; pero, ¿por qué no carga usted con mi señora, que pesa realmente ciento cincuenta kilos?

—¡Sí! ¡Sí! — dijeron mil voces. —¡Que cargue con ella!

Al oir esto, Trilloteau sonríe, se acerca a nosotros, coge a mi mujer como si fuese una pluma, saluda y... desaparece con ella. Alverla se había enamorado de ella, y Hortensia del atleta. ¡Y yo no podía decir nada, porque yo mismo le había dicho que cargase con ella! Y esta es la hora en que Hortensia sigue en sus brazos.

Es igual — añadió Barnouille en un tono de melancolía. — ¡Es un peso que me he quitado de encima, pero qué vacío! ¡De todos modos, quién hubiera dicho que Hortensia iba a ser capaz, en tan pocos segundos, de tan inconcebible ligereza!



—Es necesario sacar el diente... Si quiere que le dé una inyección no sentirá dolor ninguno...
—Vea: eso dígaselo a otro. Yo también soy dentista.

La tragedia del "Botines"

Por Damián Roda

I

—¿Conocía usted a la víctima? —preguntó el juez a Antero Sánchez, chauffeur autor del atropello número 23 de aquel 23 de agosto, ocho meses atrás.

—De cara, como mucha gente.

—Relate usted el atropello.

Antero Sánchez, con palabra ruda y expresión torpe y rechinante, expuso:

—Yo iba a encerrar. Era ya tarde, las tres y cuarto o tres y media de la mañana. Al desembocar en aquella calle, muy obscura, el Botines se me puso en el camino, delante del radiador, sin que yo pudiera ver de dónde salió. Fué inevitable; debía de tener prisa, y quiso cruzar la calle sin más, cerrándome el paso, a mí, que iba por mi camino con tanto derecho como él. Los peatones se figuran que la calle es sólo de ellos; creen que uno va a preocuparse de ir apartándolos poco a poco.

—Claro; ustedes prefieren apartarlos violentamente.

—¡Fué inevitable, señor juez!

—Pues yo tengo datos... ¿No recuerda usted haberse desviado de su ruta?

—Lo necesario para abrir la curva, que allí es muy cerrada, como sabe el señor juez...

—No lo sé; pero basta que usted lo asegure.

Y el juicio siguió su curso durante algunos minutos más, no muchos, ya que el Botines, que era la víctima, por sí sólo, ni aun doblada su importancia social, y considerado, por lo tanto, como un par de Botines, no merecía, al parecer, mucha más atención ni tiempo por parte del Tribunal deliberante. Y media hora después, henchida de este diálogo insípido y formulario, por los labios del escaso auditorio congregado ante el anodino y trivial espectáculo resbalaban las palabras rituales del veredicto:

—¡Absuelto! Costas de oficio.

II

Pero falto yo, que conocía bien a los protagonistas. No se me oculta todo lo lamentable y arduo de esta tarea de rectificar uno de estos fallos inapelables y definitivos de la justicia. Pero yo no pretendo, en realidad, rectificar nada. Solamente deseo consignar una verdad que se escapó a la penetración y clarividencia de aquellos señores, pomposamente revestidos con birretes, togas y gafas de concha, y envueltos en una atmósfera solemne, de juicio final. En vano he luchado entre el deber ciudadano, que me invita a aceptar como buena y justa una sanción oficial. A veces me acomete un imprudente e irrespetuoso impulso: el de mostrar mi disconformidad satisfaciendo un prurito de justicia puramente personal. Es mi conciencia que se rebelle y protesta; mi conciencia inadaptable que se insurrecciona, y a la que comprendo que convendría desterrar de mi territorio espiritual, para el mejor orden y tranquilidad de mi mundo interior.

Después de esto creo tener permiso para hacer una confesión intrascendente; una confesión que ya nada podrá esclarecer, pero que, siempre tímido, no quise hacer a su hora, en evitación de molestias y compromisos, y que ahora que nadie me ve voy a hacer aquí, por escrito.

Es ésta. Sánchez asesinó al *Botines* con premeditación, alevosía y nocturnidad.

III

Pero, como en la técnica del viejo folletín, convendrá retroceder un poco en el tiempo, enfocando nuestra lente de psicólogos en el paisaje anacrónico.

Vamos así que Antero Sánchez y el *Botines* eran amigos. Los unía más que nada una aspiración común, razonable, sensata. Los dos querían ser toreros. No obstante la brutalidad nativa con que la Naturaleza, pródiga, les había obsequiado, entreveían vagamente que la mesa redonda de los ruedos taurinos es la más apta y segura para todo español que aspire a nutrirse con regularidad.

Pero antes que la nutrición llegó la discordia. Arranca ésta del punto y hora en que el *Botines*, con más tenacidad o mejor suerte, firmó su contrata para torear en Villanueva de los Gamitos.

En aquella corraliza pedregosa vió el *Botines* por primera vez (y por última) la sonrisa del éxito. del triunfo se hizo eco hasta un periódico de Madrid. El *Botines* se creció. Se dejó admirar de la distinguida parroquia de los bares del barrio y querer del ejército de generosas grullas nocturnas. Antero, desde la obscuridad, ya lejos, del otro lado de la zanja abierta por la diferencia de categorías, empalidecía de rabia.

Hasta que, un día, en un encuentro casual, inesperado, floreció el insulto centelleante, encendido, desafiador.

—¡Tú, de torero, ni esto! ¡Tú eres un...!

Y la frase, acogida por el corrillo con una tolvanera de murmullos equívocos, se le clavó como un puñal. Para otro hombre, acaso aquellas palabras, ni siquiera el aire de majeza con que fueron dichas, no hubieran tenido importancia. Pero Sánchez era un receptáculo torvo, primitivo, rampante. Sánchez era *chauffeur*.

IV

Aun hay más. Hay que la grulla, zancuda y pelinegra, cuyo pequeño corazón monopolizara hasta entonces el futuro asesino — aun no había pasaportado deliberadamente a nadie — hubo de cegar una noche ante el resplandeciente prestigio del torero, cuyo triunfo en Villanueva de los Gamitos le asaeteaba todavía con rabotadas de luz. Y ante la fanfarria de su pitillera dorada y el fulgor de su reloj de pulsera, la cuitada se rindió sin más que el empujón certero de su instinto.

El resplandor vernal de aquella noche, henchida de claros perfumes sensuales, alumbró bajo la frente, blanca como la de un Pierrot vengativo, una mirada trágica, vuelta contra el Destino.

Veinticuatro horas después, Sánchez, conocedor al detalle de los pasos todos del torero, le buscó en la noche, sigiloso. Los faros del monstruo inspeccionaban el corazón de la sombras a lo largo de las rúas inurbanas, propicias a la emboscada. Y cuando el *Botines*, confiado, erguido el torso con aquella prestancia aponínea que volvía locas a las trotacalles, iba a cruzar el arroyo, camino de alguna nueva aventura inédita, Sánchez, alerta, le encañonó con su *auto*, como con la boca de una pistola, y describiendo un rápido arco de círculo, le aplastó como se aplasta a un sapo.

V

Me preguntaréis que cómo lo sé. Me lo dijo él. Creo que no sabe mejor testimonio. Tenía conmigo una gran confianza. Yo le protegí cuanto pude en alguna época. No sé por qué, aquel salvaje primitivo me inspiraba cierta simpatía. Pero tampoco sé por qué quiero a un erizo que yo tengo en mi casa. Cada uno tiene sus debilidades.

Ahora que, animal por animal, el primero, quiero decir Sánchez, fué uno de los más inteligentes que yo he conocido. Ya habréis comprendido por qué.

Y dijo porque acaba de morirse. Apostó a que se comía trece kilos de jamón, y se los comió, es la verdad. Pero su estómago se negó a secundar su proeza con una carburación perfecta. Y ha muerto. Sólo por eso me atrevo a escribir aquí la verdad de los hechos. De no ser así, en todas las esquinas me parecería ver amenazándome con su coche, como con una pistola, al pobre Sánchez. A pesar de lo mucho que me quería.

Claro que hay muchos como él. Deseo advertir, por si acaso, que contra ellos no va nada. Ni contra nadie. Porque, después de todo, no sé ni siquiera si Sánchez, que era tan voluntario, se habrá muerto del todo.

REFRANES

(EXPLICADOS)

Allégate a los buenos y serás uno de ellos. Este refrán da a entender que es provechoso el trato de los hombres de virtud y ciencia.

***

Dime con quien andas y te diré quién eres. Esto es; que las gentes forman concepto de un hombre según las compañías que tiene.

***

Quién mal anda, mal acaba. Que el que vive deordenado suele tener un fin desgraciado.

***

Quien mucho abarca, poco aprieta. El emprender demasiadas cosas a la vez, suele hacer que no se atienda debidamente a ninguna.

***

Quien adelante no mira, atrás se queda. Que debe reflexionarse sobre el resultado que pueden tener las cosas, antes de emprenderlas. Pensar en el mañana.

***

Más hace el que quiere, que el que puede. Con fuerza de voluntad y trabajo se consigue más que con grandes medios, malogrados por desidia.

***

Más vale pájaro en mano que ciento volando. Es más prudente asegurar lo posible, que correr tras lo imposible o más difícil.

***

A buen hambre no hay pan duro. En casos de necesidad es preciso resignarse, contentándose con lo que se tiene.

En torno a un libro y a una personalidad

"El triunfo del ideal"

de Pedro César Dominici

Como el palisandro o el sándalo exhalan su aroma, así de este libro, viejo de 27 años, mana un efluvio de juventud y claricismo que revela embriaguez estética resurgiendo de sus líricos cenizas con toda la fuerza del genio realizador del milagro de la universalidad y de la gracia, del saber y la belleza.

Si susceptible fuera de trocarse la palabra escrita en símbolo material, olvidando para ello los argumentos de Hartmann en su "Philosophie de l' inconsciente", los párrafos de "El triunfo del Ideal" serían páginas severas esculpidas en mármoles pentélicos.

Al llegar esta obra a mis manos y abrirla para encontrarme en el prefácio, con las palabras del autor, Pedro César Dominici, rogando disculpa por dar a luz nuevamente una novela escrita hace más de un cuarto de siglo, en los años mozos, no pude por menos de experimentar la sensación que en Paul Valéry produjo la lectura de los literatos que merecida fama llevaron al pináculo de la veneración, grabándose los frutos de su intelecto en el corazón de las generaciones como un canto de bronces eternos.

El escritor Galo refiriéndose a esos talentos que como herencia legaron a las masas idealismo y espiritualidad así como noción del arte, dijo de ellas que eran "obras de gran estilo y de noble severidad, que dominan lo sensible y lo inteligible". Y "El Triunfo del Ideal", con su frescor perenne, trae a la mente la evocación de la Grecia antigua con boscajes de mirtos y con jardines de rosas en la plenitud del pensamiento, que al pasar de centurias inspiraría a Ronsard.

El lirismo que la novela contiene, su plasticidad, llevan implícita una cultura superior, una exaltación bajo el imperio de potencias subyugadoras que influye en la gestación del ideal y en su elaboración.

Un carnet preciado de cosas vividas son sus páginas para el autor y un breviario de belleza y superlativamente de estética para el lector que busca en ellas la profundidad de la armonía clásica.

La fusión misteriosa del ideal con la vida, el paganismo haciendo de la existencia un culto a sus dioses gentilicios y de los hombres más dóciles esclavos, la inquietud cavilosa y la angustia del alma en los períodos de transición y de duda son motivos de la novela y son conflictos en sus personajes.

Pedro César Dominici, alimentando en su espíritu la llama de la inspiración pudo ahora después de años contemplar como el ideal se desmorona en los pueblos y cómo por ende en las gentes. De ahí, que soñador, vertiendo en el prólogo sus vértices de purista y enamorado del atricismo, diera a las máquinas nuevamente el libro como una afirmación de la continuidad en sus ideas, como una demostración de que el arraiga el ideal de arte y de belleza sólo pereciendo se mata, y que vive inalienable, impóluto como un lumina celeste o un famal inextinguible. Y al igual que Shellegre a la puerta del paraíso del amor quizás se haya preguntado si las armonías clásicas perduraban, en la actualidad y en el medio para escuchar a un yo íntimo darle la respuesta negativa y cifrar en ella su contento de admirador de la estética, base de la religión más pura.

"El Triunfo del Ideal" es la historia de los deszarramientos inevitables y magníficos que un espíritu selecto sufre al contacto con el materialismo y la venalidad, como se repelen con las características de las fuerzas antagónicas; o polos eléctricos generadores de corrientes encontradas.

El ideal cuyo triunfo anhela el conde de Cipria,—héroe de la novela,—es el ideal que ahonda en nuestra vida y sume en la abstracción de los elegidos. Es a la par la idea, reproduciendo el sentido recto que le diera Platón, la unidad que se transforma en pluralidad y se concreta en lo individual, pero sin pobreza de sensibilidad.

El ideal, eterno como la necesidad, urgentemente sentida por el hombre y por el arte satisfecha, interprete de la existencia en la medida que le sea dable y como medio de mejoramiento de las humanas condiciones, era el que predicaba el citado conde, agitando la antorcha de redención por el pensamiento, de la bondad y la nobleza por la majestuosidad de la plástica.

Así la semilla de un credo ateo vertida en el alma virgen de una jóven intensa deslumbró a ésta y fué asombroso su florecimiento. El sentido del arte se adueñó de la mujer que obedeció un instante al llamado del amor y el narcisismo naciente fué la valla que presto se alzó en defensa de lo material. Más la caída tampoco se dejó esperar. Y el instinto en un refinado triunfo rompió la armonía y la estética lamentó en pérdida de la virtuosidad. Pero la magnitud del suceso espiritual se desgranó en un grito de pena y de angustia, qué fué salmo y oración. Entonces se generaron las resoluciones supremas, las que definen elevando o despeñando, pero son absolutos para luego ser innacesibles como las glorias que cantan los clarines ya triunfalmente o rindiendo pleito homenaje a lo digno de veneranda recordación.

Sacrificó la heroína su vida al ideal al verse materializada, y pasado el dolor que atenaceó a su amado y artífice creador de una diosa en la arcilla humana, trepó las cumbres altas donde el sol resplandecía júbiloso y sus rayos tenían el color de los bronces de los heraldos. Y a lo lejos se incendiaba el rojo de los mármoles pentélicos mientras en el yunque de la montaña batía sonoro el martillo triunfal el redoble de las auroras cuya luminosidad no se pierde en los sigios.

El estilo galano y ático recuerda al de D'Annunzio veinte años atrás, como bien dijo el señor Enrique de Gandía en un juicio crítico, y de ahí que un libro de veintisiete años es jóven y como de la hora presente es fuente de la que mana armonía clásica de veta pura, demostrando como aún muriendo por el ideal se triunfa.

Bernard Marcel Porto.

EL CALLICIDA

Por E. Bouillier

Ceferino hubiera sido el más feliz de los mortales si no le aquejara una verdadera enfermedad.

Sus pies, modestamente calzados con un cuarenta y cinco, ostentaban unos callos monstruosos, que eran la verguenza de su dueño y el martirio de su existencia.

Todo lo había ensayado para su extirpación; pero todo había sido inútil. Los callos seguían cada vez más florecientes y más dolorosos.

Cuando comenzaba a desesperarse y desconfiaba de encontrar un remedio eficaz, Ceferino leyó en la sexta plana de un periódico el siguiente anuncio:

"Vosotros, los que padecéis de los pies, recobrad la esperanza. Mi producto, secreto de los sacerdotes egipcios hallado en la tumba de un Faraón de la dinastía XXXIV, es el rey de los callicidas. Con él no hay fracaso posible. Ensayarlo es adoptarlo. Mas de cien mil testimonios cantan y bendicen sus virtudes maravillosas. Venid y encontraréis la tranquilidad que habéis perdido."

Seguía la dirección del vendedor: "Casimiro Otón. Calle de Corinto, 36".

¡Cien mil testimonios! ¡Era una cifra! Ceferino no dudó ni un momento de la excelencia del remedio, y para llegar antes tomó un taxi que lo condujese a la calle de Corinto.

Fué recibido por un caballero muy simpático, que, a cambio de un billete de veinte francos, le entregó un tarrito de pomada, acompañado de un prospecto con las instrucciones necesarias para su uso.

—¡Veremos ahora si os reduzco! — iba diciendo al bajar la escalera con aire triunfador. — ¡Vamos a reirnos mucho!

En Vano Ceferino se aprendió de memoria todas las instrucciones y se aplicó varias veces la pomada. Los callos seguían cada vez más florecientes.

Desesperado y resuelto a negar los cien mil testimonios, volvió a los pocos días a la calle de Corinto, donde fué recibido por el mismo caballero simpático.

Ceferino desahogó toda la bilis que llevaba.

—¡Caballero! — le dijo el vendedor muy serenamente. — Tal vez no haya usted atendido a todas las instrucciones.

—Sí, señor; he hecho todo lo que dice el prospecto.

—¿Ha tomado usted un baño de pies de media hora con el agua a cincuenta grados?

—¡Sí, señor!

—¿Los ha alisado usted ligeramente con la piedra pomez?

—¡¡Sí, señor!!

—¿Se ha puesto usted luego una pequeña capa de unguento?

—¡¡¡Sí, señor!!!

—¿Ha hecho usted la misma operación durante cuatro días seguidos?

—¡¡¡¡Sí, señor!!!!

—¿Y después de eso sus callos no se han desprendido como la fruta madura?

—¡No! ¡No! ¡No, y mil veces no, caballero!

—¡Entonces — exclamó furioso el vendedor — sus callos de usted no merecen que yo me ocupe de ellos!

Y abriendo la puerta, echó a Ceferino escaleras abajo.

La humanidad es una familia

Yo no puedo experimentar ni cólera ni odio, contra un miembro de la familia a la cual yo mismo pertenezco.

Estimaos todos, para concurrir a una obra común, como en nuestro cuerpo concurren los pies, las manos, los ojos... y hasta las hileras de dientes arriba y abajo de las mandíbulas.

Obrar los unos contra los otros es, entonces, ciertamente, faltar al orden natural.

Marco AURELIO.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Los marcos dorados se limpian muy bien siguiendo este tratamiento:

Se toma una clara de huevo, y después de mezclarla con medio litro de agua, se empapa en el líquido resultante una esponja suave con la cual se humedecerá el marco.

Después se repite la misma operación con un pedazo de paño bien escurrido, y, por último, se toma otro paño perfectamente seco y con él se frota la moldura sin hacer mucha fuerza.

Si con este procedimiento no queda el marco limpio es señal de que no puede limpiarse con nada, y, entonces no queda más remedio que hacerlo dorar de nuevo.

* * *

Para quitar la humedad de las paredes se hace un barniz mezclando una parte de goma laca y dos de nafta y se cubre con él la parte húmeda. Este barniz tiene muy mal olor, pero éste desaparece pronto y la pared queda cubierta con una capa impermeable impenetrable a la humedad, sobre la cual, una vez seca, puede ponerse el papel de la manera corriente.

* * *

Para componer objetos de porcelana. — Disuélvase diez gramos de goma arábiga en agua hirviendo en la cantidad que pueda caber en un vaso de mesa de los pequeños. Cuando la goma está bien disuelta se añade el peso en polvo necesario para formar una pasta espesa. Aplíquese esta mezcla con una brochita a los bordes de los objetos de porcelana que se quiera pegar y manténganse bien sujetos mientras se están uniendo.

* * *

Para limpiar el marfil. — Un poquito de polvo de talco, mezclado con bencina, es bueno para limpiar el marfil. Se aplica con una franela, se frota suavemente, y, finalmente, se lava con leche y se seca.

* * *

Para lustrar muebles de nogal es indispensable quitarles primero el polvo. Luego se frota con un pedazo de franela vieja, humedecido con parafina. Se le pasa un trapo seco y después se le aplica una mezcla en partes iguales de aceite de linaza, vinagre y trementina. El lustre final se saca con un pañuelo de seda, viejo, calentado.

* * *

Para escribir sobre tela. —Cuando se escribe sobre una tela que no está previamente preparada, la tinta se corre, y muchas veses se emborronan todas las letras. Para impedir esto se barniza la tela con bálsamo del Canadá disuelto en trementina; puede añadirse un poco de aceite de ricino, pero sólo unas gotas, pues si se pone mucha cantidad no se secaría nunca. El barniz no debe estar demasiado espeso; siempre conviene probar antes en un pedacito de la misma tela. El hilo fino es el tejido más a propósito para esta preparación.

* * *

Las sillas de cuero se limpian con un paño suave y un poco de vaselina blanca. espués se frota con un paño perfectamente seco hasta que el cuero haya absorbido todos los rastros de la vaselina y no saque grasa el paño.

* * *

Para quitar las manchas de aceite en el cuero se recomienda darlas ligeramente con una muñequilla mojada en espíritu de sal amoníaco. Se deja que la substancia obre un instante, y después se aclara la parte tocada con agua pura.

Conviene dar los toques muy rápidamente y con suavidad aunque sea preciso repetir la operación varias veces, mejor que aplicar la muñequilla fuertemente, porque si se da mucho espíritu de una vez se corre peligro de quitar hasta el color del cuero.

* * *

Para trazar inscripciones en los clichés fotográficos de modo que las letras aparezcan en blanco en la prueba positiva, se venden lápices especiales; pero su manejo resulta difícil, porque hay que escribir al revés. El procedimiento que vamos a indicar, es, en cambio, muy fácil. Se escribe lo que se desee en un trozo de papel con *tinta de copiar*, y se aplica la inscripción sobre la gelatina del cliché, humedecida; se apoya fuertemente, se retira el papel con suavidad y queda trasportada la inscripción.

Se pueden emplear también caracteres tipográficos y tinta de imprenta. En este caso, hay que imprimir las letras en papel muy satinado y aplicar la inscripción fresca a la gelatina, frotando el papel por el reverso.

Valor de nuestro tiempo

Nunca despilfarréis nada; pero, sobre todo, no derrochéis jamás el tiempo. Cada día no aparece más que una vez y ya no vuelve. El tiempo es uno de los dones más preciosos del cielo; una vez gastado, nada puede devolvérnoslo.

El mismo cielo es impotente contra el pasado; pues lo que fué, ha sidó, y la hora extinguida no renace jamás.

No empleéis el tiempo de manera tal que más adelante hayáis de estar pesarosos de ello.

No hay pensamiento más melancólico que el de: "es demasiado tarde" o: "aquéllo hubiera podido ser". El tiempo es un depósito que se nos ha confiado; tenemos que responder del empleo de cada instante: "Sed económicos de sueño, como de alimento; pero sobre todo, económicos de tiempo".

Nelson dijo que la explicación de su fortuna se la daba el hecho de haber llegado a todas partes un cuarto de hora antes del momento en que se le esperaba. Nunca debe decirse a los niños, más que estas palabras: "A vosotros os toca labrar vuestra suerte en la vida; os moriréis de hambre o medraréis según los esfuerzos que hayáis hecho"

Por otra parte, la aplicación no sólo es un elemento esencial para conseguir buen éxito; también ejerce bienhechor influjo sobre el carácter.

No seas nunca perezoso, antes por el contrario, llena todo los ámbitos del espíritu con alguna ocupación útil y absorbente. Porque el pecado se introduce con facilidad en todos esos huecos que dejan la inacción del alma y la pereza del cuerpo, porque todo hombre perezoso, robusto y desocupado, cae en la lujuria si le asalta la tentación.

Pero, de todas las ocupaciones, el trabajo corporal es la mejor y la más poderosa contra el demonio de la pereza.

El tiempo que consagramos a nuestros deberes públicos no se pierde. A menudo, en él aprendemos "el lujo de poder hacer bien".

Cuantos lo deseen, pueden ser hombres animosos y buenos patriotas. Todos pueden colaborar dentro de ciertos límites, en cualquier movimiento que tienda al bien público, en cualquier obra cuyo resultado tienda a hacer más felices, más sanos, más virtuosos a los hombres.

John LUBBOCK

Para pegar el caucho al metal en los tapones de botellas calentadoras, en las tapas de frascos de dulce y en otros casos análogos, la mejor cola se hace con una solución amoniacal de goma laca blanca, en proporción de 10 partes de amoníaco y una de goma laca. Esta disolución origina un cuerpo viscoso, que a las tres o cuatro semanas se vuelve líquido. Debe emplearse en pequeña cantidad. La misma cola sirve para pegar el caucho sobre madera.

* * *

Para limpiar los objetos pequeños niquelados, se procede del siguiente modo. En 50 centímetros cúbicos de alcohol a 90 grados se echa un metro cúbico de ácido sulfúrico bien puro y se sumergen en este baño durante diez minutos o un cuarto de hora los objetos que hayan de limpiarse. Pasado dicho tiempo se sacan y se echan en seguida en una lechada de cal o en alcohol rectificado. Después se aclaran con agua y se secan con una franela o mejor con serrín.

* * *

Papel incombustible. — Se impregna con la siguiente solución: 2 partes de sulfato amónico; 3 de ácido bórico; 2 de bórax y 100 de agua.

También puede emplearse esta otra fórmula: 8 partes de sulfato amónico; 2 de bórax; 3 de ácido bórico, 2 de almidón y 100 de agua. Después se deja secar.

* * *

Limpieza de aves disecadas. — Trátase de una receta nueva, publicada en el "Work".

Se empieza por humedecer bien el ave con bencina o benzol, y se la coloca sobre una hoja de papel. Con una muñequilla grande de algodón en rama, bien impregnada en almidón pulverizado se espolvorea por todas partes al animal, y se le deja absorber el hidrocarburo durante un par de horas, transcurridas las cuales, se le sacude sin deteriorarle hasta que suelte una buena parte de almidón y después se le sigue sacudiendo con cierta precaución para que no se estropéen las plumas.

La limpieza se acaba pasando otra muñequilla de algodón para alisar las plumas. Conviene que la muñequilla esté impregnada en un poco de alcohol.

* * *

Limpieza de objetos de alabastro. — Todo el mundo sabe que los objetos de alabastro están muy expuestos a tomar un color amarillo, especialmente cuando se encuentran en salones donde se fuma.

Esto puede remediarse lavando el objeto con agua y jabón y después con agua clara, frotándolos en seguida con un paño o con una gamuza. Si hay manchas de grasa se pueden quitar con polvos de talco o aceite de trementina.

Notas cinematográficas

"LA NAVE DEL INFIERNO".— Como se informó oportunamente, entre los estrenos de carácter extraordinario que ofrecerá en la temporada de este año la casa MAX GLUCKSMANN, figura: "LA NAVE DEL INFIERNO", versión cinematográfica de la famosa novela de Norman Springer, "THE BLOOD SHIP".

Las escenas de este film se desarrollan en el puerto de San Francisco, allá por el año 1880, y en el mar, abordo de un barco a vela.

La película es de un grandioso realismo. Para conseguir tal cosa no se han escatimado gastos. La Columbia adquirió para las escenas de abordo al barco a vela "BOHEMIA", construído en el año 1875 por la firme HOUGHTON BROTHERS y Cía. Durante 20 años este barco navegó entre los puertos del Pacífico y del Atlántico, luego hizo la carrera a Alaska.

Abordo de esta nave se desarrollan algunas de las escenas más emocionantes del film, por ejemplo, el amotinamiento de la tripulación contra el capitán que es una bestia humana.

En el puerto de San Francisco tienen lugar otras escenas que son de un intenso colorido, de gran movimiento y con un variadísimo desfile de tipos.

El tema dramático trata de un hombre contratado por el terrible capitán del barco quien, una vez abordo, reconoce en él al hombre que destrozó su vida, huyendo con su esposa y su hija.

Figuran como principales intérpretes los conocidos artistas HOBARB BOSWRTH, JACQUELINE LOGAN, R. ARLEN, WALTER JAMES, FRED KOHLER y otros.

LUCIEN LITTLEFIELD EN "LA CABAÑA DEL TIO TOM"

Este actor ha triunfado en forma concluyente en la película "LA CABAÑA DEL TIO TOM" que la Universal nos presentará en breve. Littlefield es oriundo de San Antonio, estado de Texas y se educó en la academia militar de Virginia. Después de terminar sus estudios trabajó durante ocho años con compañías teatrales de comedias y hace 12 años se dedicó a la cinematografía.

Es un hombre joven a pesar de que todos sus admiradores lo creen un hombre viejo porque se presenta siempre con barba y completamente calvo.

Hace dos años trabaja para la Universal y Harry Pollard lo eligió para interpretar el rol del abogado Marks en "LA CABAÑNA DEL TIO TOM".

BLASCO IBAÑEZ Y "ENTRE NARANJOS". — Concebida por el cerebro fecundo del malogrado escritor español, la novela "Entre Naranjos" debía ser uno de sus más ruidosos triunfos. Hija de Valencia, diríase que lleva en sus páginas la tierna fragancia de sus huertas y de sus flores, mecidas por las balsámicas brisas del mediterráneo. Sus protagonistas reflejan la naturaleza áspera, vigorosa altiva de los valençianos, y que a menudo vense arrastradas por la más abrasadora pasión.

Rafael Brull (Ricardo Cortéz) personifica a esos jóvenes de buen corazón, pero cuyas mejores ambiciones se estrellan contra la voluntad de su madre. Renuncia al infinito amor que alumbra su vida, para poder ser electo diputado; contrae enlace con una insignificante joven por la cual no siente sino indiferencia, pero hija única de un acaudalado comerciante. Más tarde, cuando los años han dejado su marca indeleble de los azahares, más ya será muy tarde, y comprenderá, con la muerte en el alma, que el divino soplo se desvaneció para siempre.

Greta Garbo interpreta con sentidos acentos el trágico papel de Leonora, cuya extraña personalidad constituye uno de los caracteres más atrayentes de la novela. La exquisita actriz escandinava revela en esta oportunidad una riqueza incomparable de recursos escénicos, una asombrosa ductilidad, y un alma hondamente comprensiva.

Gertrude Olmsted, Edward Connelly, Lucien Littlefield, Tully Marshall y Martha Mattox desempeñan con el acierto de siempre los otros papeles del reparto.

"Entre Naranjos", película maravilla del programa Metro Goldwyn Mayer, se estrenará el viernes 16 del corriente en nuestra Capital.

EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO Y "BEN HUR"

Parte del nuevo BEN HUR fué producido en Italia y otra parte en California. Nunca fueron reunidos tantos distintos elementos en la producción de una película. Basta sólo, para probar este aserto, mencionar la construcción de la Escuadra romana y las galeras de los piratas.

Un gran artillero en Leghorn fué contratado por Metro Goldwyn Mayer para la construcción de la escuadra romana y las galeras. Duró este trabajo más de año y medio. Los barcos eran prácticamente tirrenos equipados con sus velámenes y una triple hilera de bancos para remadores y las proporciones de los barcos insignias eran las de cualquier nave que cruza el océano. La botadura de estas naves fué una ceremonia grandiosa a la que concurrieron representantes diplomáticos y altos jefes de la Armada italiana. Romanos y piratas vinieron al abordaje en el ancho mar Tirreno; lucha, matanza, y todos los elementos de una verdadera batalla naval entran en acción. En la última escena de esta batalla, se ve a esos marineros saltar desde la nave incendiada y sumergirse alrededor del casco en llamas, mientras Ben Hur salva al jefe de la Escuadra, Arrio, en un tablón. Desde una inmensa plataforma flotante el director Fred Niblo fotografió estas escenas con cámaras colocadas en armazones a cuarenta pies sobre la superficie del inquieto mar.

LO HUMANO EN "EL GRAN DESFILE". — Las escenas de la guerra han sido reproducidas en esta magnífica película, del pregrama maravillas de Metro-Goldwyn-Mayer, con la tan ansiada precisión. Su realismo, su horror, su fondo le tragedia y comedia, aparecen aquí en toda su majestuosa grandeza. Y sin embargo, la acción de "El Gran Desfile" puede estar contenido dentro de pocas líneas: un joven americano, de acaudalada familia, va a los campos de Francia, Más que las complicaciones de la intriga, lo que da verdadero realce a esta película es la revelación de los caracteres al contacto con la muerte y el fuego. En ese sentido, la encarnación, por John Gilbert, del joven Jim Apperson, es una de las más profundamente verdaderas que registre la pantalla.

Cubierto de lodo y de gloria, en su obscura trinchera del Argonne, no deja de ser esencialmente humano, viril y animado de una hermosa vida.

No menos encantadora es Renée Adorée en el papel de la pequeña campesina de Francia, que supo conquistar el corazón del heroico soldado. Es imposible imaginar arranques más tiernamente femeninos, tanta devoción, tanta bondad como la que demuestra poseer esta actriz.

Karl Dane, Tom O'Brien, Claire Adams, Claire McDowell, Hobart Osworth y otros integran el reparto de "El Gran Desfile", cuyo estreno se anuncia en Buenos Aires para el curso de la próxima temporada.

VARIEDADES

Los extras a menudo demuestran raro interés en trabajar en escenas de grandes banquetes. Casi siempre velan con ojos hambrientos mientras los artistas principales actúan en escenas de comidas. Algunos de ellos no tienen almuerzo regularmente, y están siempre dispuestos a devorar la comida tan pronto como termina la escena. En la última película de Ramón Novarro hubo una comida de campo a la antigua, de tan amplias proporciones, que dió satisfacción a una docena de extras que se hallaban por los alrededores en esos momentos.

* * *

Una de las cosas más necesarias en el trabajo del cine son extensos guardarropas, pero en cuestión de trajes de última moda nadie puede igualar la colección de abrigos y trajes que Norma Shearer va a usar en su próxima película. Todos los sastres de los estudios están trabajando en la confección de cien equipos para la popular actriz.

A ELLA

Cuando en el libro de tu extraña vida
la página recorras de mi amor,
no olvides que ella ha sido bendecida
con sangre que brotara de una herida
tan pura como el cáliz de la flor.

Y si un día la tristeza te abrumara,
toma el libro y rápida, despierta,
que la página del alma no está muerta
cuando vive el corazón que la grabara.

Alejandro SUBIELA.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U.T. 0428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ oro 8.00
N.o suelto	„ 0.20	N.o suelto	„ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

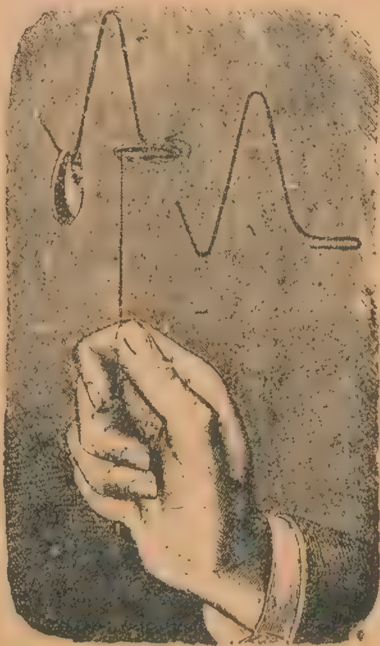
No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

HACER GIRAR UNA MONEDA EN LA PUNTA DE UNA AGUJA

Dóblese una horquilla como lo indica lo figura de la derecha; colóquese una moneda de 5 ó 10 centavos, horizontalmente, en el gancho de la derecha; cuélguese en el de la izquierda una sortija bastante pesada, o si es preciso dos sortijas, y de este modo se habrá establecido un sistema que puede mantenerse en equilibrio, colocando luego la moneda de 5 ó 10 centavos sobre la punta de un objeto que ocupe una posición vertical, por ejemplo, un alfiler, o aguja de sombrero.



Una vez establecido el equilibrio, sóplese a la sortija, y se producirá un movimiento de rotación, muy rápido, sin que se destruya aquél.

Ahora bien: si se hace girar la moneda sobre la punto de una aguja de acero muy duro, se notará que al cabo de cierto tiempo la aguja penetra en la moneda; así es que este problema puede plantearse diciendo: "Taladrar una moneda con una aguja, utilizando para ello el movimiento producido por un soplo".

N.o 43. — CHARADA

Un *tercia cuarta* ví un día
con un *todo* en lucha atroz,
y por ser inverosímil
llamó toda mi atención.
(Advierto que esto lo ví
estando en la *prima dos*
con privación de sentido).
¡*Segunda dos!* dije yo
todo asustado, y la pobre
vino a mi lado veloz,
haciéndome con sus gritos
recuperar la razón.

N.o 44. — GEROGLIFICO

V a E 2 R

N.o 45. — COMPRIMIDO

DD A

N.o 46. — CHARADA

Los ojos míos son *todo*
y de lo que más abunda.
Un tuerto no tiene un *prima*
y en un ciego no hay *segunda*

N.o 47. — GEROGLIFICO
(POR J. FERNANDEZ)

500 X T

N.o 48. — FRASE HECHA



N.o 49. — COMPRIMIDO

DDD

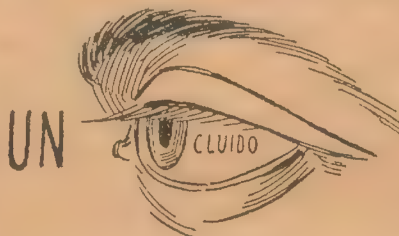
N.o 50. — GEROGLIFICO

LUT PILCOMAYO MT BERMEJO
DDID PARANA IMA URUGUAY
SON PEDRO JUAN DIEGO JOSE D KE
AKBAN
RIO DE LA PLATA

N.o 51. — CHARADA

Es señal *tercera* y *cuarta*,
primera a *cuarta* es igual,
uniendo *tercia* y *segunda*,
nombre de mujer tendrás,
y la solución es fácil,
pues *todo* es una ciudad.

N.o 52. — GEROGLIFICO



N.o 53. — NUNCA

NI NI

N.o 54. — COMPRIMIDO

Q

N.o 55. — GEROGLIFICO

HE
NOTA
NOTA NOTA

N.o 56 — VEGETAL Y APELLIDO

El TODO es un vegetal;
un animal *dos - primera*,
y es idéntico animal
que *dos-una, dos tercera.*

N.o 57. — NOMBRE DE MUJER

B
INFLEXIBLE

N.o 58 — CHARADA

Es tan *dos-dos* de *un-tercera*
Luisa, o quizá tan genial,
que asegura, hecha una fiera,
que es el *todo* en Primavera
flor de fragancia ideal.

PENSAMIENTOS

Los insultos son propios de los viles, las razones son propias de los hombres. — MORROCHESSI.

El enojo, por más justo que sea, es un mal consejero. METASTASIO.

Quien mal hace, mal recibe; sentencia es ésta antigua entre las más antiguas. — ESQUILO.

El mal que por nuestra boca sale, no pocas veces recae sobre nuestro pecho. — HERBERT.

¿Quieres que piense y hable bien de ti? Nunca hables mal de nadie. — MAD. LAMBERT.

Viviendo he aprendido que una sola, entre cuantas aprobaciones puede obtener el hombre, es la verdadera, la buena, la única que debe buscarse, la que mantiene dulce la boca y hace hallar blanda la almohada, y es la aprobación del juez que todos llevamos en nuestro corazón cuando nos dice: "Has cumplido con tu deber!". — M. D' AZEGLIO.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 29—Reticente.
N.o 30—Lima.
N.o 31—Pedantes.
N.o 32—Voto con la mayoría.
N.o 33—La letra M.
N.o 34—Manos a la obra.
N.o 35—Tomate
N.o 36—Adela-Ida-Adelaida
N.o 37—Ha sido dado de baja.
N.o 38—Polipo.
N.o 39—Tras de cuernos palos.
N.o 40—Las tres gracias.
N.o 41—Sobrecosido.
N.o 42—La Malquerida, Jacinto Benavente.

PAPEL Y TINTA

"Viajes y descripciones". Por Juan Bautista Alberdi. — Librería "El Ateneo", 1928.

Con esta obra, por demás interesante, inicia el IV volúmen de publicación la biblioteca de "Grandes Escritores Argentinos", que dirige el señor Alberto Palcos. Su director, puede estar satisfecho por el éxito que le viene acompañando, que, sumados con el que comentamos, se acrecentará aún más ese prestigio que ya se va arraigando en el público lector.

"Viajes y descripciones", de Alberdi, se componen de tres trabajos descriptivos e impresiones de viaje, que éste escribiera en su juventud. Demás está decir, con que delicadeza y cariño están escritas estas páginas, y cuánto goza el espíritu al convivir con esta alma apasionada, las horas por él vividas en sus viajes, que siempre le fueron provechosos por la enseñanza que ellos aportan.

Intitúlanse estos trabajos: "Impresiones en una visita al Paraná", "Memoria descriptiva de Tucumán", en sus distintos aspectos, y "Veinte días en Génova", admirables descripciones, donde se ponen de relieve las dos personalidades que habían en Alberdi: la del literato y la del pensador.

El señor Palcos advierte al lector, en su bién meditado prólogo, que éstas notas de viaje de Alberdi no son las únicas que su brillante pluma trazara, que hay otras dignas de ser recogidas en volúmen; pero que por su interés novelesco, irán en próximos números de esta biblioteca.

"Discursos selectos", por Nicolás Avellaneda y "Cuatro conferencias", por Domingo F. Sarmiento. — Librería "El Ateneo", 1928.

Estos dos libros, cuyos títulos preceden a estas líneas, corresponden a los volúmenes V y VI de la colección de "Grandes Escritores Argentinos".

El primero de ellos, "Discursos selectos", de Avellaneda, contienen las más hermosas piezas oratorias que pronunciara en vida este gran político, pensador y literato excelso.

Desde su juventud, Nicolás Avellaneda se destacó brillántemente en todos los actos que le cupo en suerte actuar. Por eso también, su carrera política fué una de las más rápidas que conocemos, sólo comparable con la de Roca. Así tenemos que antes de cumplir los 25 años, era diputado en la Provincia de Buenos Aires, a los 28 ministro, a los 31 de Instrucción Pública en esta Capital Federal, y a los 37, Presidente de la República. Más tarde, fué Senador y Rector de la Universidad, muriendo a los 48 años de edad.

Cada discurso de Avellaneda constituye, puede decirse, una joya literaria de subidos quilates. Por ello, estaba considerado como uno de los más grandes oradores que tuvo la Argentina, y, aún hoy mismo, es difícil hallar otro que le sustituya o animore la fama que tiene este cincelador de la palabra escrita.

El mayor encomio que podemos hacer nosotros, respecto a los discursos insertos en este ejemplar, es recomendarlos a nuestros lectores.

"Discursos selectos", de Nicolás Avellaneda, trae un substancioso estudio de Alberto Palcos, y otro, de Delfín Gallo.

El volúmen sexto, "Cuatro Conferencias", de Sarmiento, destacan la personalidad de este gran repúblico bajo otros tantos aspectos.

La primera tratá del "Espíritu y condiciones de la historia en América" (1858).

La segunda, "La doctrina de Monroe", luego viene la "Conferencia sobre Darwin" y por último, "Lectura sobre bibliotecas populares".

Necesitamos añadir nosotros, que estas cuatros conferencias merecen, cuanto antes, ser leídas? El sólo nombre de su autor, es ya una garantía de la seriedad y cultura que han menester para abordar con amplitud de conocimientos estas clases de temas.

Y como estos trabajos los subscribe ese gran educador que se llamó Dn. Domingo Faustino Sarmiento, nos releva ahora de extendernos en otras consideraciones. Es mejor, y conveniente, que el lector mismo goce de su lectura.

En éste, como en los demás libros de que nos ocupamos, el señor Palcos continúa poniendo, con acierto, notas explicativas cuando el texto así se lo exigen.

José Mauricio Peixoto

"La obra de María Alicia Domínguez" juzgada en España.

El libro "Música de Siglos"—recientemente publicado por nuestra colaboradora, está siendo objeto de elogiosos comentarios en España.

José María de Acosta, el notable novelista y crítico literario, le dedica en "A. B. C." un interesante juicio.

"La Vida Literaria" se ocupa de este libro en los siguientes términos:

"Libro emotivo, delicado, sentimental es este que acaba de publicar la celebrada poetisa argentina María Alicia Domínguez, autora de otros tan elogiados por la crítica, como "La Rueca" y "Crepúsculos de Oro". A nuestro juicio, muy superior a los citados es "Música de Siglos" que tiene páginas admirables dignas de figurar en las mejores antologías, como las tituladas: "Canción de la Humana Esperanza", "Al hombre inefable" y "Yo te llevo en mí", por no citar muchas más: composiciones todas de un sentimiento y exquisitez incomparables, como son la mayoría de las estrofas de esta prodigiosa poetisa. De "Música de Siglos" puede repetirse lo que de "La Rueca" dijo el importante diario "La Prensa" de Buenos Aires...

...Felicitamos cordialmente a nuestra brillante y gentil colaboradora por la publicación de su magistral obra "Música de Siglos" a la que deseamos todo el éxito que merece".

. . . .

María Enriqueta, la ilustre escritora mejicana juzga así la última obra de María Alicia Domínguez:

"Su libro me ha encantado por la forma y por el fondo. Es usted una verdadera poetisa; tiene además su obra un gran atractivo: la espiritualidad porque sin ella, no hay poesía. Sus versos rebosan de poesía. Sus composiciones "Pía Distancia" "Nocturno", "Tierra argentina" y "Pasado extinto" son mis preferidas; pero en todas las demás hay belleza.

Reciba usted mis felicitaciones más sinceras por el logro completo y hermoso de su obra. ¡Qué siga usted consechando laureles! Y ¡que siga usted desparramando su blanquísima luz de espiritualidad, para que se vea que en América también tenemos las mujeres amor a la pureza!"

"Royal circo", por Leonidas Barletta.

La Editorial Tor ha puesto en circulación la novela "Royal Circo" del escritor Leónidas Barletta, que suscitó en el ambiente una gran curiosidad.

Pocas veces un libro provoca una expectativa mayor. Ello se explica si se tiene en cuenta que Barletta es el escritor más jóven de los que figuran en la vanguardia literaria del país.

En cuatro años ha labrado su carrera literaria con libros que atrayeron desde el primer momento la atención de la crítica y del público. El año próximo pasado fué de los autores más discutidos y su novela "Vidas Perdidas" obtuvo los tres votos calificados del jurado municipal.

"Royal Circo" es una novela de ambiente circense, como su nombre lo deja entrever; pero no se trata aquí del viejo y manoseado circo romántico, sino del circo criollo a través de una visión por demás pintoresca y dolorosa.

Desde el clásico teatrito del Paseo de Julio hasta la carpa de campaña está contemplada esa vida curiosa y estrafalaria de los artistas, fenómenos y payasos del bajo fondo.

Forzudos, trapecistas, perchistas, equilibristas, gimnastas, amazonas, domadores, escamoteadores, tonnys, clonws, en fin, toda esa gran familia de "artistas" del pueblo, desfilan por las páginas de este nuevo libro.

Barletta lleva hasta ahora publicados, Cuentos realistas, Canciones agrias, Los vientres trágicos, María Fernanda, Los Pobres y Vidas Perdidas; amén de innumerables artículos de crítica y cuentos en diarios, revistas y folletos.

La presentación es verdaderamente europea. Forma un elegante tomo de casi trescientas páginas impresas sobre espléndido papel pluma tipo legítimo Oxford, ostentando una hermosa portada de Facio hebequer, en bicromía.






TEATROS

CON BUEN PIE

Con buen pié entraron en la temporada los componentes del conjunto que bajo la dirección de Federico Mertens actúan desde la semana pasada en el Liceo. Cierto es que la experiencia teatral del director ha sabido reunir un elenco en el que abundan los factores de éxito, habiéndose también buscado el equilibrio entre la producción puramente reidera y la de cariz sentimental para que el público tenga siempre un plato de su gusto en el menú de esta sala.

La iniciación se hizo con la pieza cómica de Julio F. Escobar "Mi tía está chiflada" y la comedia de Federico Mertens titulada "La clase media".

Obra sin pretensiones, la primera, cumple satisfactoriamente su misión de hacer reir y aunque el conflicto en que radica el argumento no tiene mucha novedad, ni los recursos son tampoco completamente originales, cosa por lo demás bastante difícil de lograr a estas alturas del teatro, puede decirse que se trata de un trabajo de ingenio y buen humor en el que no hay chacarrería ni procedimientos subalternos, que ya es bastante. Llega bien la pieza al auditorio, divierte fácil y discretamente, da motivo a los actores para que se luzcan y eso es todo.

En cuanto a "La clase media", se trata de una comedia de mayor enjundia, que viene a formar parte de la serie de producciones en las que Federico Mertens ha contemplado con sagacidad los diversos aspectos que ofrece en nuestro ambiente la vida de la clase media.

Se nota claramente en esta pieza, el deseo del autor, mal disimulado, de dar papel importante a las primeras figuras de la compañía, por lo que resulta pegadiza y como de añadidura la actuación de algún personaje. Con todo, son tipos humanos los que se mueven en la escena y se ha salvado con acierto la dificultad.

La interpretación fué excelente. Pierina Dealessi, Pepe Ratti y León Zárate hicieron mucho en favor de ambas obras y quedaron bien en sus respectivos papeles Mercedes Caus, Amalia Bernabé, Susana Vargas, Guillermo Farnum, Ricardo Passano y Eduardo Zucchi.

PARRAVICINI SE ACERCA...

El más gracioso de nuestros cómicos prepara la inauguración de su temporada, fijada para el miércoles 4 de abril y que se espera con la consiguiente nerviosidad, por parte de sus innumerables admiradores, por el pueblo motivo de su reaparición como actor y autor. Parra estrenará esa noche su nueva obra intitulada "Una hija" y los que algo saben de la última producción del Sacha criollo, aseguran que su fuerza cómica es tal, que bien puede reproducirse el caso de "Melgarejo" que estuvo en cartel toda una temporada.

Nosotros confiamos en el ingenio de Parra y deseamos que aquel fenómeno se repita.

DE ROSAS Y COMPAÑIA

La admirable pieza dramática de Ibsen con que debutó el conjunto Rivera-De Rosas - Eva Franco, no fué bastante comprendida por el público porteño, que noha visto en nosotros y en tòdas partes. Es un caso de miopía o incomprensión más del público nuestro, que tanto gusta del desnudo... Para reemplazar a la producción ibseniana en el cartel, ha debido estrenarse ya la pieza "Amo a una actriz", del autor húngaro Lazio Fodor, que se ensayaba cuando escribíamos estas líneas.

LA OLONA EN EL MARCONI

Como primera novedad de su temporada, la Compañía de Concepción Olona, nos ofreció el estreno de la pieza en tres actos de Alcira Olivé titulada "Más que la honra". Se trata de una exaltación del sentimiento de la maternidad por encima de todos los convencionalismo. El simpático papel de la protagonista fué encarnado por la Olona con mucho acierto, conquistando fácilmente el aplauso del público. Los demás elementos de la Compañía la secundaron correctamente.

VA BIEN CASAUX

Las dos piezas con que inició su temporada del Nuevo el actor Roberto Casaux siguen ocupando el cartel, sin que el público dé muestras de no encontrar ya atractivo en ellas. Sobre todo, "El cañón catalán" se encamina derechamente a los cien disparos, número de representaciones que ha de alcanzar dentro de poco, a juzgar por las trazas.

Sin apuro se está ensayando la primera novedad, que será "Palabra de vasco" de Lucio Arráiz, en la que reserva a Casaux un papel importante en el que ya lo hemos visto otras veces, pero sin agotarlo ya que el ilustre actor siempre tiene matices nuevos para las viejas maquietas.

NOVEDAD PARA EL SMART

La temporada del Smart continúa desarrollándose bajo los mejores auspicios. A la fecha en que escribimos estas líneas siguen en el cartel las obras del debuto, pero sabemos que está preparándose para ser montada en cuanto lo requiera el respetable público, una pieza de De Paolí titulada "Cinco por ocho, cuarenta". Parece que el autor del sainete "Pata de palo", que tuvo tan resonante éxito en el Nacional durante la temporada anterior, se ha superado en esta pieza, de la que se espera mucho por ella misma y por el papel que asumirá Ruggero.

LOS SAINETES DEL COMICO

Aunque los sainetes con que se presentó la compañía de Arata en el Cómico divierten todavía al público, ya han sido designados los que habrán de reemplazarlos en término más o menos breve. Se trata de "Yo soy un tipo de línea" de Cordone y Goicoechea, que parece será el primero en ser estrenado y "Las golondrinas" de Novión que seguirá en segundo término.

EN EL APOLO

Se ha confirmado el éxito de las piezas del Apolo, especialmente el de "Apolo revista", muy entretenida y animada y de lujosa presentación.

PREPARANDO LA CANCHA

Las obras de la diagonal Norte por un lado (por el lado norte sin duda) y el deseo de introducir mejoras en la sala, han traído a la capital al empresario Carcavallo para dirigir las refecciones que actualmente se realizan en el Nacional. Como se sabe, la compañía que él dirige se encuentra actuando en la vecina orilla y por cierto con un éxito muy lisonjero de prensa y público. La temporada se iniciará en Buenos Aires del 1 al 4 de abril y todavía no se conocen las obras que habrán de constituir los tiros de prueba, pero puede asegurarse que no le ha de tomar desprevenido el asunto a don Pascual Carcavallo, porque es empresario de larga vista.

LA TEMPORADA DEL MAIPO

El comienzo de los espectáculos en esta sala ha venido sufriendo sucesivas postergaciones debido, al decir de la empresa, a la necesidad de ajustar los múltiples resortes de que consta una temporada de batacián. Ultimamente se dijo que en definitiva se levantaría la cortina el viernes pasado, pero no estamos seguros de que así haya sido. Si todos estos preparativos finalizan con un espectáculo bien presentado y el tiempo ha sido bien invertido para elegir dos buenas revistas, nos daremos por satisfechos. Lo lamentable sería que después de tanta espectativa y tanto aparato se nos saliera la empresa con uno de esos bataclanes de segunda mano, suficientes para un teatro de pueblo por el fondo y por las formas, pero inadecuado para el gusto y las exigencias del público de la capital.

DOS DEBUTOS

El viernes han debido debutar dos compañías bataclánicas: la del Porteño y la del San Martín, coincidencia que hace pensar en una rivalidad que no puede existir. Decimos tal porque las dos salas, si bien próximas, están lo bastante separadas para no ser rivales...

"EL CABO RIVERO" ASCIENDE...

Suben y suben las representaciones del pintoresco sainete de Vacarezza estrenado por Muiño. La pieza gusta y es aplaudida con calor.

La dirección había resuelto poner en escena otra novedad que venía ensayando el conjunto. Aludimos a "Conservatorio Beethoven", pieza de Enrique Crosa, que posiblemente ya esté en el cartel al salir esta edición.

SAN JUAN EN EL MAYO

Prosigue la buena fortuna que acompañará la reaparición del elenco que rodea a Julio Sanjuán. Después de la reprise de "La señorita Angeles", que fué aplaudida se preparaban diversas novedades entre ellas una adaptación de Fernández Lepina de una pieza alemana, con el título de "Arcadio es feliz", y dos traducciones del francés realizadas bajo los títulos de "García y Fernández son buenos sastres" y "La suegra de Lagartijo". Una de estas tres, probablemente, estará en cartel a la fecha.

DIAZ - PERDIGUERO

El primero de los estrenos de la compañía del Avenida, o sea "Los lagarteranos", representó el primer éxito de Mercedes Díaz y Arsenio Perdiguero. Si bien no se trata de una obra notable, es innegable que jusgada con mucha meticulosidad por este conjunto, ha de representarse numerosas noches, sino 300 como dicen que se dió en Madrid. "Los lagarteranos" es en muchas escenas graciosa, por sus situaciones y sus chistes.

Este conjunto prepara estrenos para fecha aún no fijada, ya que la buena acogida que dispensa el público a la que está representándose, se consolida noche a noche.

OBRAS EN CARTERA

Parece que, a diferencia de las temporadas anteriores, este año Parra tiene bastantes piezas de autores criollos. La nueva es grata para los nacionalistas. Don Roberto Payró ha destinado al Argentino su nueva comedia "Alegría"; Manuel Romero ha escrito para Parra "La calle Corrientes", obra de espectáculo; Vacarezza estrenará por primera vez según creemos con el popular bufo, denominándose su producción "Las minas de Camimaga", y pertenece a Ricardo Hicken otra obra titulada "El harem de don Florencio".

SE ESFUMAN UNOS DESNUDOS

Termina la temporada revisteril del Ateneo, que se singularizó por los llamados desnudos artísticos y otras manifestaciones bataclánicas tan en boga en este verano que significó la última mistificación moderna, puesto que no hizo calor. Al amparo de la frescura atmosférica, creció la frescura farandulera en alarmante proporción, en algunos teatros, no en el Ateneo...

GRAND SPLENDID

La inauguración de la temporada oficial en este regio cine que administra el señor Carmelo Carbone, fué un acontecimiento social de repercusión en los hogares de la aristocracia porteña. La sala ofrecía un espléndido aspecto esa noche, convertida en un "rendezvous" social. "La nave infierno" bella película por Hobarth Bosworth y Jacqueline Logan, gustó mucho. Numerosas familias recibieron el saludo del señor Carbone, cuya gentileza y distinción son proverbiales.

CAPITOL

Muy atrayente son las cintas que dará en esta semana la empresa de esta acreditada sala. Puede, pues, pensarse que han de renovarse los éxitos de las últimas funciones, ofrecidas ante mucha concurrencia.

PARIS

El bonito salón de la calle Suipacha viene brindando películas de gran valor, que el público recibe con particular agrado. Nuevas producciones que representan novedades interesantes, serán ofrecidas en la semana.

Familias de verdadera distinción desfilan en número considerable por este cine.

GLORIA

Con éxito se efectuaron las funciones de la pasada semana en este grandioso cine, a cuyo frente se encuentra el señor Marcos Sánchez, persona muy estimada en el mundo cinematográfico porteño. El cartel formulado para esta semana es de primer orden, con muchas películas de atracción.

PACK

Una mayor afluencia de público se advierte en este salón, muy acreditado y el mejor de Palermo, sin duda. Se pasan bonitas películas.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. — Modelo Premet. — Traje para deportes compuesto de un "pull over" y de una falda de jersey de tono amarillo oro con iniciales entrelazadas, ejecutadas con bordados de varios tonos. El bolsillo y la parte inferior de las mangas están ejecutados con tela rayada marrón, verde y naranja. El abrigo que acompaña a este traje. está hecho con lana oro y adornado con chaleco y echarpe de lana rayada en varios tonos. 2. — Blusa de crespón de China crudo con aplicaciones de falla de varios tonos, en la parte delantera. La falda de raso marrón. 3. — Blusa de "velontine" rosa antiguo con cuello, corbata y falda de China beige. Ancho cinturón de cuero flexible, color negro, con atado beige en el costado.